

Lady Seren

una novela de
Serendipia Stark

**UNA PROFECÍA
PARA MILADY**

UNA PROFECÍA PARA MILADY

SERIE «Las ladies» V

La serie «Las ladies» está compuesta por **6 novelas autoconclusivas**, ambientadas en la Inglaterra de la **Regencia**.

Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2023

Código ASIN: B0D1NN29GG

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Epilogo](#)

LONDRES,
1813

Nota de la autora:

La comarca de Colsonstown, formada por una agrupación de pequeñas aldeas fundamentalmente dedicadas al cultivo y las granjas, con un núcleo central más extenso y modernizado, cercana a Londres, pacífica y silenciosa, es ficticia. Surge del mismo lugar que Longbourn y Meryton, de la mente de la que escribe.

Ahora solo me queda desear que disfrutéis del idílico paraje y de la bulliciosa vida social que se mueve en la zona.

1

La pesadilla

Por el resplandor de las antorchas supe que no estaba en mi casa. Tampoco la textura de las paredes era la que conocía de Gloucester Manor, nuestra residencia familiar en Colsontown. Era piedra fría, desconocida y hostil. El muro donde no quieres apoyar una mano herida.

Y yo corría.

Corría desesperada huyendo de algo oscuro y temible que no se dejaba ver. Arrastrando de mi mano a una mujer cuyo rostro me resultaba ajeno, pero a la que, sin embargo, desconozco el porqué, identificaba como alguien muy querido. Tenía que salvarla.

Salvarnos.

A las dos.

Por eso desoía el grito de dolor de mis pulmones al límite y los obligaba a continuar trabajando por encima de la quemazón. Pronto, mis piernas dejarían de responder. No obstante, detenernos sería el final.

—¡No puedo! ¡No puedo, Grace! No puedo seguir...

El lamento de la anciana, que acababa de trastabillar dando con las rodillas en el suelo de roca, aunque sin soltarme, me atravesó como un puñal al rojo. No pude darme el lujo de mirarla, ni siquiera por encima del hombro.

—Corra, madre, no se pare, por lo que más quiera.

El pasillo por el que tan penosamente avanzábamos parecía no tener fin. Unas zonas más sumidas en la penumbra que otras, todo igualmente tenebroso. El repiqueteo de unos pasos mucho más veloces y amenazadores que los nuestros se me incrustó en el cerebro con riesgo de enloquecerme.

—¡Alto! ¡He dicho alto!

No era una orden, era un trueno.

Así retumbó a nuestro alrededor, nos envolvió y nos encogió de miedo. Pero seguimos huyendo. A pesar del terror. A pesar de nuestras largas faldas enredadas en las piernas que hacían de cada movimiento de avance un sacrificio inmenso.

—¡Detenedlas!

Una muralla humana se nos colocó delante. Llevaban armaduras medievales y unos monstruosos cascos les cubrían por completo los rostros. Las espadas que enarbolaban no eran humanas, con aquel tamaño, un solo movimiento bastaba para cortarnos en dos.

—¡Madre! —boqueé con la garganta seca y los labios agrietados.

La mujer que por lo visto era mi madre volvió a tropezar y esta vez nuestras manos se distanciaron con un tirón. Sus palmas frenaron la caída contra el duro suelo y apenas si alcancé a distinguir su silueta entre la cortina de lágrimas que me tapaba los ojos. Yo también me había

desplomado, aterrorizada y exhausta, y desde mi nueva posición solo veía sus alpargatas cubiertas de barro.

Alguien se acercó abriéndose paso como solo hacen los reyes. Alguien que se dirigía a nosotras. Parpadeé con el pulso desbocado por el pavor y unos pulmones que se negaban a aceptar más aire. Cuando volví a enfocar, el hombre importante, del que solo divisaba sus botas y el borde de una túnica, dejó caer un brazo a su costado, del que colgaba una espada ensangrentada. Dos gruesas gotas como dos rubíes mancharon mis dedos crispados. Un gemido llamó mi atención a la espalda.

Mi madre.

Acuchillada y muerta. Su sencillo vestido claro empapado de rojo.

Aquel maldito asesino. Cruel, inhumano, despiadado...

Alcé la cabeza para enfrentar sus ojos. Sabía que mi tiempo acababa allí, que después de mi madre yo sería la siguiente. Pero moriría enfrentándolo. Que leyera en las llamas de mis pupilas cuánto lo odiaba.

Y entonces, cuando estaba a punto de revelar su rostro, desperté.

Con el corazón al galope. Envuelta en sudor, llorosa y con la respiración agitada. Seguramente grité, porque alguien entraba en mi alcoba a toda prisa y se me echaba encima, sacudiéndome con preocupación.

—Milady, ¿se encuentra bien?

Busqué a tientas el origen de la pregunta. Winnie. Mi doncella personal. Inquieta pero humana. Nada intimidante ni espectral.

—La pesadilla —conseguí explicarme con mucho esfuerzo.

—¿Otra vez la misma, lady Grace?

Asentí agobiada. La misma desde otro punto de vista, desde diferente enfoque.

—Son retazos. Como trozos de una única historia. Espero que algún día lleguen a unirse y, ya que tengo que sufrir, se me permita verla completa.

Winnie se hizo cargo de mis almohadones y con un par de palmetazos expertos los esponjó.

—Mejor no, milady, si tanto la aterroriza, ¿qué necesidad hay?

Mi dulce Winnie, curada de espantos y siempre tan sensata. Tan parecida a mí.

—Supongo que tienes razón. Por favor, no le digas nada a nadie. —Tragué saliva con dificultad, traté en vano de ordenar mis mechones y me pellizqué los mofletes para lucir más saludable—. Ayúdame a vestirme.

Juntas dimos inicio al ritual de la vestimenta. Capas y capas de seda y encajes antes de enfundarme un vestido relativamente sencillo, de mañana, para estar en casa.

—¿Sabe lo que dicen en mi pueblo, milady?

—¿Acerca de qué?

—De las pesadillas. Dicen que cuando un sueño se repite con tanta insistencia, trae aparejado un mensaje que más vale escuchar.

Creo que me estremecí.

—Cielo santo, Winnie, espero que no sea cierto. ¿Qué clase de misiva funesta podría traer este? Es un horror detrás de otro.

—Quién sabe, milady. A lo mejor no hay que tomarlo al pie de la letra y es una especie de paráfora...

—Metáfora —corregí con simpatía—. ¿Se ha levantado ya lady Victoria?

—No, milady, solo el duque que, si se me permite decirlo, parece hoy inusualmente

contento. Hace muy poco que amaneció. ¿Le sirvo el desayuno aquí, en su alcoba?

—Prefiero bajar y hacer compañía a mi padre.

Todo comenzó cuando mi hermana Victoria tuvo la irritante, absurda y desafortunada idea de pagar a un desconocido para que se hiciera pasar por mi pretendiente. No con un fin noble, no. Con el objetivo de que nuestros padres rebajaran su nivel de exigencia que imponía que yo, como hermana mayor, resultara prometida, o al menos cortejada, antes que ella. De sobra le constaba a mi familia mi firme deseo de no contraer matrimonio, si bien solo Victoria me creía en realidad.

Quizá por eso pensó que el mal que causaba no era tan grave.

Al fin y al cabo, fingir que un caballero en apariencia noble y distinguido me pretendía, le abría a ella el camino para poder acercarse al señor Gray, el objeto de su interés romántico, a vivir su alocada historia de amor.

Y así resultó ser. Puede que, a esa razón, al menos en parte, se debiera el júbilo de mi padre. Ya veía casada a su terca y solitaria hija mayor.

Solo que nadie se esperaba el sorprendente giro que darían los acontecimientos y el modo inexplicable en como todo iba a cambiar.

No. En realidad, empezó antes. Todo mucho antes.

Con mis estremecedores sueños.

—Buenos días, papá. —Lo besé en la coronilla. Algo que lo hacía rezongar, pero en el fondo le encantaba—. ¿Has descansado?

—Bastante dignamente, la verdad sea dicha. Por una noche tu madre no se empecinó en tenerme entretenido con sus charlas hasta las tantas. —Me miró suspicaz—. Está entusiasmada con las visitas de tu señor Astor.

Cielos.

El señor Astor. Lord Bermor.

Un conde venido a menos, jugador arruinado del que no podías fiarte, que Victoria había encontrado solo Dios sabía dónde, tan mezquino como para aceptar dinero a cambio de una farsa. Yo no iba a traicionar a mi hermana, no pondría piedras en su camino y no desvelaría su artimaña, pero cada vez que alguien en aquella casa se refería a mi aspirante a pretendiente con amabilidad, un temblor desagradable me sacudía de pies a cabeza.

Estaba obligada a salvar las apariencias, no perder la compostura, tampoco la educación, que pareciera que me agradaba el tiempo suficiente como para que Victoria lograra su objetivo. Después sería libre para deshacerme de él.

Y él de mí.

No era tan ingenua como para creer que el señor Astor sintiera algún tipo de interés o respeto por mi persona, ni que latiera en sus actos la menor brizna de honor.

Siendo como era, un mercenario de los sentimientos.

2

Flores y más flores

Iba por mi segunda taza de té, cuando mi madre y mi hermana entraron tomadas del brazo al comedor de mañana, atrayendo nuestra atención con su animada cháchara. En muchas cosas, Victoria se parecía a mamá, sociable y cercana, dicharachera, siempre alegre. Yo era más como papá, introvertida, perfeccionista y estudiosa. En cuanto a Charles, nuestro hermano... Bueno, Charles era el heredero del ducado de Gloucester y el caballero más apuesto, atento y bendecido por la naturaleza que puedas imaginar.

Charles lo tenía todo, su carácter era perfecto. Y si no lo era, tenía su título y una facha impecable que dejaba boquiabierto a todo el mundo.

Victoria cruzó conmigo una mirada cómplice. Desde que puso en marcha su maquiavélico plan, agradecerme el apoyo con una caída de ojos era algo que hacía de continuo. No había necesidad, yo era su hermana, la quería por encima de todas las cosas y aunque sus inapropiados métodos fueran los de una irresponsable demente, siempre que no pusiera en riesgo cosas vitales, la auxiliaría.

Así y todo, ella lo hacía.

—Excelencia. —El lacayo se dirigió a mi madre—. Acaba de llegar lord Bermor. Desea ver a milady.

La cara de la duquesa se iluminó como un sol de primavera. Me miró con entusiasmo. El mismo que yo debí perder en cuestión de segundos.

—Qué atento, venir a presentarte sus respetos tan temprano.

—¿Atento o inoportuno? —gruñí entre dientes. Nadie me oyó.

—¿No te parece, Grace? —insistió la duquesa.

—Estoy algo indispuesta —alegué antes de que tomara carrerilla—, no he dormido bien. Creo que dejaremos la entrevista para mejor ocasión.

—¿Otra vez las pesadillas? —se preocupó Victoria.

Tras dudar si admitirlo o no, asentí con un leve cabeceo. Si las recordaba, volvía a sentir sobre la piel las mismas sensaciones. Tan vívidas y tan reales que daban miedo.

—¿Quieres que consultemos a un médico? —quiso saber mi padre.

—No creo que un doctor disponga de remedios para controlar lo que se sueña, papá. Ojalá. Aunque este es un sueño muy misterioso. Me gustaría saber qué significa, que se ordenen las piezas y llegar hasta el final.

—Nunca has querido desvelarlo —indagó la duquesa mientras el lacayo que esperaba respuesta para el señor Astor, ponía cara de circunstancias.

—Es que no está claro —me escabullí—, olvido los detalles porque lo veo todo como en penumbras, borroso.

Era una mentira infame. Solo Victoria conocía el contenido de mis tormentos.

—Te roban el descanso —intervino afligida—. Solo por eso deberían desaparecer. ¿A quién le importa si significan o no algo?

Loca por cambiar de tema, me hice cargo de la situación de la que evidentemente, mi madre se había desentendido.

—Dígale a lord Bermor que me encuentro indispuesta—indiqué al lacayo.

—Que vuelva en otra ocasión más propicia —completó lady Gloucester con delicadeza.

Yo la borré de un plumazo.

—De ser posible, anunciándose con anterioridad.

Lady Gloucester me dirigió una mirada reprobadora que ignoré como solo sabe hacer mi hermana en sus mejores travesuras.

—Qué aspereza, Grace, querida. Francamente, debes de encontrarte muy mal como para despachar a ese afable caballero...

—Es un poco insistente, mamá. Alguien debería recordarle que cortejar a una dama no implica abrumarla con visitas diarias.

Mi madre arqueó las cejas con sorpresa.

—Creo recordar que vino hace... ¿tres? ¿Cuatro días?

—Pretendo no parecer desesperada —remaché molesta.

El duque emitió un suspiro de desaliento.

—Lo que deberían advertirle a ese osado muchacho es que hacerle la corte a una jovencita que no tiene la menor intención de casarse es una empresa que roza lo milagroso. Que se lo tome con calma, ya que ha decidido acometerla.

—Bien dicho, papá —aplaudió Victoria con afán.

Le lancé una aviesa mirada en la que se leía «tú tienes la culpa de todo, bribona. Líbrame de esta maldición cuanto antes».

Al día siguiente, el recibidor y el saloncito de visitas de Gloucester Manor aparecieron inundados de flores. No cualquier cosa, ramos carísimos de rosas como puños con tallos largos y vigorosos. La duquesa correteaba de un jarrón a otro, canturreando su dicha y la hermosura del presente.

—Ese lord Bermor sabe cómo encandilar a una dama. Y está interesado, Grace, vaya si está interesado. Basta con verlo.

Dejé que pasaran unos instantes sin responder. Tratando de contenerme, aunque no fue posible. Consciente de que no debía pronunciar aquello, abrí la boca y lo solté. Con todas sus consecuencias.

—El caso es casarme. Como sea y con quien sea, ¿no es cierto?

Mi madre me contempló estupefacta.

—Grace, querida, pensé que el caballero era de tu agrado.

—Quizá sea el menos imperfecto de todos cuanto he conocido, lo que no lo convierte, al menos de forma inmediata, en el candidato ideal a marido. Sigo sopesando si la mejor opción no sería permanecer soltera.

—Le causarías un grave quebranto a Victoria. Una hermana mayor soltera...

—No es un contagiado de peste del que te debas avergonzar. Ella es libre de casarse cuando quiera, no enfermaré de melancolía por no ser la primera, mamá, tienes mi palabra.

Se acercó a mí y sin dejar de sonreír, me acarició el pelo. Nuestra relación era

maravillosa, mi madre era sensacional, mi familia se caracterizaba por su amplitud de miras y lo relajado de sus maneras en la intimidad teniendo en cuenta nuestra altísima alcurnia. Pero ser la hija de un duque primo del rey y no casarse, seguía siendo un trago imposible de digerir para cualquiera de los implicados, excepto para mí.

—Todo se verá. Es posible que con el tiempo veas al conde de un modo más magnánimo.

Me mordí la lengua para no aullar. Si la aventura de Victoria con Arthur Gray no aceleraba, sufriría un ataque que me costaría la vida. Cada día que pasaba se me hacía más difícil soportar al canalla que fingía ser mi pretendiente. En lugar de ser sincera y transparente, pensando solo en los intereses de mi hermana, sonreí con dulzura y dije que sí, que yo también deseaba con fervor que aquello sucediera.

Y cuando estaba a punto de marcharme a mi dormitorio, a arrojar mi frustración por la ventana, aparecieron tres lacayos cargados de rosas hasta las cejas. Los ojos de la duquesa soltaron un destello emocionado.

—¿De lord Bermor?

—Sí, excelencia —confirmó el servicio—. Las envía el señor Astor para milady.

—No me mires así, mamá. —Extendí las manos por delante de mí, a modo de parapeto—. No pienso ceder a sus chantajes.

—¿Chantajes? Qué palabra tan mal escogida, Grace. ¿Acaso no te sientes halagada?

A ver..., un poco, sí.

El sinvergüenza no carecía de atractivo y desarrollaba su papel a la perfección. De haber ignorado que era una succulenta suma de dinero y no mis encantos lo que lo empujaba a insistir, me habría seducido. Mínimamente. Pero habría tenido una oportunidad. Sin embargo, conociendo el sórdido origen de aquello, su presencia y sus lisonjas solo me causaban irritación. Aquel cretino estaba gastándose en flores lo que le había pagado mi hermana. Otra muestra más de su disparatado modo de actuar. Por algo lo dominaban los vicios y estaba en la ruina.

Puede que se hubiera tomado aquello como un juego y ya no sabía parar.

No era mi problema, realmente. En el fondo, el pobre tipo hasta me inspiraba cierta lástima.

3

Un canalla con todas las letras

Que el caballero del cual pretendes huir, pero que encandila a tu madre con sus regalos y alabanzas, te sorprenda cuando te acompaña ella, solo puede calificarse de mala suerte y tragedia. Por mí misma podría haberme escabullido. Sin embargo, la presencia de la duquesa le simplificó a él las cosas: dado que, en cuanto lo vio aparecer, mamá se encargó de comprometerme para que saliera a pasear, no tuve otra salida que aceptar. Custodiada por mi doncella, protectora de mi honra, y decidida a aprovechar la ocasión para dejar claros aquellos puntos que al conde parecían resistírsele.

Philip Astor era alto y fornido. La clase de caballero de aspecto agradable bajo cuya ala una dama se siente protegida. Si eres el tipo de dama que precisa de protección. Su expresión tenía un aire rebelde permanente y sus rasgos eran equilibrados, clásicos. Debíamos de formar buena pareja, porque casi todo el mundo nos miraba sin ningún disimulo, caminando por el parquecito de Colsontown.

—¿Le apetece un té, lady Grace?

Lo del té sonaba raro en unos labios que, con toda certeza, conocían mucho mejor el sabor del whisky que el de las infusiones. Acepté, porque acomodada y con algo caliente entre las manos, sería mucho más cómodo discutir. Lo más humillante era su petulancia, aquella pose de héroe cómodo en su chaqué. Como si de verdad me estuviera cortejando y tuviera la más mínima oportunidad de casarse conmigo algún día. En poco más de veinte minutos, ocupábamos una mesa discreta en uno de los saloncitos de té de la ciudad. Aspiré hondo y me insuflé valor.

Allá iba la conversación espinosa y altamente desagradable.

—Señor Astor.

—Milady —se apresuró a replicar. Lo miré con mala cara—. Se la ve mortificada.

Sonó a burla, lo que me tensó más todavía.

—Será porque lo estoy. Su comportamiento se me hace incomprensible.

—Siéntase libre de interrogar, milady —aceptó con desfachatez—. Será todo un placer despejar esas molestas dudas.

Me incliné hacia adelante. Me habría gustado no tener a nadie alrededor para poder morderle la nariz.

—¡No tengo dudas! —siseé entre dientes—. ¿Por qué me visita tan a menudo? No es, en absoluto, necesario.

—Me tomo mis labores muy en serio. Oh, aquí viene el té.

Tuve que tragarme mis venenos hasta que nos dejaron solos de nuevo.

—¿No será que usted confunde fantasía con realidad, milord? Para ganar su recompensa basta con que *aparente* que me corteja. Esto empieza a convertirse en un asedio.

Tuve la sensación de que lo que acababa de decirle le había hecho mucha gracia.

—Apiádese de mi impaciencia... Y no niegue que la entretengo.

¡Oh, señor! ¿Cómo se podía ser tan desvergonzado, engreído y pagado de sí mismo?

—Escuche bien, milord. Usted no me agrada. No me agrada en absoluto. Y si no pongo fin a esta pantomima a la voz de ya, es porque lady Victoria tiene sus razones para mantenerla y es mi deseo respetarlas. Pero no suponga, ni por un instante, que me mueve algún interés hacia...

—Ya sé que la hija del duque de Gloucester jamás se fijaría en un noble venido a menos — me interrumpió con tono amargo.

De repente, la sonrisa arrogante se había congelado.

—Me entusiasma pensar que lo entiende tan bien. Así que haga el favor de ponerlo en práctica y no volver por Gloucester Manor. En mucho tiempo. Puedo decirles a los duques que paseamos, no hace falta que sea cierto.

—Si me concediera la oportunidad de mostrarme tal cual soy...

Sufrió un estremecimiento con solo pensar en sus intenciones retorcidas.

—Me consta como es. Alguien que no duda en aceptar dinero a cambio de desempeñar un papel turbio y miserable en un engaño. ¿Qué más necesitamos?

El señor Astor tuvo la decencia de sonrojarse.

Hundió la cabeza en el pecho, su estirada personalidad perdió fuelle. Dejó de parlotear y de intentar cautivarme, lo cual me permitió apurar mi taza y dar por terminada la cita con cierta precipitación.

Ya de pie, mientras me ajustaba los guantes, lo miré por entre las pestañas. Educación no le faltaba, en cuanto hice amago de abandonar la silla, corrió a adelantarse.

—Y nada de flores, se lo ruego. Se acabaron los obsequios.

Lord Bermor se dejó caer hacia atrás con un movimiento descarado y seguro de sí mismo, revisándome de cabeza a pies sin el menor recato. Su momentáneo velo de timidez acababa de explotar en el aire.

—Compruebo que pretende estimular el interés que sin duda ya siento con un poco de... ¿látigo? ¿Suspense?

—¿Interés? ¿De qué habla?

—Quiero que sepa que pienso entrevistarme con el duque y pedir su mano. Pronto.

Se me abrieron los ojos con desmesura. Me mareé, tuve que sentarme en la misma silla que acababa de dejar libre.

—¿Se puede saber qué clase de disparate está planteando? Eso no forma parte del plan...

—Pienso hacerlo —fue toda su respuesta.

Empezaba a entenderlo.

Una vez se había asegurado que no perjudicar a mi hermana me impediría, al menos de momento, revelar la farsa, estaba planeando aprovecharse de la situación. Los duques pensarían que, pese a mis quejas, el caballero no me era del todo desagradable, puesto que continuaba recibéndolo. Si lograba prometerse estaría asegurándose un porvenir de riqueza, soberbios contactos y relaciones.

Sólo un miserable, criminal sin escrúpulos podía maquinan algo parecido.

Tenía que hablar con Victoria cuanto antes, poner coto a aquel despropósito y ¡salvarme!

—Usted ha perdido el juicio, señor —califiqué muy ofuscada—. ¿Quién es en realidad?

Me miró de soslayo, recuperada parte de la arrogancia perdida.

—Imaginaba que lo sabía usted todo, milady.

—Un crápula que se vende por interés. Un ... Un...

—Reconozco que el dinero no me viene mal, pero aquí, donde me ve, soy un caballero de

buena familia, honorable.

Puse los ojos en blanco.

—Es un total iluso aparentando lo que no es, algo que por cierto, se le da de maravilla. Jamás podré ver en usted a alguien respetable. Es, sencillamente, repulsivo.

Y entonces reuní las fuerzas que minutos antes me habían faltado para escapar. Me puse en pie y sin entretenerme hice una seña a mi doncella y salimos del salón de té a toda la velocidad que nos estaba permitida sin llamar la atención.

Una vez en casa, en mi habitación, protegida de todo y de todos con la única compañía del fuego bailando en la chimenea, el desasosiego no terminaba de irse. Aquella noche me costó un esfuerzo sobrehumano conciliar el sueño, agitada por las promesas del ser retorcido y malicioso que se había entrometido en mi pacífica vida de solterona sin ningún deseo de dejar de serlo. No quería culpar a Victoria, pero...

¡Oh, Victoria! ¿De qué antro horrible lo había sacado?

Desde luego, Philip Astor no iba a obtener mi mano, aunque por alguna causa, me parecía curiosamente honorable que quisiera intentarlo.

Un momento.

¿Honorable?

¿Alguien que si me quería a su lado era por ascender en el escalafón social y disponer de fondos inagotables para sufragar su enfermiza pasión por las apuestas? ¿Estaba trastornada? ¿Cómo había podido siquiera de lejos pensar aquello?

Me escondí entre las sábanas suaves rezando por dormirme pronto y dejar de darle vueltas a una historia que parecía sacada de un libro. El señor Astor no podía existir, no era real, no había amenazado con comprometerme ante mi padre, no...

Se me cerraron los ojos.

Por fin.

Solo para caer de bruces en la infernal pesadilla de siempre. En otro tramo de ella. Uno especialmente inquietante que ya había vivido con anterioridad, aunque con matices.

4

El cáliz

—Madre, ¿se encuentra mejor? ¿Le duele menos?

La mujer que yo sentía en las pesadillas como mi madre, y era real, notaba un fortísimo vínculo de amor y dependencia entre las dos, estaba tumbada en un camastro de paja, ardiendo de fiebre. La piel pálida y pringosa, los ojos cerrados, sin fuerzas para volver a abrirlos. A ratos se retorció presa de insoportables dolores.

Miré la botellita que contenía el remedio para sus males, al menos para el tormento que suponía. Acababa de darle la penúltima dosis, solo quedaba un resto al fondo del cristal, insuficiente para otra toma. Debía conseguir más. Y para adquirir un remedio tan caro y escaso, necesitaba dinero.

Mis ojos agotados giraron hacia una especie de estantería en la pared derecha de la choza que nos servía de vivienda. Parecía a punto de derrumbarse, con un techo que crujía y se movía si el viento soplabla con furia. Y en una esquina del tablón más bajo, divisaron algo que brillaba con intensidad al reflejo de las llamas. A duras penas nos calentábamos con el pequeño fuego de un brasero situado en el centro de la estancia. El bailoteo color naranja sobre la superficie de oro pulido resultaba hipnótica.

Debía hacerlo. Me paralizaba el miedo. ¿Qué pasaría si me atrapaban? ¿Qué sería entonces de mi madre? ¿Quién cuidaría de ella? Aunque su final sería, por desgracia, casi el mismo si no desenterraba valor de donde no lo hubiera para vender aquello y comprar más medicina.

En ese momento aporrearon la puerta. Nada humano llamaba así a una casa ajena, era como si quisieran tumbarla para convertirla en astillas después. Más que un puño parecía un ariete. Me encogí sobre mí misma y traté de proteger a mi madre con mi escuálido cuerpo. Tenía tanto frío. Y miedo. Mucho miedo.

Petrificada junto al camastro, sin poder moverme.

El bruto salvaje del exterior se impacientó y los golpes se repitieron más seguidos.

—¡Abre! ¡Abre la condenada puerta de una vez! ¡No quieras que la eche abajo y entre yo a buscarte!

Sacudí a mi madre y tiré de ella. La pobre mujer temblaba como una hoja al viento.

—Madre, madre, hay que irse. Saldremos por la puertecilla de la cuadra, la que da a la iglesia. Madre, ¿puede ponerse en pie? Vienen a buscarnos.

Mientras ella se despejaba a medias, atrapé el cáliz y me lo guardé entre los pliegues de los andrajos. Tomé una manta de lana vieja de la misma cama y arropé con ella a mi anciana. La sujeté del brazo y a empujones me la llevé hasta la diminuta salida que podía salvarnos la vida.

Cuando la atravesamos, la voz del soldado, desde fuera, era el rugido de un dragón.

—¡Voy a cortarte en pedazos, maldita bruja! ¡Sal ahora mismo!

No podía respirar. Cuando me senté de un salto en la cama, el centro del pecho me dolía intensamente, una punzada agónica e insoportable que nublaba mi visión a causa de la angustia. Me llevé la mano al cuello y lo encontré húmedo. Sudor.

Sudor y terror a partes iguales.

Mi doncella entró corriendo en el dormitorio, con el rostro desencajado.

—¡Milady! ¡Qué pálida está! ¿Quiere un poco de agua?

Le dije que sí con la cabeza y la boca tan seca que llegar a articular una frase parecería un milagro divino. Apuré el vaso hasta el final y la miré con los ojos empañados.

—Milady... Debería usted consultar al médico. Podría darle algún remedio para el sueño, estas pesadillas...

Moví una mano con desgana. No necesitaba un médico, necesitaba una adivina que me explicara el sentido de aquel mensaje en sueños en el que yo cuidaba de mi adorada madre enferma, carecía por completo de recursos, y robaba un cáliz de oro en la iglesia cuyo suelo de piedra limpiábamos, para intercambiarlo por medicinas que le prolongaran la vida. Si sufría la pesadilla, luego me mataba la necesidad de comprobar que mi auténtica madre estaba en perfecto estado de salud.

—¿La duquesa...? —quise saber con voz rasposa.

—Los duques han salido a pasear, milady. Y también lady Victoria, acompañada de Teddy. Se ha quedado usted sola en casa. —Sonrió animosa—. Voy a decirle a la señora Jules que le prepare un desayuno de emperatriz y se lo traeré a la cama. Quédese aquí quietecita y descanse.

Aparté las colchas bordadas y saqué las piernas fuera del lecho.

—Prefiero bajar al comedor. Pero sí, me apetece algo consistente, haz que me lo preparen cuanto antes.

Estaba degustando un delicioso pastel de calabaza, una de las especialidades de nuestra cocinera en Gloucester Manor, cuando vinieron a avisarme de que tenía visita. No los duques. No la familia. Yo en concreto. Arrugué el entrecejo.

—¿De quién se trata?

El lacayo se inclinó con la bandeja de plata en la mano y una tarjeta de visita abandonada en su centro. Sin tocarla siquiera, arqueé las cejas.

—Es lord Bermor, milady.

Eso me resultó aún más desconcertante. ¿A aquellas alturas se presentaba con tarjeta, casi como un desconocido? Además, ¿no le había dicho hacía apenas unos días que dejara de atosigarme? ¿Sería cierto que pensaba poner en marcha su plan maquiavélico y hablar con mi padre? Porque de ser así, no solo era un magnífico golpe de suerte el que el duque no se encontrara en casa, sino que debía ser yo la que se adelantara a frustrar sus perversas intenciones rompiendo, de una vez por todas, aquella falsa relación sin sentido.

Lo sentía por Victoria, no estaba en mi ánimo perjudicarla, pero la pantomima estaba llegando demasiado lejos.

—Hágale pasar al saloncito de recibir. Me reuniré con él en unos minutos.

Me tomé mi tiempo. Aun sabiendo que hacer esperar a un visitante raya la grosería, quería dejar bien claro quién mandaba allí. La culpa la tenía él por llevarme la contraria y no anunciarse con carácter previo. Acabé mi desayuno, me limpié los labios parsimoniosa con la servilleta, estiré mi falda y caminé hasta la sala de sofás de terciopelo inundada de rayos de sol.

Cuál no sería mi sorpresa al ver al caballero que se levantaba para hacerme una reverencia, nada más adivinar mi llegada.

No era el señor Astor. No, al menos, el señor Astor que yo conocía y esperaba encontrar. Era un hombre increíblemente atractivo cuya visión me cortó el aliento.

—Lady Grace.

Su voz era seductora hasta límites insoportables. Ronca pero aterciopelada. Grave y segura. Al oírlo me recorrió un escalofrío de extraño placer.

—¿Quién es usted?

—Philip Astor, conde de Bermor, a sus pies, milady.

Pestañeeé confusa.

—¿Conde de Bermor, ha dicho?

Era tal el desconcierto, que ni siquiera le ofrecí sentarse. Tampoco yo lo hice, de repente mi cuerpo estaba rígido y en alerta, como si de un momento a otro fuera a recibir una noticia devastadora. A él se le notaba incómodo. Era envidiablemente alto y apuesto, me recordaba a mi hermano Charles.

—Debe de haber alguna confusión —acerté a decir—. Ya conozco al conde de Bermor y, desde luego, caballero, no se trata de usted.

—Precisamente por eso he venido a verla. Creo que le debo una explicación.

5

El otro conde

Lo miré largamente y por fin le indiqué con una seña adusta que tomara asiento. Yo hice lo mismo en la butaca más distanciada. La puerta del saloncito, por descontado, permanecía abierta y dos criados montaban guardia para que nada pudiera ocurrirme. Una sola idea martilleaba en mi cerebro: debía despachar aquel asunto, fuera el que fuese, antes de que los duques regresaran de su paseo y entraran a Gloucester Manor, topándose de frente con un segundo Philip Astor.

No pensaba negar que me hormigueaba la curiosidad por conocer su historia. Pero coloqué las manos en mi regazo, estiré mi espalda cuanto pude y lo miré con un rictus de severa condescendencia.

—Todo esto es muy irregular, señor. Haga el favor de explicarse cuanto antes.

—Tengo entendido que otro señor Philip Astor la visita.

—Creo que quien me visite o deje de visitarme no es, en absoluto, tema de su incumbencia —espeté.

Su expresión pacífica varió al segundo. Su rostro cincelado y hermoso se crispó y sus ojos negros como el ónix se clavaron en mí, deseándome un sinfín de infortunios. Empezaba a darme cuenta de que, por lo visto, aquella visita y su contenido le hacía la misma ilusión que a mí.

—Lo es, milady, si la persona que la corteja usurpa mi identidad y mi título.

—¿Qué está insinuando? —me alerté sin perder la compostura.

—No insinúo nada, afirmo. El auténtico nombre del caballero que la pretende no es Philip, sino Thomas. Thomas Astor.

Abrí al límite los ojos, aquello era el colmo. Ni siquiera sabía si era conveniente mantener la visita en lugar de ordenar a los lacayos que lo expulsaran de dos patadas.

—Al menos coincide el apellido —farfullé a media voz.

—Pero no ostenta título alguno. El verdadero conde de Bermor soy yo, milady.

Arqueeé burlona las cejas. Burlona pero interesada, lo confieso.

—¿Se supone que debo creerle?

—Usted es libre de hacer lo que le plazca, lady Grace —se enfadó, aunque puso mucho empeño en disimularlo y contenerse. Aquel arranque de genio, no sé explicar la razón, me erizó el vello de la nuca—. Sin embargo, yo me hallo en la obligación de exponer mi caso y despejar toda duda acerca de mi respetabilidad.

—¿Conoce a Philip Astor? Al otro Philip.

—Insisto, milady. El único Philip Astor que existe soy yo. Él se llama Thomas y se está haciendo pasar por mí, ignoro con qué objetivo. Acabo de volver de las colonias de ultramar y podrá imaginar cómo me ha sorprendido encontrarlo instalado en mi casa, sin reconocer a nadie

del servicio porque los ha despedido a todos. En realidad, no queda nadie en Bermor House. Nadie, ni siquiera una cocinera. Por lo visto, Thomas vive encerrado como un ermitaño... Salvo cuando se atusa, se baña en perfume y viene a verla a usted.

—Si lo que cuenta es cierto, ¿por qué no lo denuncia a las autoridades? —seguí indagando.

El señor Astor tomó aire y apretó sus deseables labios.

—Es un pillo, pero también un primo lejano al que no puedo dejar desamparado. Sería muy de mi agrado que todo esto se resolviera del modo más discreto y simple posible.

Lo atravesé con una de mis miradas fijas y penetrantes que Victoria denominaba «dardo». Había muchas cosas en aquella inverosímil historia que no me cuadraban. Desde luego, empezaba por no creer una sola palabra hasta disponer de más pruebas que sostuvieran una acusación tan grave. Una cosa era que el Philip que yo conocía atravesara una mala racha y se hubiese dejado convencer por las dádivas de mi hermana, seguramente generosas hasta la locura, y otra muy diferente que osara apropiarse de una identidad y una nobleza que no le pertenecían.

Hasta podía asumir que su nombre real no fuera Philip. En cuanto al resto...

Me puse en pie con mayor ímpetu del previsto. El caballero frente a mí se apresuró a imitarme.

—De acuerdo, milord, estaremos en contacto. Tomo buena nota de todo cuanto me ha dicho, aunque no veo en qué otra cosa puedo ayudarlo.

—Solo necesitaba advertirla, para que mi nombre y mi honor no caigan en entredicho si mi primo llevase a cabo algún acto impropio. Por lo demás, no preciso de su apoyo, milady. Debería bastar y sobrar conmigo mismo para desliar este desagradable entuerto. ¿Pondrá al corriente a los duques?

Me mordí el labio inferior, agobiada.

—De momento eso no va a ser posible. No estoy autorizada a proporcionarle más detalles, milord, pero para no perjudicar a alguien a quien aprecio, los duques deben seguir pensando exactamente lo mismo que hasta ahora. Eso sí, tiene mi palabra de que alejaré al señor Astor de Gloucester Manor y de esta familia a la mayor brevedad. Ponga en orden sus asuntos y todo lo que en su ausencia parece haberse descontrolado.

—No le quepa la menor duda de que lo haré, milady.

Inclinó la cabeza con elegancia y sin hacer amago de besarme la mano, se marchó. Quedé helada, como vacía de repente. Había esperado más muestras de agasajo por su parte, al fin y al cabo, si lo que afirmaba era cierto, estaba en mi poder destruir al que decía ser su primo, arrasando de paso con su reputación y el nombre familiar.

Quizá era simple decepción. Desencantada porque era un hombre atractivo y me habrían gustado mayores atenciones. Me llevé la mano a la mejilla, que me ardía.

¿Qué clase de desatino estaba rumiando? Estaba deslumbrada. Intrigada y emocionada. Algo así no era propio de la juiciosa y siempre sensata y recta Grace Wellfly. La que no pensaba casarse y prescindía absolutamente de las solicitudes masculinas para sentirse dichosa.

A la primera oportunidad que me surgió algo parecido a una vía de escape, estando la familia reunida para comer, cuando mamá sugirió que nos marcháramos a Londres, ella y yo en solitario para alejarme del insistente lord Bermor y la presión de su cortejo, la aproveché. Con uñas y dientes. Desesperada por desincentivar a mi pretendiente, que cobrase su sucia

recompensa de una vez y me dejara en paz para siempre.

—No me agrada dejarte sola ahora —reconocí a Victoria aquella noche, las dos en la intimidad de nuestro gabinete compartido—. Estás tan afectada con todo lo que está sucediendo...

—No te preocupes, entiendo que quieras desaparecer. Imaginarás que me siento tremendamente culpable por todo este embrollo, yo lo inventé, te metí en él y ahora que se está complicando, no sé cómo sacarte sin empeorar las cosas.

—Ojalá nunca hubieras contactado con él. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me ocultas cosas hasta que es demasiado tarde? —me impacienté.

Victoria se llevó sus pupilas lejos en una maniobra evasiva.

—Tenía miedo.

—Entonces, ¡no hagas nada que no puedas contarme!

—Me llegó recomendado a través de los criados. Todos pensábamos que no era más que un noble demasiado aficionado al juego que necesitaba dinero. Era la solución perfecta, educado, con buena planta, de cuna ilustre...

—Papá se sentiría muy decepcionado de saber que hemos urdido esta mentira en su contra, francamente, prefiero ahorrárselo. Hemos sostenido nuestros embustes demasiados días sin sonrojarnos siquiera.

—Y si mamá descubre el tipo de persona que ha permitido que frecuente su casa, le dará un ataque.

—Les daría a los dos. Este asunto no es ninguna broma, es un tema delicado. Dejaremos que el tiempo y la distancia sean nuestros cómplices, que este absurdo cortejo se vaya enfriando hasta terminar del todo. Quizá estos días que voy a pasar en Londres lo animen a desistir...

Victoria seguía dando vueltas confusas alrededor del sofá. Yo ya la había puesto al corriente de la intrigante visita del segundo señor Astor.

—¿Y dices que ni siquiera se llama Philip? ¿Que no es el verdadero conde?

Suspiré al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Quién lo sabe, hermana? Creo que son dos rufianes, tanto el uno como el otro. El primero ya sabemos que por dinero es capaz de vender a su madre. Al otro no lo conocemos de nada, ambos podrían estar compinchados para sacar adelante una estafa. —Miré abiertamente a mi hermana—. Prométeme que jamás, pase lo que pase, volverás a recurrir a gente de tan baja estofa, sin principios y de dudosa moralidad.

Victoria agachó avergonzada los ojos y los clavó en la alfombra.

—Pensé que al ser conde...

—Desesperado por no dejar de serlo, vista la penosa situación de sus arcas. No lo olvides, hermanita, un hombre desesperado traspasa límites que en condiciones normales le parecerían sagrados.

Philip

En cuanto decidí visitar Gloucester Manor y poner a los interesados al tanto de las chirriantes circunstancias para que entrasen en el juego, supe que era una mala idea. ¿A qué dama casadera le agrada enterarse de que el caballero que suspira por su mano no es más que un burdo falsete?

¿Que no es cierto que ella le inspire pasión ni deseo alguno?

Supongo que es como recibir una bofetada en el rostro.

Una ofensa de las mayores, impensable.

Y por si fuera poco, tuve la pésima suerte de encontrármela sola. Si al menos la espinosa noticia la hubieran recibido los duques, ellos se habrían encargado de transmitírsela a su hija con las cautelas y el tacto precisos. Seguro que la conocen bien.

Pero yo... Probablemente había escogido las peores palabras, las menos adecuadas, las más hirientes.

Al menos, eso me habían gritado sus ojos claros, iracundos, aunque contenidos.

¡Qué espectáculo de mujer! Una hoguera encarcelada entre muros de recato y comedimiento. Con toda probabilidad, Grace Wellfly no era consciente siquiera de lo que podía conseguir del mundo con solo que se empeñara.

Ni de que un hombre se arrastraría gustoso a sus pies de proponérselo ella.

Sin duda, una dama que me había impresionado. Por la que valía la pena esperar y penar.

6

Una salvadora en el parque

—Excelencia, ¿le gusta? Tengo que decirle que es la última moda en París y que usted lo luce como nadie.

Puse los ojos en blanco, atormentada por el tono empalagoso de nuestra modista en Londres. La que nos abría la puerta y le faltaba besarnos los chapines habida cuenta las fortunas que la duquesa se dejaba en su negocio. Mi hermana Victoria disfrutaba tanto o más que nuestra madre con aquel entretenimiento de los vestidos. En cuanto a mí...

No entendía la necesidad de tantísima ropa en el armario y la molesta obligación de cambiarse varias veces al día. Los trajes de Victoria solían quedarse anticuados antes de disponer de tiempo para estrenarlos.

Movida por un intenso aburrimiento, me puse en pie, di un par de vueltas por el atelier, miré desde la ventana la bulliciosa calle y el frondoso parque cercano y me volví a sentar, esta vez en una silla distinta.

—¿Milady, no se hará ningún vestido para estrenar? —se interesó la modista con voz engolada.

—Milady tiene más trajes de los que podrá usar en todo el año —me adelanté a la respuesta de la duquesa.

Mi madre me miró de reojo, estupefacta.

—Para su estancia en Londres, para sus actividades, que de seguro tienen muchas programadas y muy variadas... —insistió la artista sin darse por vencida.

A lady Gloucester, por lo visto, ya la tenía en el bolsillo con sus ofertas.

—Tiene razón, Grace, deberías elegir algunos modelos.

—Solo serán un par de semanas, mamá, por favor. Hemos traído un montón de baúles. ¿Y luego qué? ¿Me llevo los vestidos de raso y satén al campo?

—Hacemos mucha vida al aire libre. —La duquesa se vio en la obligación de dar explicaciones para compensar mi sequedad.

—Eso es maravilloso, muy sano —sonrió tirante la mujer.

Pantomimas como aquellas eran más de lo que yo podía soportar.

—Si no te molesta, mamá, bajaré a dar un paseo por Hyde Park. Tómame tu tiempo y disfruta con miss Robinson. No es necesario que te aceleres. Escoge con cuidado.

Antes de que pudiera soltar una sola palabra, ya que la vi abriendo la boca, le hice una seña a mi doncella y las dos salimos del taller a toda prisa. Necesitaba respirar aire fresco, me estaba ahogando. La hipocresía de algunas personas, la exageración de sus halagos, la atención continua y aquel deseo ferviente de agradar a toda costa me asqueaba. Victoria, que era un alma libre mucho más feliz que yo en el campo, aseguraba que su hermana mayor era animal de ciudad, que en la corte me movía como pez en el agua. Quizá fuera únicamente porque era lo que

me habían enseñado, lo que se esperaba de mí como primera hija. Mi talante sesudo y voluntarioso me había empujado desde la niñez a memorizar reglas, conductas y normas, y a cumplir a rajatabla con mi papel social.

Lo que no implicaba, de ningún modo, que lo disfrutase.

De la ciudad me gustaba la amplia oferta cultural, sus óperas y bien nutridas bibliotecas. Sus recitales, las librerías, los enormes parques. Pero detestaba la gente con la que debía compartirla.

Iba a pecar de cotilla con Winnie justo en aquel momento, cuando lo vi venir. Parpadeé varias veces seguidas para aclarar la visión, que debía estar jugándome una mala pasada. No podía tratarse de él. ¿En Londres? ¿Qué hacía en Londres?

Philip Astor debió de distinguirme a lo lejos porque modificó el ritmo de su marcha, acelerándola ligeramente, y enfiló en mi dirección. Sin saber por qué, me eché a temblar. Me sentí indefensa y en riesgo. Topármelo en un lugar donde se supone que no debía estar me llenó de miedo. Si aquel hombre me atacaba no habría nada que la pobre Winnie pudiera hacer para rescatarme, igual ella estaba también en peligro.

¡Me perseguía! ¡Me había perseguido hasta Londres!

Y quedaba claro que vigilaba mis movimientos, ¿de qué otra manera, si no, podría haber adivinado que me dirigiría a Hyde Park? Se me aceleró el pulso y empezó a costarme respirar. No alcanzaba a apartar la mirada atemorizada de sus movimientos plenos de ímpetu. Aquel caminar decidido, casi devastador, como si tuviera planeado venir y asesinarme.

—Winnie, Winnie...

Ella ya se había percatado de lo que sucedía. Impulsadas por el instinto, nos tomamos de la mano.

—Ese señor, milady...

—Sí, Winnie, vámonos de aquí, volvamos al atelier.

Sus zancadas fueron mucho más rápidas y antes de poder huir lo teníamos casi encima. Claro, que no solo a él.

—¡Milady! ¿Dónde se había metido? Llevo horas buscándola. —La desconocida que nos había abordado, salida de Dios sabía dónde, se colgó despreocupada y familiarmente de mi brazo —. Debería ver los especímenes que he encontrado. Son de primera.

Gracias a ella me vi girando en redondo y encaminándome por un sendero que nos alejaba de Philip Astor. Él quedó estático a pocos pasos de distancia, sin atreverse a seguir avanzando desde que la muchacha efusiva había bajado de los cielos. Simulé que no estaba a punto de desmayarme, que la conocía de algo y la seguí a toda velocidad, solo para distanciarme de mi posible agresor.

—Camine, milady, camine como si todo fuese de maravilla —me instruyó con un siseo que escapaba entre sus dientes.

Él me provocaba más temor que ella, de modo que obedecí sin rechistar. Con Winnie pisándonos los talones.

—Intente no temblar. Sonría. Así, así, lo está haciendo muy bien.

Seguí a ciegas sus instrucciones y para mi total alivio, Astor se desvaneció entre los árboles y recodos sin conato alguno de persecución. Mi respiración entrecortada se fue normalizando y por fin, tras unos minutos de escapada en silencio, pudimos detenernos y lanzar el ansiado interrogatorio. Curiosamente, fue la joven quien habló primero.

—Pido perdón por haberme entrometido. Es que en cuanto la vi pensé que necesitaba ayuda.

—Debo darle las gracias entonces —repliqué con un torpe balbuceo y el pulso desbocado.

—¿Le ha hecho daño ese hombre?

—No, en absoluto. Solo nos asustó. Parecía dispuesto a abordarnos sin contemplaciones...

—Me llamo Sarah Chester. Lady Sarah Chester. —Su sonrisa era tan amplia y preciosa que los nubarrones que poblaban mi mente se despejaron de inmediato.

—Soy Grace. Lady Grace Wellfly.

En ese momento me di cuenta de que entre los brazos llevaba un montón de hierbas y ramitas. Lo de los «ejemplares» que había utilizado como excusa parecía ser verídico. Enseguida se percató de a dónde se dirigían mis ojos.

—Me gusta la botánica. Bueno, en realidad acabo de estrenarme, pero soy aficionada a todo lo que pueda estudiarse. Trato de elaborar una tisana que ayude a dormir y calme los nervios, sin los efectos secundarios del láudano.

—¿Le importa que vayamos a alguna parte a tomar un té? No puedo presentarme ante mi madre con estos temblores. Qué absurda me siento, qué ridícula. —Hasta me sonrojé—. No suelo asustarme tan fácilmente. Ni siquiera sé de dónde ha surgido tanto temor repentino.

Era sencillo decirlo ahora que ya no se divisaba al intimidante Astor por ninguna parte. La joven, que debía tener más o menos mi edad, sonrió restando importancia a mis disculpas.

—Por supuesto que sí. Hay un establecimiento muy coqueto, uno de mis favoritos. Sirven una tarta de higos que la catapultará al séptimo cielo, se lo aseguro; no queda lejos.

—Vayamos a por ese manjar, pues.

—No sé a qué viene tanto aspaviento, hija mía, de veras que no lo comprendo. Este comportamiento es más propio de tu hermana Victoria que tuyo.

—Estoy emocionada, mamá, he hecho una nueva amiga. Y es una joven sensible, honorable y excelente.

La duquesa probó a acercarse al rostro dos pendientes diferentes.

—Conozco a los condes de Pembroke. No sabía que tuvieran una hija de tu edad, por alguna razón han debido de tenerla bien oculta. ¿Le falta alguna pierna?

Rodé los ojos al tiempo que soltaba una carcajada.

—En cuestión de años debe de estar entre Victoria y yo misma. Es inteligente y simpática. Y hasta donde sé, anda correctamente.

Lady Gloucester volteó sobre su asiento del tocador para mirarme por encima del hombro. Afilada e intrigada.

—No puedes ir haciendo amistades de cualquier manera, por la calle. Es muy inapropiado.

—No nos conocimos en la calle, mamá, fue en Hyde Park. Ella es una enamorada de las plantas y las flores, estudia sus propiedades medicinales...

Mi madre elevó una ceja y regresó al asunto de las joyas.

—¿Qué pendientes te pondrías?

—Los diamantes, mamá —dije resignada a que jamás compartiera mi entusiasmo por casi nada—. Con los diamantes siempre se acierta.

—Tú deberías haber encargado como mínimo un par de vestidos nuevos. No entiendo que no te haga ilusión.

Sin replicar, me puse en pie y caminé hasta el gran espejo de cuerpo entero que la duquesa tenía en su alcoba. Mi traje era sublime, del color de los cuarzos rosa, lograba que el color café claro de mis iris y mi cabello parecieran caramelo. Atusé la falda de gasa, ligera como un velo de bruma.

—A mí este me gusta.

—Pues deberías tener muchos parecidos. Eres la hija del primo del rey, no lo olvides. ¿Collar?

—El que hace juego con tus pendientes, mamá —la auxilié muerta de aburrimiento.

—No debería haberle dado la tarde libre a mi doncella justo esta noche que acudimos a la ópera. Ha sido una malísima idea.

Fui hasta ella, apoyé las dos manos en sus firmes hombros y le besé con cariño la mejilla.

—Mamá, tranquilízate. Winnie ha hecho un formidable trabajo al vestirme y aquí tienes a tu primogénita, aconsejándote acerca de las joyas. Estás radiante.

Lady Gloucester me miró orgullosa y sonriente a través del espejo. Su mano voló a posarse sobre una de las mías y me propinó unas palmaditas afectuosas.

—Tú también querida. Brillas como la mejor estrella. Esta noche muchos ojos se centrarán en ti y... —torció la boca sugerente—, ¿quién sabe?

Le dirigí una simpática mirada de reproche.

—Echo de menos a lord Bermor —añadió cuando menos lo esperaba.

Sufrió un involuntario respingo.

—¿Por qué causa? ¿No os advertí que estaba resultando demasiado insistente y petulante?

—Creo que confundes las atenciones con el acoso.

—Mamá, ese hombre cada vez me gusta menos.

—Resulta tan difícil conseguir que alguien te agrade...

—Cierto. Necesito algo más que apostura en un caballero para que llame mi atención. — Le lancé otra mirada, esta vez de súplica—. ¿Tantas ganas tienes de casarme?

—No es lo que estás pensando, hija, no a toda costa. Pero mira, esta noche en la ópera nos presentarán a los nuevos duques de Montrose, ¡ella apenas tiene tu edad! Y fíjate, casada y toda una duquesa.

Apreté los dientes para no darle cuerda a aquella conversación que se encaminaba por derroteros muy poco apetecibles, giraba sobre sí misma y siempre acababa en el mismo punto. Tomé el chal, hice una seña a Winnie, que se mantenía de pie junto a la puerta para que preparasen nuestras capas y el carruaje, y por fin abandonamos Gloucester Hall en Londres.

No es que mi madre no aprovechara el trayecto hasta el Teatro Real de la Ópera para convencerme, por enésima vez, de las ventajas del matrimonio; por eso, en cuanto divisamos a la feliz pareja que se supone íbamos a conocer, solté un resoplido de alivio deseando que el dolor de cabeza recién iniciado se disipara.

El duque tenía los hombros más anchos que había visto en mi vida y el pelo cobrizo. Era insultantemente guapo. En cuanto a ella... Clara, lady Montrose me gustó desde el primer cruce de miradas. Su sonrisa permanente y los hoyuelos que se marcaban en sus mejillas, junto con el alegre brillo de sus ojos me recordaron tanto a Victoria, que enseguida brotó una especie de acercamiento fraternal entre ambas.

—Encantada de conocerla, lady Grace. Había oído hablar mucho de usted y de su hermana.

—Espero que bien, aunque suene a tópico manido.

—Tenga por seguro que, de no haber sido buenos comentarios, no los habría permitido.

Nos reímos a dúo. Aunque las situaciones eran bien distintas y el relax y la calma del teatro no eran comparables a la ansiedad que tontamente me poseyó al ver aparecer al señor Astor en el parque, el halo que rodeaba a lady Clara me resultaba familiar y afín, de un modo similar al que percibí en su momento en lady Sarah Chester.

—¿Se divierte en Londres, milady? —quiso saber con un elegante vaivén del abanico.

—Podría decirse que sí. La vida en el campo es muy gratificante, pero la ciudad, con todo su bullicio y oferta de entretenimiento supone un estímulo digno de disfrute.

—Nosotros pasamos largas temporadas en Escocia, pero ahora mi esposo debe asistir a las sesiones del Parlamento, me temo que por mucho que a los dos nos complazca la vida en el

norte, nuestras estancias en Londres y alrededores serán cada vez más usuales y prolongadas.

En ese instante, el duque, que conversaba amigablemente con mi madre, se inclinó sobre su esposa y le susurró algo cerca del cuello, lo suficientemente alto como para hacerme partícipe, lo suficientemente cerca como para que ella se estremeciera.

—El primer acto dará comienzo en breve.

Nos despedimos con la promesa de reencontrarnos muy pronto y cada cual se dirigió a su palco. Entre el tumulto, les perdí de vista enseguida. Mi señora madre y sus guantes mal estirados requerían toda mi atención. Al alcanzar nuestro destino, un empleado del teatro nos abrió la puerta con una reverencia.

—Iré antes al tocador, mamá, puedes ir acomodándote.

—¡Grace! ¿Ahora?

—Mejor que interrumpir el espectáculo más tarde —la convencí—. Regreso enseguida.

Volvió a rogarme que no me entretuviese más de lo conveniente y yo me pregunté cuánto era lo conveniente a la hora de pasar por el tocador. La imagen del duque de Montrose aprovechando un acto banal para seducir a su duquesa, me visitó repetitivamente la memoria y me arrancó una sonrisa. Quizá no era tan desastroso enamorarse y casarse con alguien amable que te respetaba, atendía y tenía en cuenta como persona, en lugar de tratarte como a un florero. Tal vez era cierto que hombres así existían y si tenías la enorme fortuna de cruzarte con uno de ellos en tu camino...

Tan ensimismada iba con mis románticas y ridículas ensoñaciones que no me percaté de su presencia hasta que prácticamente lo tenía encima. Y para entonces, mi reacción fue exagerada. Retrocedí con los ojos desencajados, cubriéndome la cara con los brazos enguantados, aterrorizada como si estuviera en presencia del mismísimo diablo.

—Lady Grace, lady Grace, por favor, espere.

No iba a escucharlo. Ni a esperar.

Giré sobre mis talones y corrí con la sensación de que lo hacía para salvar la vida. Entonces fui dolorosamente consciente de que la insistencia y las retorcidas amenazas del otro señor Astor, de Thomas, me habían asustado de verdad. Que sin entenderlo del todo, había llegado a sentirme intimidada, desvalida ante sus avances, en sus manos cuando me reveló su intención de embaucar a mis padres y pedirme en matrimonio. Y el hecho de ignorarlo todo acerca de Philip, de desconfiar de cualquiera que estuviese implicado en aquel aprieto hasta con el más ínfimo poro de mi ser, me hacía ver monstruos y fantasmas donde quizá no los hubiera...

Bueno, a ciencia cierta los dos Astor eran cómplices, solo el cielo sabía qué se proponían. ¿Dinero? ¿Desprestigiarnos? ¿Obligar al duque a conseguir algún favor o prebenda para ellos? ¿Acercarse al rey?

¡Dios! Tenía tanto miedo. ¿Qué hacía el segundo Philip Astor en el Teatro de la Ópera la misma noche que yo acudía con la duquesa? ¿Me espiaba? Sí. ¿Seguía mis pasos? No cabía duda. ¿Con qué oscuras intenciones?

Aunque continuaba escuchándolo llamarme a mi espalda, no me detuve, ni siquiera frené. Al confirmar que avanzaba en mi dirección, todo mi cuerpo se puso rígido. Y entonces tiré del picaporte de la primera puerta que tenía delante y me introduje en el palco a oscuras, como una tromba, con el corazón en la garganta, golpeándome en cada latido a verdaderos cañonazos.

Me engulló una consoladora oscuridad. El rumor de la música desde el escenario. Sintiéndome a resguardo, cerré de un portazo y me apoyé en la puerta mientras los legítimos ocupantes del palco giraban a mirarme, sorprendidos ante la invasión.

—¡Lady Grace! ¿Le sucede algo?

La pareja ya se había puesto en pie y la dama se adelantó para tomarme del brazo. Yo temblaba tratando de reconocerlos en la penumbra, si bien la voz de lady Clara era dulce e inconfundible.

—Lady Montrose...

—¿Le ocurre algo a la duquesa? ¿Dónde está su madre? —me urgió lord Montrose ceñudo y preocupado.

Me llevé la mano al pecho tratando de recuperar el resuello.

—Lo siento, siento haberles asustado. Mi madre está bien. Yo... Yo simplemente... Creo que me equivoqué de palco.

—Disculpanos un instante, querido —intervino lady Clara guiándome hasta los asientos.

Su esposo captó el mensaje a la perfección.

—Iré a por algo de beber. Entretanto, disponga de mi silla, milady.

Cuando nos quedamos solas, del modo más absurdo rompí a llorar. Lady Montrose esperó pacientemente a que se calmara mi pequeño ataque, sin soltar mi mano en ningún momento.

—Un hombre —conseguí balbucear—. Me perseguía un hombre.

—¿Un hombre? ¿Aquí? ¿Dentro del teatro?

Asentí tragando saliva.

—¿Le ha hecho daño? ¿La ha amenazado de algún modo?

Esta vez moví la cabeza en sentido negativo.

Lady Clara se incorporó, se sujetó el bajo de la falda y de dos zancadas llegó hasta la puerta. Alargué el brazo, desesperada.

—¡No me deje sola!

Pero ella ya tenía previsto asomar la cabeza y revisar el pasillo, que fue lo que hizo. Acto seguido encajó la madera y corrió del todo las pesadas cortinas.

—Está desierto. Ni un alma hasta el nacimiento de las escaleras.

Solté de golpe el aire retenido en los pulmones, en un gesto tan poco refinado que a mis padres les habría dado un vahído de estar presentes. Por fortuna, lady Clara no se escandalizó ni nada remotamente similar.

—¿Le conocía? ¿Conocía usted a ese hombre?

No supe qué decirle. Me la quedé mirando con un viso de desesperación en las pupilas y un significativo temblor en la barbilla.

—¿Hay algo que quiera contarme, querida? Sé que acabamos de conocernos, pero puede tener la certeza de que conmigo sus secretos están a salvo.

Le dirigí una mirada esperanzada.

—¿Me juzgaría muy osada si la hiciera partícipe...? —Agaché abrumada la cabeza—. Oh, duquesa, ¿qué va a pensar de nosotras? Es una historia tan inapropiada, tan poco honorable...

La preciosa mujer que tenía delante tomó mi barbilla con dos dedos enguantados en seda y me instó a mirar al frente.

—Bien podría contarle yo otros cuantos episodios de semejante categoría. Se echaría las manos a la cabeza, ni se imagina. Y nada de duquesa, lady Clara entre nosotras es más que suficiente. Adelante, cuando desee, soy toda oídos.

Y me desahugué.

Como solo lo habría hecho con mi hermana menor Victoria. Del mismo modo en que lo había hecho días atrás con lady Sarah Chester. Dos mujeres que, pese a ser auténticas desconocidas, habían acudido en mi auxilio al presentir que las necesitaba.

Dos corazones buenos.

—Si mi madre se entera de esto —comenté una vez lo peor hubo pasado—, caso de ser cierto, encerrará a mi hermana de por vida. Y de no serlo, me encerrará a mí por tener tratos indecorosos con un caballero al que nadie me ha presentado. Por dios, lady Clara, ¿qué hago?

—Esclarecer las cosas. De nada sirve seguir huyendo de alguien que, evidentemente, la persigue con un fin concreto.

—¿Y si el fin no es otro que causarme daño?

—No lo enfrentará sola, de hecho, hasta que esto esté resuelto por completo, no debe estar sola jamás. Pero es importante que se entreviste con él, cerciorarse de si dice la verdad o miente y caso de que sea preciso, dar cuenta a las autoridades.

Volvió a tomar mi mano helada y lánguida entre las suyas, y la acunó casi con cariño.

—No tiene de qué preocuparse. Yo la acompaño. Encomendaremos a mi esposo que localice a ese caballero. Si se llama como dice y tiene residencia en Londres, no será complicado encontrarlo. Y si se hospeda en un hotel, será mucho más sencillo.

Lady Clara no había exagerado los talentos de su esposo, ni sus contactos en las altas esferas de la ciudad. En solo un par de jornadas ya disponíamos de una dirección fiable a la que dirigir una nota, citando al presunto Philip Astor en un salón de té de la zona de Mayfair, cuya popularidad había cedido a la apertura de nuevos establecimientos y resultaba ser tranquilo y particularmente discreto. Procuré convenir el encuentro con mis dos acompañantes casi media hora antes del momento en que el señor Astor aparecería.

Sí, he dicho dos.

Lady Sarah, que llegó a la par conmigo, y lady Clara, que se hizo ligeramente de rogar. Ambas pestañearon sorprendidas por la presencia de la otra. Las presenté sin perder el tiempo.

—Tengo mucho que agradecerles a las dos. Apenas me conocen y ya me han sido de un valor indescriptible. No sé qué sería de mí en esta tesitura sin contar con su apoyo.

Como era de esperar, ambas damas restaron importancia a sus intervenciones. Nos

acomodamos en la mesa más apartada y fuera de la vista y ordenamos té con pastelillos. Sin embargo, entiendo que con buen criterio, lady Sarah sugirió que esperase al señor Astor en solitario, en otra mesa, con la sola tutela de mi fiel Winnie.

—Si nos divisa a las tres, es posible que se sienta amenazado y salga huyendo —aventuró la sorprendente joven Chester.

—Estos tipos despreciables que se dedican al saqueo y la estafa, a la hora de la verdad suelen ser muy cobardes —afirmó lady Clara con tanta firmeza que lady Sarah y yo nos quedamos preguntándonos cómo sabía de esas cosas.

Obedecí, pidiendo que trasladaran mi servicio de té a la mesa contigua y ellas permanecieron en el lugar inicial, fingiendo ser dos amigas enfrascadas en animada charla, que nada tenían que ver conmigo. Puntual como un reloj suizo, a la hora convenida, el señor Philip Astor entró por la puerta.

Vestido con un terno azul oscuro, bastón y chistera. Elegante, refinado e insoportablemente atractivo. Pude leer sin dificultad en los ojos de las ladies y en sus cejas arqueadas algo como «no nos había prevenido usted en cuanto a su aspecto». Carraspeé azorada, molesta por ponerme nerviosa en su presencia, intentando que los dedos no me temblaran al mover la taza.

—Milady. —Una vez a mi costado, marcó una profunda reverencia.

—Señor Astor.

Le indiqué con un ademán que se sentara. Ordenó un té sin más, ni leche ni azúcar y se me quedó mirando con una interrogante pintada en los profundos ojos.

—No sé de qué se extraña —comencé—. Al fin y al cabo, usted me ha seguido hasta Londres y se dedica a importunarme. ¿O va a convencerme de que todos nuestros encuentros han sido fruto de la casualidad?

—No, en absoluto.

—¿Entonces? ¿A qué viene ese gesto de sorpresa?

—Ignoraba que tuviese intención de localizarme tras haber salido huyendo en el Teatro como si mi intención fuera asesinarla. Tampoco la suponía con capacidad para hacerlo, milady. Al menos, no tan pronto.

Sin necesidad de desviar la mirada hacia la mesa donde lady Sarah y la duquesa bebían té y me fiscalizaban, me sentí respaldada, protegida. De alguna forma, envalentonada.

—No piense que es usted el único con herramientas y contactos, señor.

—A la vista queda que debe de ser usted una persona con muchos recursos.

Su tono de voz me envolvió por completo. Sacando fuerzas de flaqueza hice como si no lo hubiera escuchado. El muy canalla pretendía adularme para que bajara las defensas y yo tenía que ser inmune a sus muchos encantos.

Para empezar, que dejara de mirarme de aquel modo tan insistente.

—Quiero que me explique por qué me espía...

—Yo no la espío.

—Oh, sí. Me espía y me vigila —acusé con rotundidad, antes de que él tomase ventaja en aquella lid.

—Admito que viajé a Londres en cuanto me enteré de que usted lo haría.

Mi rostro se iluminó con un destello de triunfo. Por fin confesaba. Porque, francamente, tampoco es que esperara que lo hiciera.

—¿Ve lo que digo?

—Pero no con el propósito del que se me acusa, milady. Me figuré que sería Thomas quien la siguiera hasta aquí, que intentaría algo drástico para facilitar o adelantar sus planes.

Traté de parecer escéptica y desinteresada.

—¿Como por ejemplo?

—Comprometerla. En público, de algún modo miserable. Mi primo está desesperado por vincularse a su familia, de la forma que sea o pueda.

Lo repasé con desconfianza.

Que no le quedase duda de que no le creía.

Odiaba que me costase tanto mantener mi genuina frialdad, las distancias delante de aquel hombre. Sus ojos clavados en mí, su boca sutilmente perfilada, todo él me perturbaba de una manera detestable. La idea de que gozara de un poder sobre mi serenidad que hasta entonces nadie había tenido, me incomodó al instante.

El torbellino de emociones que me provocaba se parecía bastante a lo que Victoria solía vaticinar: «cuando llegue el hombre de tu vida, puede que tú no lo sepas, pero tu cuerpo lo sabrá, reaccionará de formas que ni siquiera imaginas. Él te confirmará lo que tú te niegas a aceptar».

Como podréis suponer, siempre lo achaqué a su afición a la lectura romántica. Seguramente la frase no era suya, la habría sacado de algún pasaje particularmente picante de alguna novela de título insulso. No obstante...

No podía ser que la hierática y siempre correcta lady Grace se sintiera atraída por primera vez y por un...

¡¿Crápula libertino?!!

Me abaniqué con disimulo para dispersar el sofoco concentrado en mis mejillas. Un insoportable calor que me subía hasta las orejas. El abanico, gracias al cielo, me permitió cubrir parte de mi cara y poder mirar de reojo a mis compinches que, entre sorbo y sorbo de té, no perdían detalle de lo que allí sucedía.

Cuando dejé de vagar por el éter y posé de nuevo los pies en tierra, Philip Astor extendía sobre la mesa unos documentos que llevaba cuidadosamente plegados en un bolsillo interior, e intentaba mostrármelos.

—Insisto en mi versión de los hechos, milady. Usted es libre de creerme o no, del mismo modo que es libre de amar a Thomas. No se lo critico.

Sufrió un sobresalto.

¿Qué clase de idea descabellada estaba forjándose aquel caballero acerca de mí y mis motivaciones? ¿Pensaba que el otro señor Astor y yo...?

—Siempre que sea plenamente consciente de que no es el conde de Bermor y de que tendrá que indagar a fondo en sus auténticos sentimientos. Si son honestos o no, no es algo que yo pueda juzgar de forma absoluta sin equivocarme. Tenga en cualquier caso presente que le gusta el prestigio social, el dinero, y que lo necesita.

Así que el bueno de este señor Astor luchaba por salvaguardar mi pretendida historia de amor con su indecente primo. Y yo no podía revelarle que todo había sido una trepa orquestada por mi hermana. Aquello dejaría su reputación, y de paso la mía, manchada de gravedad.

—Estos documentos prueban mi identidad. Puede estudiarlos y analizarlos con calma —repuso deslizándolos por la mesa en mi dirección—. Esperaré lo que haga falta.

Ni me molesté en posar en ellos mis ojos.

—No entiendo de papeles oficiales, milord. Le advierto que sería una lamentable pérdida de tiempo. Además, ¿cuál es la causa de que le importe tanto mi opinión?

Philip se inclinó hacia mi persona y el aroma de su cuerpo invadió mis fosas nasales. Un olor tan delicioso como su apariencia.

—Necesito que me crea, milady. Es probable que le haya tomado algo de...afecto a Thomas, eso puedo entenderlo.

—¡Oiga! Yo no...

Su mano autoritaria me hizo callar. Algo que casi nadie, salvo mi padre, lograba. Y en su caso, era en nombre del cariño y el respeto, no por temor.

—Por encima de lo que llegue a sentir y su tendencia a defenderlo, no permitiré que mi apellido y mi título rueden por el suelo, desmerecidos y enterrados en barro.

Si era un embaucador que se dedicaba a fingir, sus dotes para la interpretación resultaban de primer nivel, ya que sus ojos se humedecieron emocionados. Marqué las distancias para liberarme de su hechizo y asentí con suavidad.

—No se preocupe tanto. Como le dije en su momento, hablaré con él a mi vuelta a Colson town y lo sacaré de mi vida. En el interín, usted podrá recuperar la suya y dejar de vigilarme, supondrá lo molesto que me resulta. Y ahora, si podemos dar por terminada la entrevista, le rogaría que me disculpe. Debo irme.

Se puso en pie al mismo tiempo que yo, para despedirme con una venia. Las ladies que ocupaban la mesa cercana se prepararon a salir tras de mí.

—Al coche —oí indicar a lady Sarah.

En efecto, un carruaje tipo berlina aguardaba en la puerta del local y antes de ser vistas por nadie, en especial por lord Bermor, las cuatro nos subimos a él a toda velocidad. Yo combatía la fina capa de sudor que me cubría el rostro pese al frío y la tensión nerviosa que me dificultaba algo tan simple como respirar.

—En absoluto quiero inclinarla a su favor, pero sonaba sincero —apreció lady Sarah mirándome fijo para comprobar mi estado real.

—A mí también me lo ha parecido. ¿Tuvo ocasión de estudiar esos documentos?

Agité la cabeza furiosa conmigo misma. Me moría de vergüenza si delante de tan ilustres y generosas damas acababa confesando mi debilidad. Aquel desconocido, que bien podía ser un bandido, un ladrón, cualquier identidad inconveniente y peligrosa, me robaba el brío, me desestabilizaba con la fuerza de su mirada. Con su voz de ronco terciopelo.

—No vi nada —admití afligida—. No acerté a leer una sola frase. Estaba demasiado

histérica.

—Comprensible, dadas las circunstancias. Milady, no se desconsuele. El hecho de que le haya ofertado revisarlos sin presiones, tomándose su tiempo, dan cierta muestra de su veracidad —comentó lady Clara con su voz melodiosa y curativa.

—No podía saber de antemano que se negaría a analizarlos —sumó lady Sarah.

—Pero sí esperar que, como mujer desacostumbrada a los documentos oficiales que soy, no entendiera una palabra de lo que había ahí escrito —gemí arrepentida de no haberme hecho con los papeles y haberles dedicado, al menos, una hora de examen concienzudo.

—Acompáñenme a casa —invitó lady Sarah, cuya familia era propietaria del carruaje que ocupábamos—. Tomaremos un té decente y calmaremos los nervios. Solo así podemos evaluar qué hemos sacado en claro de esta maniobra.

¿Sacado en claro? Yo podía decírselo. El señor Philip Astor, conde de Bermor, si es que lo era, me gustaba. No era una emoción corriente, como cuando ves un jarrón chino y valoras su perfección y su belleza. Era una cuestión irreconciliable con la serenidad y el sosiego. Una suerte de alerta general que embotaba mis sentidos bloqueando mi capacidad de reacción. Su presencia me afectaba en lo más profundo y de un modo que jamás había experimentado. Causaba en mí un efecto que no sabía calificar, únicamente sentir. Me arrastraba, envolvía, hipnotizaba. Resumiendo: si lo tenía delante no era dueña de mis actos.

Cómo lo detestaba.

Llegó la noche y pensé que no me dormiría. Cada fibra de mi ser parecía exaltada, demasiado viva y despierta. Apenas me adormecí ligeramente, fui consciente de algo: una realidad espantosa que me sentó de un brinco en el lecho. Ya sabía por qué había rehusado revisar los documentos de identidad del señor Astor.

¡Acababa de descubrirlo!

Por si eran auténticos.

¿¡Deseaba que no lo fueran!? ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Acaso prefería pensar que me mentía, que era un tramposo comprometedor, un maleante del que cuidarse? ¿Me excitaba más pensarlo de ese modo?

Definitivamente... Me estaba volviendo loca.

Philip

Estar sentado frente a ella fingiendo que no me conmovía, inquietaba, perturbaba, fue un sacrificio espantoso. Ya que me movía un fin noble, salvaguardar el honor de mi apellido, quise sonar racional, desapasionado. Mostrarle los documentos y que, de una vez por todas, confiase en mí. Entiendo que era hartó complicado, habida cuenta los antecedentes sembrados por Thomas, pero me negaba a pensar que imposible.

Sus ojos tenían la culpa de todo. Me tenían atrapado.

Dos pozos de caramelo brillando desafiantes en un rostro de perfecta porcelana. Y aquel lunar diminuto sobre el arco del labio superior...

¡Su lunar!

Me distraía de continuo.

Teniéndola tan cerca era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera hacerla mía con todas las consecuencias. Solo admitir que hubiese desarrollado algún tipo de afecto cercano por mi odioso primo, más allá de sentirse halagada con sus estudiadas lisonjas y sus malas artes de seducción, me enervaba y me empujaba a desear que Thomas desapareciera. Yo no era de ese tipo de hombres. Sabía triunfar sin destruir a nadie ni dejar cadáveres por el camino, no era como él, lo había demostrado mil veces. Eso no quitaba para que fuese unos de los pocos parientes vivos que me quedaban. Iba a apartarlo, a borrarlo de escena, pero sin herirlo.

No, al menos, de un modo irreversible.

10

La vidente

—¿Está segura de que no nos arrepentiremos de esto, lady Clara?

La duquesa dejó escapar una carcajada cristalina y alegre que disipó bastantes brumas y temores de los que me consumían.

—No tema, no es ninguna bruja, todo el mundo viene a verla. Militares antes de sus campañas, políticos en ciernes o en activo, casamenteras en busca de salida para sus casos más difíciles... Tiene muy buena reputación dentro de lo suyo.

—¿Y maneja el significado de los sueños?

—No sabría decirle. Precisamente por eso hemos venido, para averiguarlo.

—Yo nunca he visto a una pitonisa. No, en persona —alegó lady Sarah—. Y si mis padres sospecharan siquiera que vengo a visitarla... —Carraspeó azorada—. El caso es que me suscita gran curiosidad.

Todas nos dimos cuenta de la tensión que abrumó a lady Sarah al mencionar a sus padres. Con muy buen tino, lady Clara giró su atención de nuevo hacia mí.

—Ni que decir tiene que el contenido de ese sueño suyo, milady...

—Es turbio, sí —convine amilanada—. Casi me pregunto si estoy dispuesta a desvelar su mensaje. ¿Y si lo que intenta decirme es una noticia horrible que no quiero escuchar? ¿Hasta qué punto estoy decidida a afrontar esto?

Sarah suspiró. Recompuesta, pero todavía inquieta.

—Créame, milady, los tragos amargos, cuanto antes se pasen, mucho mejor.

La estancia donde se nos recibió, en grupo, porque así lo solicité yo como principal interesada, era todo lo que cabía esperar de una profesional de las artes mágicas. Penumbras, gruesos velones de color oscuro, cortinas corridas y muebles ancestrales. El ambiente cargado con los olores de un incensario. La adivinadora era gruesa y diminuta, vestida íntegramente de blanco, como una aparición fantasmal de no haber tenido un aspecto tan bonachón.

Sus pequeñas manos nos hicieron una señal muda que todas entendimos sin dificultad y nos sentamos alrededor de una mesa redonda.

—Usted dirá, milady. Me informan de que quiere consultarme acerca de un sueño.

—Una pesadilla, más bien —logré explicar.

El gesto de su cara venía a decir que todo era más o menos lo mismo, algo con lo que yo no estaba, en absoluto, de acuerdo. Aspiró aire, hinchó sus pulmones de forma exagerada y entrecerró misteriosamente los ojos.

Ya no volvió a abrirlos hasta el final de la sesión.

—¿Sería tan amable de entregarme su mano, milady?

Al obedecer, noté que temblaba. Muchas cosas impropias de la Grace que por lo general yo era. Los dedos de la pitonisa, cálidos y sorprendentemente suaves, rozaron mi palma abierta.

—Su sueño... Su sueño no está completo aún. Debe esperar.

—¿Quiere decir que va a continuar atormentándome? —me horroricé.

—Si no se manifiesta la historia por entero no comprenderá el sentido de su vida.

—De... ¿mi vida? ¿Qué tiene que ver...?

—Eso que considera una pesadilla no es otra cosa que la visión de una vida pasada, milady. Una vida que ya vivió, con personas que conoció, a las que amó, que la amaron o la hirieron. Personas que hoy, en esta vida presente, pueden también encontrarse a su alrededor.

Lady Clara se llevó las manos a los labios para mitigar un gemido de asombro.

—¿Podemos contemplar vidas pasadas? ¿De quienes fuimos en otros momentos? —quiso saber con un hilo de voz.

La vidente no modificó un ápice su postura.

—En realidad es un regalo que no se le concede a casi nadie. Sabríamos demasiado.

—¿Qué debo hacer? —jadeé medio ahogada.

—Esperar. Recabar información. Actuar en consecuencia.

—Pe... pero...

—Es muy probable que la estén alertando acerca de alguien, para que desgracias que ya ocurrieron entonces, no vuelvan a repetirse. Tenga bien abiertos los ojos.

En el acto me arrepentí de haber ido.

Estaba mucho más angustiada que antes. Mi desazón se había multiplicado sin compasión alguna. Sentí una gran desesperación, una pena enorme de esas que no caben en el pecho y amenazan con reventarlo. Aquella pobre mujer enferma a la que no conocía y sin embargo cuidaba como si me fuese la vida en ello, había sido mi madre. Y alguien la había asesinado delante de mis ojos, de un modo brutal, despiadado.

¿Qué podía significar aquella barbarie? ¿Estaba mi madre actual en peligro? No deseaba saberlo porque... ¿Qué podía hacer?

Estuve a punto de echarme a llorar como una niña asustada. En ese momento, la vidente abrió los ojos. Negros como dos pozos directos al centro de la tierra.

Como los de Philip Astor cuando se ensombrecían.

—No tema, milady.

—¿Que no tema? Estoy absolutamente aterrorizada, no imagina el contenido de esas pesadillas, son sangrientas, pavorosas...

—Las envía usted misma, así que siga sus propios consejos.

La miré sin comprender nada. Todo lo que decía se me antojaba un disparate.

—Ha sido su yo del pasado la que ha decidido salvarla, agradézcalo. Alguien que posiblemente ya conozca, o no todavía, quiere hacerle daño. Usted solo trata de evitarlo.

El hombre de la espada.

El que en mis visiones asesinaba a mi madre.

El hombre despreciable, el asesino cruel. ¿Quién era?

En un abrir y cerrar de ojos, la urgencia por escapar de las redes de aquel ambiente asfixiante me envolvió por entero. Desaparecer, ocultarme donde mis propias pesadillas no me encontraran. Porque por encima del miedo, sabía que lo que aquella mujer había sentenciado con voz de ultratumba era verdad.

Convengo en que no fueron muchos días. Pero la intensidad de nuestra relación, el grado de intimidad que adquirí con lady Sarah y la duquesa fueron de tal calibre, que abandonar Londres para regresar a Colsonstown con mi descontenta madre, supuso un sacrificio mucho mayor de lo que habría aventurado. Al despedirnos, nos prometimos cartearnos y reunirnos cuanto antes, quizá pasadas las fiestas navideñas.

Tenía tantas ganas de que Victoria las conociera.

Soporté todo el trayecto las quejas de lady Gloucester, alegando que la había descuidado, que solo me había dedicado a mis recientes amistades, olvidando que estaba en Londres con ella. No la había acompañado a la modista con la asiduidad que hubiera deseado, como tampoco me volví demente escogiendo telas. No asistimos a suficientes óperas y la mayoría de los té s los tomé, no con ella, sino con las ladies.

Mea culpa.

Si aguanté el chaparrón sin rechistar no fue solo porque tuviera parte de razón. Aquella misma noche antes del viaje había vuelto a sufrir la terrible pesadilla con algunos detalles añadidos que perfilaban el contenido de la historia: mi madre y yo, la que ahora sabía que lo había sido en realidad, éramos pobres de solemnidad y nos ganábamos el mendrugo de pan limpiando un enorme templo. Arrodillada sobre el suelo de piedra, tiritando de frío, fue como mi madre enfermó. Y ahora yo no disponía de fortuna para comprar los remedios que le salvarían la vida.

Había sido la anciana que limpiaba con nosotras, una extraña mujer, tan callada que apenas si conocía el tono de su voz, que se limitó durante meses a contemplarnos de reojo sin dirigirnos la palabra, la que vertió la venenosa pero sublime idea:

—Con lo que vale uno de esos cálices tendrías medicina hasta el fin de sus días.

Entonces yo había tomado la insensata decisión de robarlo.

Nadie se plantea si una idea es buena cuando es la única que tienes. Y tras el robo, los guardianes del templo nos habían perseguido sin tregua...

El monstruoso recuerdo me provocó un estremecimiento que la duquesa pasó por alto, tan embebida como estaba en el recuento de sus desdichas. Siguió echándome en cara mi falta de atención mucho tiempo más después de que dejara de oírla.

En menos de dos semanas nuestro universo dio un nuevo vuelco. Entre las tinieblas de la noche surgió el luminoso día. Porque mi hermana Victoria se prometió con el señor Gray y a todos nos invadía la dicha de modo absoluto viéndolos tan unidos y felices. No es fácil encontrar a alguien con quien te complementes como la otra mitad de tú mismo y ellos no lo habían tenido fácil. El desenlace, por fortuna, fue glorioso.

Y de repente caí en la cuenta de que mi hermana, mi compañera de vida, se convertiría en marquesa de Gregshire, se mudaría a Wellford Hall a vivir su amor con plenitud y yo... Yo me quedaría sola.

Los días que siguieron a la feliz noticia fueron agridulces, júbilo entremezclado con congoja. Algo extraño y muy difícil de manejar. Por nada del mundo quería convertirme en la razón que empañara la felicidad de Victoria, pero tampoco sabía luchar contra aquella sensación agobiante, como si el reloj marcara la hora punta de forma interminable.

Temiendo dormir cada noche y que la pesadilla se repitiera.

O peor aún, que avanzara con una nueva entrega y más revelaciones.

Le propuse al duque invitar a mis nuevas amigas a Gloucester Manor. Así mi hermana y ellas podrían conocerse y las damas apoyarían con los preparativos de la boda. Fue una propuesta acogida con sumo agrado por parte de todo el mundo. Menos por la duquesa, que aún andaba algo resentida.

—No es con ellas, querido, tienes mi palabra de que no guardo resquemor alguno contra esas jóvenes con las que ni siquiera he tratado en tres ocasiones. Sin embargo, y pese a mi benevolente y generoso carácter, se me hace difícil olvidar que mi propia hija me abandonó del modo más desalmado por atenderlas a ellas.

Mi padre, que siempre sabía cómo domarla, le regaló un suave y pícaro beso en la comisura, que logró que sus mejillas se convirtieran en rubíes.

—Es lógico que prefiera intimar con gente de su edad, querida.

—Pero...

—Pero nada. ¿A ti no te sucedería lo mismo?

—Soy la que le dio la vida...

Volvió a arrullarla y la desgana de la duquesa se diluyó como miel tibia.

—Bien pensado... Podrían ser una inmejorable compañía para las muchachas. Espero que conociendo más a fondo sus talentos llegue a entender qué es eso que ha obnubilado a nuestra Grace hasta el punto de olvidar que tiene madre.

Levanté la cara de mi libro y le dirigí una mirada de incredulidad.

—Por Dios, mamá, espera a que me haya marchado para hablar de mí de esa forma tan poco caritativa.

Simulé disgusto cuando en realidad no lo sentía. La sola idea de que mi hermana fuera a convertirse en esposa del hombre al que amaba con todo su corazón y la perspectiva de que lady Clara y lady Sarah nos visitasen, aunque solo fuera por unos días, me insufló tal volumen de alegría y fortaleza que casi nada de lo que pudiera sisear la duquesa me habría herido en serio.

Ignorando, claro está, que en un punto concreto no muy lejos de allí, en una taberna en el centro de Colsontown, se cocían a fuego lento las hebras de mi futuro más trágico y cercano.

—Eso es todo entonces. —Thomas Astor se retrepó en la dura silla—. Espero que te quede muy claro lo que debes y lo que no debes hacer. Y que no cometas ningún error o ten por seguro que te saldrá caro.

El hombre de la cara sucia lo miró atravesado un instante y enseguida hizo como si sonriera, mostrando parte de sus desagradables dientes.

—Yo cobro, obedezco y cierro el pico, señor. Siempre que la información que barajamos sea correcta y la señorita atraviese esa calle...

Thomas lo hizo callar moviendo una mano.

—Tengo sirvientes muy bien pagados en esa casa. Conozco cada paso que da la mujer con la que pretendo casarme —musitó más para sí que para el maleante.

El tipo se encogió de hombros. Si el que soltaba los cuartos decía que todo estaba bien atado, sería porque lo estaba. Él no iba a discutirse.

La llegada de mis encantadoras amigas fue más temprana y también más breve de lo esperado. Siguieron a mi carta con pocas semanas de diferencia, pero no eran libres de quedarse una temporada como hubiésemos deseado, únicamente unos días. No supe que habían llegado hasta que sus carruajes se presentaron, por separado, en la puerta de Gloucester Manor sin avisar.

Decidimos que, muchas o pocas, aquellas jornadas deliciosas las aprovecharíamos al máximo.

La conexión, los lazos de simpatía que se tendieron entre ambas y Victoria, fueron inmediatos. Inauditos, conociendo a mi hermana. Victoria y Clara parecían provenir de una misma flor, de igual modo que Sarah y yo compartíamos ciertas aficiones y gustos como, por ejemplo, los libros, el estudio y las bibliotecas. Las horas se nos pasaban tomando té, charlando y riendo. Los duques nunca antes nos habían visto tan placenteramente encantadas con alguien que mereciera llamarse «amiga».

—Pareciera que se conocen desde niñas —oí comentar en un par de ocasiones a la duquesa.

—Son unas jóvenes encantadoras —replicaba invariablemente mi padre.

Y así fue como por el sendero más candoroso e ingenuo, entre risas y chanzas, nos fuimos acercando demasiado a la marca de mi aciago destino.

Hasta casi quemarnos.

Mi huraño y no por ello menos adorable futuro hermano había dejado a nuestra elección, ciertas compras delicadas relacionadas con la feliz boda. Y nosotras tomamos la determinación

de que constituyeran, también para la novia, una agradable sorpresa. De modo que Victoria tuvo terminantemente prohibida la asistencia a aquella jornada de tiendas. Fue tan divertido y lo pasamos tan bien que llegué a sentir remordimientos por haberla excluido.

—Piensa que es en su beneficio.

—Imagina la cara que pondrá cuando vea a su señorita vestido con... —Clara soltó una carcajada—. Hasta yo, que soy una aburrida mujer casada, me agito.

—¿Aburrida? —Sarah y yo lanzamos a dúo una exclamación.

—No es eso lo que cuentan vuestros ojos cuando os miráis. Incluso en público, sin ningún reparo.

Clara compuso un mohín travieso.

—Lo admito, ciertas cosas es imposible contenerlas...

—¡Cuidado!

Sucedió todo muy rápido, como suelen ocurrir las catástrofes, antes de que tengas tiempo para percatarte de que han llegado, llevarles la contraria y modificarlas. Un carruaje con dos caballos de monstruoso tamaño se nos echó encima de forma inesperada al intentar cruzar la calle. Parecía haber brotado de las mismas entrañas de la tierra, hubiera apostado a que un instante antes no se encontraba allí.

—¡Lady Grace!

Esa segunda voz alertándome con desgarro para que me apartara no pertenecía a ninguna de las ladies. Era masculina y sonora.

Sin ocasión para reaccionar, solo pude escucharlos. Alguien o algo se me abalanzó encima y propinándome un brutal empujón, me apartó del paso. La gente alrededor gritó y gimió horrorizada mientras el cochero criminal seguía adelante su demencial carrera, sin detenerse.

De entre las ruedas del carruaje, rodeado de volutas polvorientas y los gritos de horror de los viandantes, rodando por el suelo, sobresalió una figura que se protegía el rostro con los brazos.

—¡Un hombre! ¡Ha atropellado a un hombre! —se oyó entre alaridos, por todas partes.

Lady Clara y lady Sarah se apresuraron a levantarme, cada una por un brazo. Lejos de estar en disposición de agradecerse, yo no podía apartar las pupilas dilatadas de espanto del bulto informe en mitad de la calle.

—¿Está muerto?

Porque antes de que mis amigas me arrastrasen lejos y un tropel de gente histérica rodease a la persona que me había salvado la vida, conseguí ver sus facciones e identificarlo.

Thomas Astor.

Thomas Astor, el hombre al que despreciaba, acababa de arriesgarse por mi bien y ni siquiera sabíamos si había sobrevivido.

El acto de suprema heroicidad del señor Astor en favor de una de las hijas del duque corrió por Colsonstown como un reguero de pólvora con la mecha prendida. Ni que decir tiene que, en cuanto mi padre supo del incidente, no solo se interesó por su estado de salud y pagó generosamente los emolumentos de los doctores que lo atendieron, sino que se empeñó en trasladarlo a Gloucester Manor a fin de que estuviera bajo vigilancia, recibiendo los mejores cuidados.

No me vi capaz de negarme, habría sido desalmado por mi parte. Y serviría de poco, las

funciones de buen samaritano, si el duque las ponía en marcha, no conocían el freno. Debo admitir que, antes de tomar la decisión definitiva, mi padre nos reunió a las tres en su despacho, con la presencia de Victoria que, pese a no haber sido testigo, se moría de curiosidad y nuestra madre que, sin pedir permiso, se acopló en una butaca junto a la chimenea con el pudoroso objetivo de fisgonear.

—Quiero que me expliquéis —desvió la mirada hacia las ladies—, que me expliquen, si me hacen el favor, qué es exactamente lo que vieron. Lady Sarah, duquesa, Grace querida.

—Fue... Fue todo muy rápido, papá. Un atropello normal... Imagino —balbuceé buceando en mi memoria por si había dejado escapar algún detalle.

—¿Y de dónde salió lord Bermor?

—Pues... Pues...

—De un lateral de la calle, excelencia —aclaró Sarah, ayudada por su aguda perspicacia y su capacidad para fijarse en las escenas como si las retratara—. Es verdad que todo sucedió a gran velocidad.

—Fue un poco raro —musitó lady Clara para sí.

Todos los ojos se centraron en ella.

—¿Raro? ¿A qué se refiere con raro, lady Montrose? —quiso saber el duque.

Los preciosos ojos de lady Clara desfilaban entre lady Sarah y yo misma, como buscando apoyos.

—No digo que la intervención del señor Astor... que no fuera valeroso, pero las cosas me resultaron un poco...

—¿Extrañas? —pregunté.

—¿Orquestadas? —apuntó Sarah.

—¿Forzadas? —indicó Victoria con las pupilas brillantes de excitación.

—Convenientes —resumió por fin lady Clara—. Lo cierto es que le salvó la vida.

—Y que él pudo haber muerto —nos recordó mi padre. Dejó ir un largo y profundo suspiro de pesar antes de apoyar las manos en los brazos de su butaca y ponerse en pie—. Organizaré el traslado de Bermor a Gloucester Manor cuanto antes.

—¿Crees que es apropiado, querido? —lloriqueó mi madre, al tiempo que supervisaba mentalmente las órdenes que daría al ama de llaves para el acomodo del huésped—. Ya sabes que en las comarcas pequeñas la gente habla.

Mi padre le dirigió una mirada de dulce reproche.

—Se trata de un caballero que corteja a mi hija y que acaba de arrebatarla de las garras a la muerte. No podría ser más apropiado.

Así fue cómo Thomas Astor entró y se instaló en el hogar de los duques de Gloucester con todos los honores, por la puerta grande. Y con tal estandarte de nobleza y respetabilidad que nadie, ni siquiera yo con todos mis recelos y las advertencias de mis amigas que veían en la sucesión de hechos algo extrañamente sospechoso, pudo negarse.

—Se... ¿se encuentra mejor? ¿Ya no le duele la pierna?

Hice la pregunta casi desde la puerta. No solo no quería morir empalagada con el perfume a lilas en el que parecía haberse bañado. Mantener las distancias con aquel semidesconocido me parecía de vital importancia. Por el contrario, Thomas Astor se sentía como pez en el agua en aquella cama lujosa y enorme, rodeado de brocados, cortinas y porcelanas. Ya llevaba allí dos días completos cuando me decidí a visitarlo.

—Sigue rota, pero duele un poco menos. Se alivia especialmente si viene usted a verme.

—No sea descarado.

—Me lo pregunta como si a la frase siguiera un «¿cuándo tendré la alegría de verle abandonar mi casa?» que piensa, pero no pronuncia.

Contuve una mueca de desprecio que casi se escapaba sola.

—Entienda lo que le dé la gana. Lo cierto es que usted no debería estar aquí, es peligroso.

—Peligroso, ¿para quién? ¿Para sus pérfidos planes de deshacerse de mí?

Caminé un puñado de pasos que me alejaron de la puerta acercándome al lecho del convaleciente.

—Señor Astor... —intenté advertirle entre dientes.

Él me lanzó una mirada de amonestación.

—Sabe que no fue un farol, recuerde mi intención, es justo la contraria a desaparecer. Con este desgraciado incidente se me tercia una magnífica oportunidad de intimar con mis futuros suegros, ¡menudo golpe de suerte a pesar de los dolores! ¿No le parece?

El tono de su voz, de nuevo arrogante, pagado de sí mismo, y su postura, con la cabeza apoyada sobre los brazos doblados, colocados a la altura de la nuca, me empujaron a desear arrearle con el orinal en la cara.

—Eso que usted persigue, milady, desembarazarse de mi persona... No va a resultarle nada fácil. No, después de haber paseado juntos y habernos dejado ver por parques y aceras.

—¡Apenas han sido un par de ocasiones! —me sublevé. Algo me dijo que el número de exhibiciones y el hecho de llevar chaperone no marcaba la diferencia—. Yo... Le agradecería... le pediría que abandonase Gloucester Manor en cuanto se sienta mejor —siseé conteniendo mi furia.

Él arqueó las cejas simulando asombro.

—Es usted deliciosamente cruel y desagradecida, lady Grace.

—O en cuanto el médico afirme que se encuentra bien —añadí como si no lo hubiera oído.

—Me temo que hay un gran abismo entre lo que usted persigue y lo que quiero yo.

—No crea que sus artimañas le valdrán para siempre. Le contaré al duque que es usted un impresentable y que no deseo volver a verlo en mi vida. Pondrá punto final al cortejo de pacotilla

que se trae entre manos.

—Entonces yo me veré en el muy desagradable deber de revelar a su excelencia la manera indigna como lady Victoria contrató mis servicios y usted los aceptó de buen grado. Pobre duque, se va a llevar la decepción de su vida. Quién sabe si no le afectará a la salud...

Apreté los labios con ira. Se estaba burlando de mí, de mi hermana, de mi familia. Aquel individuo despreciable e indecente cuyo cómplice seguramente urdía el siguiente paso, se daba el lujo de reírse de nosotros y utilizarnos para sus fines.

En ese instante que no olvidaría, el reloj del descansillo de la escalera dio cinco campanadas. Como si marcara la hora de una vida que se retorció y empezaba a morir.

Aquella noche volvieron las pesadillas. Es probable que a raíz de la cólera retenida frente a Thomas Astor, al que gustosamente habría arrancado los ojos.

La anciana y yo huíamos con el cáliz robado entre las ropas. Mi pobre madre apenas podía avanzar al ritmo que yo le imponía y lo ignoraba todo acerca del robo. Era inocente de cualquier cargo. Corríamos a través de los arbustos bajos del bosque, tropezando con piedras que no tardaron en romper nuestras endebles babuchas. Las ramas inferiores de los árboles desgarraron la piel de mi rostro y mis brazos.

A nuestras espaldas, los soldados se mofaban sin apresurarse, seguros de que nos darían caza con solo alargar un brazo.

Cuando quisimos darnos cuenta estábamos en el suelo del templo, cubiertas de barro y suciedad, rodeadas por ellos.

—¡Por favor! ¡Por favor, señor, se lo suplico! Deje ir a mi madre. Ella no ha hecho nada, ¡nada!

Hubo una hiriente carcajada general. Mis ojos se inundaron de lágrimas

—¡He sido yo! —insistí rota— ¡Yo robé el cáliz! Por favor, por favor, dejen que se vaya...

—Es una anciana —observó el guardián del templo—. Y la vida de una anciana no vale nada. ¡Acabad con ella!

—¡Nooo!

Alguien enarboló una espada y en ese punto desperté. Con el corazón en la garganta y los recuerdos de lo que seguía frescos en mi mente. Alguien, seguramente un soldado del templo había abierto el cuello de mi madre y yo me veía con su cuerpo inerte y ensangrentado entre mis brazos, llorando con desesperación, jurándole al asesino, al que no veía la cara, que lo mataría con mis propias manos.

¿Hasta cuándo duraría aquel tormento?

A las cuatro nos entristeció hondamente el que lady Sarah y la duquesa tuvieran que regresar a sus respectivos hogares. Dadas las circunstancias, hubiesen preferido permanecer a mi lado, en Gloucester Manor, controlando las evoluciones del falso conde de Bermor. No obstante, sus deberes de hija y dama casada, respectivamente, las reclamaban. Prometieron regresar en mi apoyo, a asistirme en lo que hiciera falta, en cuanto les fuese posible.

Victoria estaba de compras con lady Hortense, la tía abuela de su prometido, ocupadísima

de cara a la boda. Ahogada en angustia, la perturbación que me asolaba era de tal calibre, que había preferido caminar sin rumbo por el parque principal de Colson town y desfogarme, antes que acompañarlas. Apenas si veía dónde colocaba el pie, muchas de las siluetas que se movían a mi alrededor no eran, en realidad, más que sombras difusas que se evaporaban como por encanto.

Quizá por eso no me percaté de la presencia de Philip Astor hasta que fue, como de costumbre con él, demasiado tarde. Lo tenía pegado al flanco.

¿Qué poder oculto ostentaba aquel hombre para deslizarse a mi alrededor como un fantasma? ¿Para adosárseme como si fuese parte de mí misma, incapaz de detectarlo a tiempo y huir?

—Lady Grace —se tocó el ala del sombrero—, encantado de verla. Permita que la acompañe a casa.

Yo no quería regresar a casa. Y menos en su compañía. Hice lo posible por aligerar el paso sin tener clara la dirección. Sin embargo, Astor hizo exactamente lo mismo y se me colocó al costado.

—No es necesario, gracias —repetí lo que iba pensando.

—Entonces iré caminando a su lado.

Di un respingo y traté de huir. Pero me tenía sutilmente sujeta por el codo. Una maniobra casi invisible pero efectiva.

Suspiré afectada.

—Me temo que eso no puedo impedírselo.

—Necesito que me escuche —siseó su orden—. Deje de escapar como alma que llevan los demonios en cuanto me ve. No voy a hacerle daño.

Eso nadie salvo él lo sabía con certeza.

Toda mi atención se concentró en el tacto de sus dedos. En la presión que ejercían. Era como un cepo de caza en mitad de un bosque que, sumado al peligroso destello en sus pupilas, me arrancó un jadeo de placer anticipado.

—Oyéndole, una pensaría que el que no quiera tratos con usted, le ofende.

—¿Y por qué no habría de ofenderme? —me retó.

—¿Tengo que respetarlo, entregarle mi confianza y dar crédito a sus afirmaciones? ¿Eso es lo que me pide?

No ignoraba que mi voz había temblado conforme salía.

—Ya va siendo hora de que me otorgue un mínimo de fe. Mis intereses se han visto perjudicados con las acciones de Thomas, igual que los suyos.

—Usted no tiene una reputación intachable que perder —espeté furiosa.

—¿Y cómo lo sabe?

—¿Pretende convencerme de que es un caballero decente?

—No debería hacer falta convencerla de nada. ¡Desde luego que lo soy!

—Su primo y usted, si es que ese canalla es realmente pariente suyo, deben de estar de acuerdo para dar rienda suelta a sus fechorías. Y se equivocan si piensan que con nosotros van a tenerlo tan sencillo. Los Gloucester pertenecemos a una estirpe de guerreros desde tiempos ancestrales. Lucharé, pelearé, me opondré...

—He recuperado mi casa —dijo con calma. Y acto seguido, me soltó el brazo.

Pestañeeé desconcertada por la interrupción.

—¿Cómo dice?

—Que gracias a que Thomas se ha instalado tan convenientemente en Gloucester Manor, ha descuidado la vigilancia de Bermor House y he vuelto a ocuparla.

Rodé los ojos en un gesto de impaciencia.

—Dice el refrán «donde las dan, las toman» —finiquitó satisfecho.

—Caminemos, milord —lo apremié—. Estamos llamando demasiado la atención. Y vuelva a repetirme eso que acaba de contarme. Porque lo hacía en Londres.

—Estuve. Pero ya regresé —repuso, recalcando lo obvio.

—¿Siguiéndome nuevamente los pasos? ¿Vigilándome? ¿O debemos considerar el hecho de que coincidamos sin parar puras y felices casualidades?

—No se queje, milady. Mi única intención es mantenerla a salvo.

Solté un gruñido muy poco aristocrático, acompañado de unos ojos en blanco. No pretendería que diese veracidad a sus excusas pese a que mi insidiosa vocecita interior me gritaba que, de una vez por todas, lo creyera.

—Deberíamos esperar a que Thomas se recupere y quede sin coartada para hacer nuestro siguiente movimiento.

«¿Nuestro?» ¿Por qué decía «nuestro»? Daba la impresión de que actuábamos juntos. Y la sola idea de él y yo unidos... Debería espinarme, pero me emocionaba.

—¿Que es...?

—Cualquier acto que resulte necesario para solventar esto con la mayor discreción. Es libre de no creerme, milady, pero no deseo que salga perjudicada.

Lo repasé con dureza, tratando de que aquello que se me licuaba en el vientre cuando lo miraba y el calor que emanaba su cuerpo me alcanzaba, no tomara las riendas de mis decisiones.

—Parece usted desesperado —apunté mirando al frente, como si tenerlo tan cerca no me influyera.

—¿No me diga? Será porque lo estoy.

—¿Cuál es la razón?

—¿Que cuál...? ¡Cielo santo! Debería tenerla como aliada y en lugar de eso, peleo al mismo tiempo contra Thomas y contra usted.

—Olvida considerar que quizá yo no esté de acuerdo. En ser su aliada, me refiero.

—El caso es que me reuní con nuestro común enemigo —prosiguió él algo más relajado—. Antes del fatídico accidente, tratando de convencerlo, de llegar un acuerdo, el que fuera. Y entonces me hizo partícipe del gran interés que tiene en usted.

13

Admita que le agrado

—¿Interés en mí?

—Francamente, dudaba que a Thomas lo moviera otro objetivo que la posición social y la fortuna, sin embargo, me sorprendió asegurándome que usted lo motivaba. Desde el punto de vista romántico, me refiero.

Aunque tuve ganas de reírme a carcajadas, no hubiera sido un comportamiento correcto dados mis modales y condición. De manera que enredé los dedos de una mano con los de la otra y me tensé. Que... ¿lo motivaba? ¿En qué sentido? ¿Desde cuándo? ¿Qué clase de despropósito era aquel?

Philip prosiguió con su exposición, evidentemente ajeno a mis desmanes mentales.

—Siendo así, en el caso de que usted le corresponda o... O sienta algo por él, cuente con que estoy dispuesto a dejar de lado mis pretensiones y a olvidar todo el mal que me ha hecho. Ya se lo dije, trataremos de recomponer esto de otra forma.

No podía ser que estuviera exponiendo aquello... en serio.

—¿Ha perdido usted el juicio, milord? ¿Sentir yo algo por ese indeseable? ¿De dónde saca esa idea disparatada? Si no veo el momento de quitármelo de encima...

—Eso no es lo que él me ha dicho.

—No pretenderá hacer pasar por ciertas las palabras de semejante mequetrefe.

—Milady, yo les conocí como pareja en proceso mutuo de conocerse. No sería de extrañar...

—Usted llegó a esta historia y encontró dos personas que parecían estar creando algo. Yo le digo que olvide lo que ha visto, lo que haya podido deducir, y cualquier asomo de semejanza con lo habitual. Ese cortejo del que hablamos... —me pensé un instante si desvelarlo o no—, sencillamente, no existe.

La frase había volado por entre mis labios persiguiendo el trino de los pájaros en los árboles. Sin contar con mi permiso. Me consolé pensando que no se perdía gran cosa descubriéndolo: si Philip era cómplice de Thomas ya sabría de la farsa. Si no lo era, tampoco resultaba tan inconveniente que certificara que no había sentimientos amorosos que proteger.

Repasé sus gestos con mayor atención.

—Disculpe un instante, ¿me traiciona el sentido de la vista o por casualidad está usted sonriendo? ¿Puedo conocer el motivo?

Philip agachó la cabeza, me atrevería a decir que ligeramente ruborizado.

—Es alentador confirmar que no hay nada que la una a Thomas.

—Debe de estar usted loco para haber dado pábulo a una idea tan estrafalaria. ¿Y alentador, por qué?

—Temí haberme llevado una impresión errónea respecto al modo como me mira.

De repente, allí en mitad del parque, me sentí por completo expuesta. Desnuda.

—¿Que lo miro? ¿Que yo lo miro, dice? Explíquese, milord —exigí con cierta agitación.

El que el tono de su voz se hubiera fortalecido y lo que me pareció rubor lo sustituyera un radiante brillo, no contribuyó a serenarme.

—Sea franca, sé que no le desagrado. Puede que tenga entablada una cruenta lucha consigo misma, que desconfíe de cada letra que sale de mi boca y aun así..., no le desagrado. Cuando la miro noto que se estremece.

¡Dios del cielo! ¡Era cierto!

¡Horrible, absoluta e insoportablemente cierto!

¿Cómo se las había arreglado para averiguarlo? Se me secó la garganta y el trote animado de mi corazón se disparó a una velocidad suicida. Oteé por encima del hombro solo para cerciorarme de que mi fiel Winnie seguía allí, cubriéndome las espaldas, lista para intervenir y salvarme caso de ser necesario.

Carraspeé buscando el equilibrio que parecía faltarme. Me detuve en seco y girados frente a frente, me atreví a mirarlo directo a los ojos.

—¿No se le ha ocurrido pensar que sea miedo? Me intimidan, señor, usted y su compinche han perturbado la paz de mi existencia de modos que no soy capaz de describir.

Astor curvó los labios y el amago de sonrisa quedó colgando de una de sus comisuras de un modo irresistible.

—Precisamente por eso le agrado.

Philip

Mi trato con aquella noble dama estirada se iba haciendo cuesta arriba y espinoso. Cada vez más, siendo yo cada vez menos impermeable a sus encantos. Cuando nos separábamos tras una charla o encuentro, al acabar, ya deseaba volver a verla. Era una especie de sed incontrolable que no se saciaba.

Empeoraba. De eso estaba convencido.

Su olor, su manera de moverse, el tono de su voz y aquel maldito lunar sobre el arco de cupido de su labio me tenían por completo desquiciado. ¿Qué demonios había hecho yo tan malo como para merecer el castigo de Thomas y lady Grace juntos?

Era verdad lo que le dije, me había entrevistado con mi primo, le ofrecí dinero para que se alejara y empezase una nueva vida, lejos, donde no supusiera una molestia ni la evidente mancha para el apellido Astor que imponía su inaceptable comportamiento. Hasta me ofrecí a adquirir una propiedad a su nombre allí donde aceptara instalarse. Pero me sorprendió asegurando que tenía sentimientos por lady Grace y que estos eran correspondidos. Que lo que comenzó siendo una broma inocente había echado raíces y...

Me masajeé el puente de la nariz.

Había vuelto a Londres aquella misma tarde, a una casa sin sirvientes, pero mía. Los corredores y escalinatas por las que había correteado de niño y a la que, en ocasiones de especial frustración familiar, juré no regresar. No obstante, la noticia de que mi primo se había apoderado

de ella fue el acicate perfecto para estimular mi vuelta y el inicio de una lucha por su recuperación.

No quedaba nadie. Ni un solo miembro del servicio de mi pasado.

De momento podía pasar sin ellos. Me las apañaba para vestirme y solía comer fuera. Además, mis planes me llevaban de continuo hasta Colson town. Con que contratara a alguien para mantener la limpieza, bastaba.

Solo de momento. Aquella mansión debía recuperar su antiguo esplendor. Y si era con la mujer que había puesto mi realidad patas arriba al frente, como dueña y señora de Bermor House, mejor que mejor. Aquella obsesión que estaba empezando a desarrollar por ella empujaría los engranajes de nuevos planes.

Locuras que no estaban, en absoluto, previstas.

Grace

Mi entrevista con lord Bermor en el parque llegó a su fin de forma abrupta, cuando di media vuelta y, casi llevándome por delante a Winnie, escapé a paso ligero.

Ni siquiera le había preguntado dónde se encontraba su propiedad, suponiendo que todo lo que me había contado fuera cierto. Lo más probable era que en Londres. Y si en los días previos había realizado las gestiones pertinentes para recuperarla de las manos usurpadoras de su pariente... Quizá por eso se encontrase en la ciudad y no espiándome a mí, como temía.

Me llevé la mano a la sien. Me dolía la cabeza de un modo horrible, con tantos fuegos distintos ardiendo en simultáneo. El maquiavélico Thomas instalado en mi casa con el beneplácito de mi inocente padre, que lo creía un héroe al que no dudaría en condecorar y conceder mi mano si se la pedía. Era algo que tenía que impedir a toda costa, aunque todo el mundo pareciera muy distraído y disipado por culpa de los preparativos de la boda entre Victoria y Arthur. Yo no quería empañar la felicidad de mi hermana, menos aún, dejando entrever que su travesura era el origen de todas mis preocupaciones. Solo conseguiría hacerla sentir más culpable. La Grace de siempre, la que todos conocían, se bastaba y sobraba para deshacer aquel pequeño entuerto sin ayuda de nadie.

Sin embargo...

Fuerzas que normalmente me habían asistido, ahora me fallaban. Aquel remolino de pasiones que empezaba a someterme en presencia de Philip. Cosas que no había sentido nunca y que no sabía cómo manejar. Que me asfixiaban a la vez que me insuflaban vida. Detestaba sentir las y anhelaba su llegada. Oír su voz grave me estremecía, no iba a negarlo. Su mirada penetrante me provocaba un ardor en el pecho que resultaba hasta doloroso.

¿Tenía que ser tan apuesto y mirarme como si de verdad le importara? Porque lograba que la confusión que me cegaba se diluyera de un modo comprometido.

Aquella noche regresaron las pesadillas y por primera vez distinguí una cara conocida. Un soldado del templo que miraba con violencia, el ceño fruncido y salpicaduras de sangre en el rostro mientras yo trataba en vano de proteger el cuerpo de mi anciana madre.

Y ese soldado era, ni más ni menos, que Philip Astor, conde de Bermor.

—¡Lady Grace! ¡Milady!

Me removí sobre el colchón, empapada en mis propias lágrimas, desesperada antes de separar por fin los párpados y entender que todo era un sueño. Descubrir a Philip dentro de mi tenebroso mensaje fue demoledor.

«Tu mente ya conoce la respuesta» me había indicado la vidente. «Más te vale calmarte y permitir que esos recuerdos de tu vida pasada adquirieran significado».

Un significado que no podía ser más que nefasto.

Tenía a Winnie, con semblante consternado, inclinada sobre mí. Me aclaré la visión y le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—¿Se encuentra bien? Lloraba y gemía en sueños...

—Estoy bien, Winnie. ¿Qué es todo ese ruido?

Un segundo después de desperezarme, con todos los sentidos ya alerta, mi oído había captado un inusual revuelo. Voces mezcladas en una apresurada conversación a varias manos.

—Parece ser que ha venido alguien —musitó bajito.

No sé por qué pensé que sería Arthur Gray, mi futuro hermano político. No sé por qué no observé el gesto contraído de Winnie, su mirada esquiva. Me limité a abandonar la cama, vestirme a toda prisa y permitir que mi doncella me trenzase el pelo del modo que más le gustaba antes de bajar a desayunar pensando que, dado lo avanzado de la hora, lo haría en soledad.

No esperaba ver salir a mi padre de su despacho, con semblante grave, acompañado de Philip Astor.

Me quedé petrificada sobre el último escalón sin decidirme a salvarlo. La mano engarfiada sobre el pasamanos, los nudillos blancos.

—Ah, hija, estás aquí. —El duque se aproximó ajeno a mi turbación—. Te presento al señor Philip Astor, pariente de nuestro lord. Acaba de volver de viaje y se ha enterado del accidente de su primo. Curioso, dos primos que se llaman exactamente igual.

—Encan... tada —balbuceé preguntándome por qué diablos tenía Thomas que irrogarse también el título de Bermor cuando a Philip le sentaba muchísimo mejor que bien.

Astor me dedicó una profunda reverencia.

—Es un honor conocerla, milady.

El rufián mentía de maravilla. Cualquiera habría apostado a que, en efecto, era la primera vez que me veía en su vida.

—Lo he invitado a quedarse unos días, al menos mientras su primo mejora para que pueda llevárselo —prosiguió el duque, colmado de ingenuidad—. Al estar de paso, no tiene dónde hospedarse.

—Ya, claro. ¿Desea usted un café? ¿Algo de comer? Precisamente me dirigía al comedor.

—Sí, Astor, haga el favor de acompañar a mi hija —lo animó el anfitrión—. Lo dejo en sus manos. Me reuniré con ustedes en unos minutos. Antes debo atender ciertos asuntos que requieren de mi inmediata presencia.

En un abrir y cerrar de ojos me vi compartiendo mesa y mantel con Philip, esta vez por mi propia voluntad, turbada hasta límites extremos a causa de la pesadilla.

Era su cara. Aquella misma colección de facciones cinceladas, simétricas y atractivas. El mentón cuadrado, ligeramente partido, la mirada gris carbón encendido, los dientes como perlas resplandecientes.

Me sobrecogí. Aunque en lugar de manifestarlo, le ofrecí una tartaleta de moras.

—¿Se puede saber qué hace aquí, en mi casa? —espeté en un siseo veloz—. ¿Se han puesto ustedes dos de acuerdo para invadirnos?

—Deje de soltar sandeces, por lo que más quiera.

—Se supone que habíamos quedado... usted quedó en esperar —recalqué.

—Pero lo pensé mejor, milady, no me fío de él, no sé qué trama y mi deseo es que no sufra usted perjuicio alguno, de manera que trataré de sacarlo de Gloucester Manor cuanto antes. ¿No era eso lo que con tanta ansiedad buscaba?

—Le dije que yo misma lo solucionaría.

—Pues no veo que esté avanzando mucho.

—Yo tampoco sé si aplaudir una solución que pase, por no solo tenerlo a él bajo mi techo, sino también a usted.

Philip me miró incomodado por encima del borde de su taza.

—Disculpe si le recuerdo que Thomas está resultando bastante más nocivo para mí que para usted.

—Ah, ¿sí? ¿No me diga?

—No solo puede perjudicar mi reputación, también mi patrimonio. Haciéndose pasar por mí ha ido dejando cuantiosas deudas que me veré en la obligación de saldar.

Lo miré incrédula, con una ceja arqueada.

—Sigue sin fiarse —apuntó.

—Por descontado. No me ha dado usted prueba alguna que me permita inferir lo contrario.

—Pues siento decirle que, en esa dirección, las cosas acaban de empeorar.

Fruncí el entrecejo, instándolo a que continuara y me sacara de la intriga.

—Los documentos que prueban mi identidad y que en su momento usted rehusó examinar...

Todo estaba cada vez más oscuro y confuso.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Es posible que Thomas no esté tan malherido como pretende aparentar? ¿Es posible que haya podido abandonar esta casa sin que ustedes se hayan percatado?

—Lo veo difícil.

—Por más que pienso, no logro identificar a nadie al que le interesen esos papeles más que a él... ¡Excelencias!

Genial, mis padres hacían su entrada triunfal en el comedor en esos momentos, cortando de cuajo la conversación en su momento álgido. Mi querido duque hizo las presentaciones y su esposa se embelesó con el recién llegado, su apostura y exquisitos modales. Antes de poder reaccionar, todos nos sentábamos a la mesa como una familia bien avenida, hipócrita al máximo,

y feliz.

—Ahora lo acompañaremos a la alcoba de su primo, señor Astor —explicaba mi madre—. Al parecer, hoy ha amanecido más afligido que de costumbre. Será porque su enamorada no invierte demasiado tiempo en hacerle compañía.

No me pasó desapercibido el velo de reproche envuelto en la cordial frase. Tampoco la miradita de reojo que me dedicó la duquesa.

—Ando bastante ocupada ayudando a Victoria, mamá, falta poco para la boda...

—¿Y para la tuya? ¿Cuánto falta para la tuya?

No solo mi padre, también Philip, fueron dolorosamente conscientes de la tensión del momento y de lo incómoda que aquello me hizo sentir.

—Bueno, querida, no creo que sean temas con los que aburrir a un invitado —intervino papá afectuoso—. Los fervientes deseos de las madres con hijas casaderas pertenecen al ámbito de la más estricta intimidad, ¿no le parece, señor Astor?

—Desde luego —repuso él, un poco confundido.

—¿Está usted casado, señor Astor? —volvió a irrumpir mi madre. Miré desesperada al techo— ¿Prometido, quizá?

—Temo que ni lo uno ni lo otro, excelencia. Espero el momento adecuado y a la dama correcta.

—Inteligente decisión, joven —alabó mi padre frotándose el bigote con la servilleta—. Y ahora, si le parece bien, visitemos al héroe de la familia.

Aquella forma de referirse al malvado Thomas se me clavó como un garfio en las entrañas. Teníamos al enemigo en casa y no podía advertir a mi padre. No era que no le debiese estar viva y con mis extremidades en perfecto estado, pero nadie conocía sus intenciones más allá de aparentar que estábamos enamorados, podían entrañar peligro de alguna clase y, acumulando méritos frente a los duques, cada vez se me hacía más complicado desprestigiarlo o inventar una justificación de suficiente peso como para poner fin a aquel cortejo.

En un par de frases, para mis queridos padres, Thomas Astor, al que ellos conocían como Philip, era el candidato ideal a marido. ¿Cómo librarme de aquella maldición sin perjudicar a mi hermana? ¿Sin matar de un disgusto a mis progenitores, sin apalearme yo misma?

Necesitaba cerca a mis amigas. Sus valiosos consejos, su buen humor y su consuelo. Sola no sabía cómo salir de allí, tenía la impresión de estar remando en círculos. En cuanto superase la dura prueba de visitar al detestable Thomas, les escribiría a ambas.

—Mi estimado lord Bermor —canturreó el duque entrando en el dormitorio a saltitos—, le traemos una sorpresa que no espera. ¿A que no adivina quién ha venido a verle?

Thomas giró hacia nosotros, una apretada piña junto a la puerta, un rostro compungido que reflejaba dolor. Al divisar a Philip, sus facciones se quebraron una milésima de segundo. Seguramente, solo Philip y yo lo advertimos, sabiendo lo que sabíamos, porque enseguida lo substituyó por una sonrisa emocionada que parecía de verdad sincera.

—¡Primo! ¡Mi querido y viajero primo! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo tú por la vieja Inglaterra?

—Acaba de llegar y en cuanto se ha enterado del accidente ha venido a verle. —El duque tomó la palabra antes de que a Philip le fuera posible abrir la boca. Con la mano abierta le propinó unas cuantas palmaditas en la ancha espalda—. Un detalle precioso, así me gustan las familias, bien unidas y en concordia.

—Si algo caracteriza a nuestra familia son la avenencia y la armonía —silabeó Thomas mirando a Philip de un modo siniestro que me revolvió el estómago.

—Imagino que querrán quedarse a solas, comentar de sus cosas —sugirió lady Gloucester animosa—. Ande, señor Astor, a ver si consigue animarlo, hoy anda alicaído.

—Lady Grace podría, muy bien, mitigar mis pesares —dejó caer el descalabrado con voz empalagosa.

Me hice convenientemente la sorda.

—Por mi parte haré lo que pueda —prometió Philip lanzándome una mirada de soslayo—, aunque no sé si mi charla podría catalogarse de divertida. Suelo manejar pocos temas al margen de los negocios.

—Acaba usted de atracar tras un fascinante periplo, señor —le recordó mi padre—. Hasta yo estoy deseando que me cuente sus aventuras por esas tierras remotas.

Al abandonar la alcoba en compañía de los duques, no pude evitar preguntarme si era prudente dejar allí a dos hombres que bien podían ser adversarios. ¿Corría Philip algún peligro cerca de Thomas? ¿Eran cómplices o rivales?

Tres segundos más tarde, me reprochaba mi insensata candidez. A cada rato andaba más dispuesta a aceptar la versión de los hechos que Philip me había ofrecido, olvidando la sospecha de que actuaran en connivencia.

Tonta. Ilusa.

Bien, pues ahora que los tenía a ambos bajo el mismo techo, podía espiarlos. Llegar de una vez al fondo de aquel mezquino asunto, descubrir si trabajaban o no juntos. Y librarme para la eternidad de la perniciosa influencia que, quién sabe, voluntaria o involuntariamente, ejercía sobre mí Philip Astor.

Unos tres días llevaba el mencionado caballero en Gloucester Manor, cuando empecé a sentirme mal. Si bien, al día siguiente de su llegada, Thomas simuló hacer un esfuerzo inhumano en honor a su pariente, y empezó a levantarse de la cama. Solicitaba almorzar con nosotros, salir a los jardines en mi compañía y hasta dar algún paseo en silla de ruedas que empujaba un lacayo, conmigo de custodia. Tenía por costumbre solicitarlo cuando estaban presentes los duques, de manera que tenía complicado rehusar.

Se propuso como objetivo prioritario el que Philip y yo no nos quedásemos solos ni un minuto al día. Si lo lográbamos, siempre se las apañaba para irrumpir del modo más sorpresivo. Yo contaba los días para que lady Sarah y lady Clara aparecieran, ellas eran mi baza mayor. Entretendrían a Thomas, lo enredarían del mismo modo que él me complicaba a mí, al objeto de que yo dispusiera de tiempo y oportunidad para investigar.

El caso era que, de momento, ninguna de ellas había podido viajar. Y con Victoria apenas si podía contar por culpa de la boda.

Mi aborrecimiento por Thomas iba en aumento. A velocidad vertiginosa. Nuestros intercambios de frases delante de mi familia eran como un bombardeo de dardos envenenados que confundía a quien estuviera presente.

Me había refugiado en una de las terrazas que miraban al bosque, reprochándome no haber avanzado ni una pulgada en mis averiguaciones, cuando lo vi llegar, en su silla de inválido que seguramente ya no necesitaba, con su sonrisa aceitosa y sus maquiavélicos ojos. Hice ademán de huir, pero como de costumbre, empleó en mi contra lo que mejor le funcionaba: mi refinada educación.

—Milady, cómo le agradezco que haya tenido la deferencia de esperar a este pobre lisiado. Los lacayos estaban ocupados con sus tareas y ha sido difícil encontrar un voluntario que empujara la silla, ¿verdad, Josins?

El jovenzuelo asintió con una media reverencia y verlo allí, tan entregado, me obligó a quedarme. Volví a posar el trasero en el mismo asiento que acababa de abandonar y me tragué mi temeraria esperanza.

—Me he permitido ordenar té, dada la hora, espero que no le parezca mal —tuvo la desfachatez de exponer.

Torcí la boca con desagrado.

—Veo que se le da muy bien impartir órdenes en una casa que no le pertenece —advertí ácida.

—Todavía, lady Grace. Todavía.

Esperé a que el lacayo se retirara hasta la balaustrada concediéndonos un poquito de privacidad para soltar rayos y centellas por las pupilas.

—Esta casa ya tiene un heredero. Es usted un ser vil e indeseable.

El modo en que me miró me provocó escalofríos.

—No vas a librarte de mí, princesa, ni lo sueñes —amenazó prescindiendo de todo tratamiento formal o cortesías—, no vas a conseguirlo. Si no quieres que todo el mundo en esta maldita comarca y también en Londres sepa de vuestra sórdida y nada honorable estratagema para embaucar a Arthur Gray, me seguirás la corriente como la más dichosa y enamorada de las prometidas.

—No estamos... —traté de decir. Pero el nudo que poco a poco se había ido formando en mi garganta se atascó y me lo impidió.

—Oh, aquí estáis. —Oímos una voz a nuestras espaldas—. ¿Interrumpo? Supongo que no te importará un poco de compañía, primo. Milady.

La aparición de Philip supuso para Thomas probar de su propia medicina. Soltó un gruñido de frustración y el sonido encerró mi corazón en un puño.

En ese momento, me sentí muy mal, como si estuviera a punto de desfallecer.

Mis manos, mis brazos perdieron su vitalidad, las flores que había recogido horas antes y que llevaba en un ramillete resbalaron desmadejadas y un vahído me llevó casi a perder el conocimiento.

Philip saltó de su silla y corrió a mi lado, a sostenerme e impedir que cayera al suelo. El contacto de su mano con la mía me hizo vibrar de tal modo que tuve que retirarla de un violento tirón.

—¿Quiere que llame a alguien? —ofreció con amabilidad, pese a mi tosco gesto.

—No, ya se me pasa. No he dormido bien esta noche. Será eso.

Me repasó de pies a cabeza con desconfianza, al tiempo que me liberaba del todo.

—¿Está completamente segura?

Asentí sin querer añadir nada más. El mareo había sido repentino y brutal, pero ya había desaparecido. Desde su posición en la silla de ruedas, Thomas me estudiaba como a un espécimen raro en un laboratorio. Con los ojos entornados y una mueca de curiosidad.

—¿Finge una indisposición para escapar de mis redes, milady? —se burló.

Philip giró hacia él encendido de furia. Le dirigió una mirada tan devastadora y letal que no me cupo duda de que era sincera.

—¿Cuándo dejarás de ser tan miserable?

—¿Cuándo me salga con la mía, primo?

—Esta familia no te ha hecho nada.

—No, es cierto. Simplemente les sobra el dinero.

—Puedo pagarle —intervine con ansia—, ya se lo dije.

—Y yo. Yo también te pagaré, ya oíste mi oferta. Estoy dispuesto a duplicarla. Podrás viajar a donde se te antoje, empezar de nuevo...

Thomas paseó la mirada entre Philip y yo. Sus ojos se reían. Se carcajeaban a nuestra costa.

—¿Y desperdiciar la oportunidad de convertirme en pariente del rey? Debes de haber perdido la cabeza, querido.

—Desgraciado... Voy a matarte con mis propias manos.

Enrojecido y súbitamente colérico, Philip se abalanzó contra Thomas y mi brazo salió disparado sin pedir autorización. Aferré su manga y tiré hacia mí. Él reaccionó de inmediato, dirigiéndome una mirada de desconcertada incompreensión. Me horrorizaba el temor a ser sorprendidos por mis padres. ¿Dos invitados discutiendo? ¿Acometiéndose con hostilidad? ¿La hija de la casa interpuesta en la trifulca? Nos veríamos obligados a dar unas explicaciones de las que no disponíamos en absoluto.

—Por favor... —susurré.

Me asombró que no hicieran falta más detalles. Philip apretó los puños, en su mandíbula palpitó un músculo en tensión y rebeldía, pero accedió a sentarse. Thomas nos contemplaba con la boca entreabierta y total desfachatez.

—Veo que estáis muy bien compenetrados. ¿Debería sentirme celoso? —Se inclinó hacia adelante con un temible velo turbio en la mirada—. Aléjate de mi prometida, Astor, solo te lo advertiré una vez.

—No soy su prometida y tenga por seguro que haré lo imposible por no serlo jamás —me sublevé con los ojos húmedos de irritación.

Thomas no me miró siquiera. Seguía con las frías pupilas clavadas en su primo.

—Lo cierto es que ahora que me has arrebatado Bermor House...

—¿Que te he arrebatado...? ¿Cómo osas...?

—Apenas si me queda otro lugar que una mísera habitación en la posada de Colsontown —retomó Thomas haciendo caso omiso de su protesta—, entenderás que mire por mi provenir.

—Te repito que el dinero no es problema.

—No quiero tu dinero, Philip. —El tono de su voz se había convertido en hierro—. No quiero tu caridad de primo privilegiado, ni tu compasión. Por mí puedes guardártela donde te plazca.

—¿Por qué nos odia tanto? —me entrometí en mi nombre y el de mi hermana, aunque quedaba más que claro que, salvo que estuvieran desempeñando un teatro, aquello era entre ellos dos y yo una intrusa para nada bienvenida—. Lo reconozco, puede que en origen lady Victoria y yo cometiéramos un error. Eso ya pasó, estamos dispuestas a compensarle, ¿es que no puede pasarlo por alto?

—Yo no la odio, milady, muy al contrario, me parece una criatura fascinante. Ustedes me abrieron la puerta del reino y yo he decidido quedarme a reinar. Cuando se convierta en mi esposa tendrá oportunidad de comprobarlo.

—Por encima de mi cadáver —silabeó Philip logrando que todos lo mirásemos extasiados.

Yo al menos. Thomas más bien debió de sufrir una oleada de pánico, puesto que aquello

había sonado como una promesa mortal. El mechón rebelde que se mecía sobre la frente de Philip me arrebató por completo.

—Incomprensible. Nuestros estimados huéspedes en la terraza, sufriendo los rigores del invierno cuando bien podrían estar dentro, en uno de los salones, al calor de las chimeneas.

La voz cantarina y despreocupada de la duquesa de Gloucester nos llegó por la espalda. Venía acompañada de Victoria, vestida de calle y repentinamente pálida. Mi hermana le tenía pavor a Thomas Astor y desde que se había instalado bajo nuestro techo, tras el atropello, le huía tanto como le era posible. Si enfrentaba sus ojos se veía a sí misma contratando sus servicios para que se hiciera pasar por mi pretendiente y tener así ella vía libre con Arthur Gray. Todo había sido una maquinación insensata, exenta de mala fe, que se había torcido y de qué manera. Se sentía tan culpable y tan mal, que las pocas horas que pasaba en Gloucester Manor se las pasaba encerrada o llorando.

De poco servía que yo le jurase una y otra vez que no era tan grave, que arreglaríamos las cosas. Que se centrara en los preparativos de su boda y dejara en mis manos la solución del resto.

De acuerdo. Yo tampoco me lo creía. Es que detestaba verla sufrir de aquel modo y no se me ocurría otra manera de serenarla.

—Tiene toda la razón, duquesa —la lisonjeó Thomas con tono almibarado—, somos unos inconscientes que no deberían estar aquí, arriesgándose a pillar una pulmonía que malogre los festejos del enlace de lady Victoria.

Mi hermana no consiguió sonreír pese a que lo intentó. Solo estirar la boca en un gesto extraño y rígido que no parecía suyo. A una orden de mamá, el lacayo se colocó tras la silla de ruedas y la empujó hacia el interior. Experimenté una enfermiza satisfacción al comprobar cómo Thomas se veía obligado a simular normalidad, soportando que Philip y yo nos quedásemos rezagados sin acompañarle.

De todos modos, el que mi madre estuviera presente no permitía que nos marchásemos. Y yo no tenía la más mínima intención de encerrarme en un salón con Thomas y la duquesa, a hacer como que conversábamos.

—Si son tan amables de disculparme, estoy algo cansada, tantas compras... Me retiro a mi alcoba. Grace, ¿podrías acompañarme?

Intercambiamos un gesto minúsculo, prácticamente invisible. Victoria me ofrecía una salida honrosa que agradecí. Subimos juntas y mudas, pero cuando cerré la puerta de su dormitorio tras nosotras, explotó sin contención.

—¡Es repulsivo! ¡No lo soporto! ¡No puedo soportarlo, Grace! Estar en la misma habitación que ese canalla es superior a mis fuerzas. ¿Cómo lo consigues?

—¿Quién dice que lo consigo? —respondí con desmayo.

Vino corriendo a mi encuentro y me tomó de las manos.

—Contémosle todo a papá, vamos a dejar sin armas a ese Astor. Si le pedimos perdón a nuestros padres por la equivocación que cometimos... Que cometí.

—No podemos hacer eso. No todavía.

—Claro que podemos, hermana, estoy dispuesta a todo, a enfrentar cualquier castigo, a aplazar la boda, a justificar mi inaceptable comportamiento ante mi familia y mi prometido... Lo que sea menos permitir que ese petimetre...

Enterré la mirada en el suelo pensando cómo decirle algo que ni siquiera yo entendía.

—¿Qué es lo peor que puede pasar, Grace? En el peor de los casos, ¿que papá no nos dirija la palabra durante un mes? ¿Dos meses? ¿Que nos desherede?

—Podría darle un ataque. O a mamá. Imagina el disgusto.

—Esas no pueden ser únicamente las razones que te frenan. —Entrecerró los párpados al analizar mi rostro—. Es como si hubiera algo más, algo que no me estás contando.

Tomé aire y lo solté de golpe.

—De acuerdo. Necesito saber si Philip, el auténtico Philip, es parte del engaño. Si están o no juntos en esto, qué clase de persona es...

Victoria se zambulló en el mensaje que encerraban mis ojos, que era más una súplica que otra cosa. Y comprendió enseguida.

Retrocedió un paso.

—Tú... Tú sientes algo por el señor Astor.

—No lo sé, estoy confusa. Pero te juro que me gustaría averiguarlo.

Victoria se llevó las manos a la cara y dio un par de vueltas sobre sí misma. Luego caminó hasta la chimenea y desde allí me estudió en silencio. Que mi hermana no expresara nada, se mordiera la lengua, era un hecho tan extraordinario como la nieve en verano.

—Siempre dijiste que no te enamorarías, que detestabas la idea de casarte, ¿y ahora te interesa un hombre del que no sabes nada?

—Quizá solo siento... curiosidad.

—¿Por curiosidad te expondrías hasta ese límite? Ese miserable que a ojos de papá es un héroe que te ha salvado la vida, si pide tu mano se la concederán; será muy difícil que puedas zafarte sin descubrirlo todo.

—Simplemente, diré que no lo amo. Papá nos adora, desea que seamos felices, creo que bastará.

—El tiempo juega en nuestra contra, Grace. Ese hombre se va viendo acorralado y es capaz de cualquier treta sucia en cualquier momento. Puede comprometerte, arruinar tu reputación de la peor manera, difundir rumores. ¿Y si corres todo ese peligro para desvelar al final que Philip... no es lo que pensabas?

—Al menos mi alma quedará en paz. Victoria, me lo debes.

—Oh, hermana, te debo mucho más que eso. Yo te metí en este problema.

Ahora fui yo la que caminé hasta ella y la agarré de los antebrazos.

—Y juntas lo solucionaremos. Concédeme algo de tiempo, por favor.

No imaginaba que Philip aguardaría por mí, agazapado en la escalera, cargado de paciencia. Cuando salí del cuarto de mi hermana me vi arrastrada a un rincón oscuro, atrapada por su fuerte mano. Su olor inundó mis fosas nasales y la dureza de su cuerpo al pegarme a él contra la pared, me marcó como tinta en pergamino tierno.

—Concédame algo de tiempo —rogó sin dejar de mirarme la boca.

—Curioso. Yo acabo de pedirle lo mismo a mi hermana.

—Nos desharemos de él, la liberaré de esta maldición, tiene mi palabra, aunque sea lo último que haga en la vida.

Estuve tentada de preguntarle si para tener aquella conversación era realmente necesario estar a unas pulgadas de distancia, compartiendo el calor de nuestras pieles, el aliento que emanaban nuestras bocas. A tan turbadora y placentera cercanía.

Pero no le dije nada porque lo estaba disfrutando, no quería distanciarme de él ni que acabara aquel torbellino de apetitosas sensaciones. Mi corazón parecía de acuerdo, latiendo desbocado al galope. Noté un absurdo redoble a la altura del esternón.

Philip era tan inconvenientemente irresistible.

—Por lo que más quiera —jadeé a punto de ahogarme—, no me mire así.

—¿Cómo la miro?

—Como si quisiera... como si quisiera...

—¿Besarla?

Creo que al oír aquello me convertí en miel líquida. Derretida entre sus brazos osados, los mismos que me envolvían con total falta de recato en una esquina oscura de mi propia casa. Ebria de su aroma, de la inmensa energía que desprendían sus poros. Devastada en la brillante negrura de sus ojos tormentosos.

Se inclinó aún más cerca. La punta de su nariz rozó la mía antes de que ladeara el cuello para acoplarse y buscar mi boca. Esos segundos previos al primer contacto, el primer beso de mi vida, me arrancaron a dentelladas la voluntad. El tirón en el vientre se concentró en el sexo y los pechos, me zarandeó por entero y me hizo temblar. Cuando sus labios atraparon los míos con aquella suavidad exquisita, temí morir.

Era excitante pensar que pudieran sorprendernos.

Excitante pensar que tal vez era un canalla miserable que no merecía mi confianza. Alrededor de aquel hombre todo eran misterios y posibilidades turbias. Sí, que su halo pecaminoso me atrajera todavía más era un castigo de los infiernos. Sin embargo, que nuestra reprochable atracción mutua lo afectase tanto como a mí era, en parte, una recompensa. Como para enloquecer.

—Grace —gimió contra mi boca—. Grace, maldita sea, esto no debería estar pasando.

Quizá lo deseara, pero lo cierto es que no podía parar. Que cada fibra de su ser vibraba con las mías, nuestras respiraciones desacompañadas se habían buscado hasta encontrarse y ahora danzaban a la par. Mientras su lengua perversa jugueteaba conmigo y sentía sus dientes mordisquear la línea de mi boca, olvidé el sentido de lo correcto. Mi mundo desapareció con todo su contenido para reducirse a aquel hombre hermoso, a aquella sed insaciable que no había sentido antes.

Me dejé besar antes de dejarme guiar por el instinto y empezar a corresponderle.

Los besos se sucedieron encadenados. Salvajes, descontrolados y bellos. Ignoraba que un encuentro carnal pudiera ser tan delicioso. Y cuando a duras penas fuimos frenando, conscientes de dónde estábamos y lo que había sucedido, quedamos a escasas pulgadas uno del otro hasta que por fin, algo cortó la densidad de nuestro aire y logré erguirme.

—¿No debería abofetearlo y salir corriendo? —reproché con un hilo titubeante de voz.

—Todavía está a tiempo de hacerlo. Incluso de gritar, si lo desea. Pero por mi bien no es lo que le pediría.

—Tampoco estoy segura de que sea lo que busco.

—Le juro que he tratado de comportarme como un caballero. Tenerla a usted delante y no poder ceder a lo que siento me está matando lentamente.

—¿Qué es lo que siente?

—Ojalá supiera ponerle nombre. No me avergüenza confesar lo perdido que estoy. Vine aquí a vengar una afrenta y ahora usted es lo primero en lo que pienso al abrir los ojos. Más que en Thomas, más que en mi apellido embarrado, más que en lo que debo recuperar. Usted se ha convertido en el eje principal alrededor del que gira todo.

No me había soltado. Sus grandes manos todavía abrazaban mi talle y me mantenían pegada a él. Sin embargo, un rumor de voces ascendiendo por las escaleras nos empujó no solo a distanciarnos, sino a escapar lejos de la tentación.

Yo al menos lo hice.

Corrí por el ancho pasillo a refugiarme en mi alcoba. Con el pulso acelerado y la piel del escote candente.

Apoyada de espaldas contra la puerta cerrada, agitada y temblorosa, se me escapó una sonrisa. Sentía brillar mis ojos y el cuerpo me pedía repetir la experiencia cuanto antes. Por una vez en mi vida reunía el valor de arrinconar a la sensata y sesuda Grace para dejarme llevar por el deseo.

Como solía decir Victoria, una chispa de locura es la sal de todas las comidas. Y yo, hasta aquel momento, solo me había alimentado lo justo para sobrevivir.

Los dos días que siguieron me supusieron un enorme sacrificio. No era demasiado buena simulando desinterés cuando entraba en el mismo cuarto que Philip y mis nervios se tensaban y empezaba a ver borroso. Aquel terremoto de sensaciones cálidas estaba yendo demasiado lejos, puesto que no podía controlarlas y hasta me afectaban físicamente, pues el malestar que achacé a los nervios era continuo y hasta creciente.

El astuto Thomas aprovechó en su beneficio aquel ánimo azorado mío, haciendo bromas y chascarrillos sobre la dama rendidamente enamorada que pierde el habla por pura timidez. El duque respondía alegando que no imaginaba tímida a su hija mayor, aunque sí, era posible que el cortejo hubiese apaciguado un tanto mi carácter resolutivo.

Yo apretaba los dientes a punto de romperlos, a veces sonreía y siempre callaba.

La presión era excesiva. Cada uno de los Astor me alteraba por una razón, y unidos, como solían estar, ya que era el modo que al parecer habían elegido para controlarse mutuamente, eran un peso colosal que no podía manejar.

Necesitaba apoyo logístico de inmediato.

Por eso, cuando Victoria llegó corriendo, agitando un brazo en el aire con dos cartas abiertas, ni siquiera pude enfadarme por su indiscreción.

—Lady Clara llega esta tarde —anunció con júbilo. Me entregó los sobres con el lacre roto—. Y lady Sarah lo hará a lo largo de mañana. Siento haberlas abierto. Me emocioné tanto al ver los nombres de las remitentes...

La reprendí suavemente con la mirada mientras repasaba ávida las líneas.

—Ahora seremos más para vigilar a esos hombres, ¿no te parece? Una especie de cuadrilla detectivesca. Y llegaremos antes a una conclusión. Lo necesitamos.

—Céntrate en tu boda —la amonesté.

—Está casi lista. Arthur quiere algo sencillo, la celebraremos en los jardines de Wellford Hall...

—En lugar de aquí. —Alcé las cejas—. No sé cómo no ha sufrido mamá un desmayo.

—Lo sufrí, pero se le ha pasado. Los adornos, las flores, los miles de velas... Todo viene en camino desde Londres. Las invitaciones llegarán en breve y el vestido...

—El vestido es un sueño, hermana. Vas a estar tan bonita, la novia más preciosa de Inglaterra.

—Me muero si ese desgraciado asiste a mi boda, me refiero al falso Philip Astor. Prométeme que lo impediremos. De lo contrario, se lo confesaré todo a Arthur y de ser preciso, pospondremos la ceremonia hasta que nos hayamos librado de él.

Gruñí a modo de respuesta. Yo también soñaba con verlo montado en un carruaje camino de Gales, pero temía que no fuese a suceder de inmediato.

—No lo tomes a mal, Grace. Creo que, junto con papá, esperan a que me case para acometer el asunto de tu pedida de mano.

Por unos segundos sentí que me asfixiaba. Mi hermana no lo notó.

—Tiene al duque metido en un bolsillo. Ya conoces la postura de papá frente a un caballero honorable, ya no digamos uno valeroso que arriesga la vida por su dama. Sabes que mi Arthur se lo ganó por completo cuando en lugar de huir conmigo a Gretna Green me trajo de vuelta a casa.

Era cierto. El duque de Gloucester era un ferviente adorador del honor, los buenos corazones, la nobleza y los principios.

Me estremecí de pies a cabello. Y acto seguido reviví paso por paso las sensaciones del beso de Philip. Todo revuelto y confuso, exactamente como estaba en mi cabeza. Una inesperada náusea puso del revés mi estómago y a continuación, todo se fue a negro.

No estuve en el mundo de los vivos cuando mi querida amiga Sarah Chester bajó de su carruaje a las puertas de Gloucester Manor. El desvanecimiento me dejó débil como un pajarillo y mi madre, horrorizada por la situación en una hija que jamás de los jamases enfermaba, no dudó en llamar al médico. La sucesión de personas que desfilaron por mi alcoba terminó mareándome y solo recuperé la cordura cuando nos quedamos solas Victoria, Sarah y yo.

Ambas sentadas en butacas junto a mi lecho, con semblante consternado.

—Querida, ¿estás mejor?

—¿Cómo te encuentras, hermana?

—Lady Sarah, cómo lamento no haber estado para recibirla... —me las arreglé para articular.

Ella me silenció con un gesto de la mano.

—Faltaría más. Se encuentra indispuesta y me alegro una enormidad estar aquí para asistir en sus cuidados.

—¿Qué ha dicho el médico?

—No ha encontrado nada extraño —expuso Victoria—, desconoce las causas de tu malestar. Te ha recetado varios preparados para los nervios.

—Penoso achacar a los nervios cada dolencia que tenemos las mujeres —rezongó Sarah a media voz—. Especialmente cuando los galenos no tienen la menor idea de qué se trata.

Estuve plenamente de acuerdo, aunque careciera de fuerzas para aplaudirle.

—Tiendo a pensar que sea agotamiento —calculé despacio—. Las consecuencias de la situación que atravesamos, con los dos Philips Astor en casa, manteniendo el teatro para que los duques no descubran nuestras mentiras.

—Mi hermana no es una persona dada a engañar —aclaró Victoria tomándose la mano—. Todo esto la tiene muy mortificada.

—Bueno, no sé si seré de mayor o menor ayuda, pero puedo decirles que a partir de ahora, no están solas.

Tanto lady Sarah como lady Clara estaban invitadas a quedarse hasta el día de la boda, momento en que el ilustre esposo de la segunda se uniría al grupo para disfrutar de la fiesta. Mamá me obligó a guardar cama incluso al día siguiente del percance, de modo que acabé recibiendo a la duquesa del mismo modo que a lady Sarah: en chinelas y camisón.

Hay que decir que fue precioso y muy divertido reunirse las cuatro en mi gabinete, frente al fuego de la chimenea, tomando té y bocadillos recién horneados.

—Es una situación tan estrambótica como delicada —reconoció lady Clara.

No hacía ni un minuto que habíamos dado un repaso completo a mis circunstancias y a la rocambolesca historia que vivíamos.

—Puede que el tal Thomas Astor haya arriesgado de verdad su vida en aquel atropello, pero que Dios me perdone, menudo golpe de suerte. Le ha propiciado el colarse en su casa e intimar con los duques, allanando el camino de una más que probable pedida de mano.

—Espero que mi padre controle su entusiasmo y no adquiera ningún compromiso sin consultarme antes —deseé mirando las llamas—. Aunque cuanto más se prolongue esto, más complicado será rechazarlo sin dar demasiadas explicaciones.

—Por mí podríamos zanjarlo hoy mismo, ya te lo he dicho —intervino Victoria—. Soy del parecer de contarle todo y sobrellevar las consecuencias. Es mi hermana Grace la que ha pedido más tiempo. Siente... algo por el señor Astor.

Los ojos de las ladies estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Todo ello bien regado con exclamaciones de repulsión y asombro.

—¡No! —se apresuró a puntualizar Victoria—. Ese señor Astor no, el otro, el verdadero.

—El que suponemos verdadero —matizó lady Sarah con las cejas arqueadas.

El rumor de connivencia que se extendió por la sala me hirió igual que un cuchillo afilado rebanándome de arriba abajo el cuello. Sabía que acertaban en sus cautelas, pero no quería oírlas.

—Apoyo el plan de lady Grace. Tratar más a ese caballero, conocerlo mejor, la llevará a sacar conclusiones con mayor base. Puede que esté diciendo la verdad, y que ese miserable que tiene por primo le haya robado la identidad y la vida. O puede que uno sea tan taimado y rufián como el otro. Habrá que esclarecerlo, especialmente si hay sentimientos de por medio.

Victoria se puso en pie, presa de un repentino ataque de alegría.

—Propongo que salgamos, queridas damas, y dejemos a mi hermana descansando un poco antes de la cena. Así mañana nuestra madre le permitirá salir de su dormitorio.

La observé de reojo. La conocía demasiado como para dudar que tramara algo, pero en una cosa no se equivocaba, estaba fatigada. Winnie me subiría la cena en un rato y me iría a dormir temprano para despertar al día siguiente como si nada hubiera sucedido. Con un poco de

suerte, mi madre levantaría mi encierro.

Lady Clara y lady Sarah la siguieron de buen grado, deseándome un feliz descanso con sendos besos en las mejillas.

Permanecí recostada en el sofá frente al fuego, cubierta con una manta, rodeada de almohadones. Adormilada y tranquila por primera vez en muchos días. Dejando resbalar el cansancio acumulado tras tantas noches de mal sueño. Mi cuerpo se volatilizó y flotó convertido en una estela de humo, mis pies ya no tocaban el suelo, uno de ellos se adentraba en el amenazador mundo de las pesadillas cuando...

Alguien entró a hurtadillas en mi habitación. Sus tibios pasos mezclados con unas risitas femeninas e insidiosas que desaparecieron en cuanto la puerta volvió a cerrarse.

—¿Victoria?

—Soy yo, milady. Espero no importunarla.

El sopor que me envolvía no fue impedimento para que diera un brinco y me cerrara la bata tratando en vano de ocultar mi escotada ropa de dormir. Se me disparó el pulso al mirar por encima de mi hombro y verlo recortado a la entrada, con las manos escondidas a la espalda.

—¿Qué hace en mi dormitorio? ¿Cómo se atreve?

Philip no dio un solo paso en mi dirección.

—Lady Victoria y las demás damas me han facilitado el acceso... Montan guardia junto a la puerta.

—¿Guardia? —Aquello sonaba a conspiración en grupo—. ¿A qué se refiere con que montan guardia?

—No tardaré más de un par de minutos. Solo quería darle esto. Y desearle una pronta recuperación.

Cuando dijo «esto» se refería, sin duda, al precioso ramillete de flores silvestres que traía medio oculto. Entonces sí avanzó un par de zancadas que lo colocaron junto al respaldo de mi sofá e hizo ademán de entregármelas.

Me quedé boquiabierta. Sin saber qué era correcto o adecuado.

Dejé de pensar. Alargué la mano y acepté las flores.

Pero no le di las gracias.

—Tengo la inquietante sensación de que lady Victoria, lady Sarah y lady Clara, reunidas, son un verdadero peligro para mi honra.

Philip esbozó una risita tímida.

—Son jóvenes sin miedo a nada, eso parece. —Elevó aquellos ojos suyos, profundos y relucientes y los clavó en mi persona—. ¿Y usted, milady? ¿A qué le tiene miedo usted?

—No es cuestión de falta de valentía, supongo que me criaron para ser la sensata.

—¿Lo hicieron? ¿O usted simplemente se adjudicó ese papel? Porque si le sirve de consuelo y guía, yo hice lo mismo. Y ahora me arrepiento de no haber disfrutado más de los placeres de la vida.

Su forma de devorarme con los ojos, la voz ronca y su mera presencia, allí llenándolo todo, me puso tan nerviosa que el peso de mi propio cuerpo se hizo excesivo para mis pies.

—Ya puede salir —indiqué enfriando el tono.

No replicó. Hizo una reverencia casi militar y se dispuso a abandonar la estancia. Antes de que su mano accionara el picaporte de la puerta, lo detuve.

—¿A qué se refería con lo de los documentos de identidad? No terminó de contármelo. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Se giró muy despacio. Sus pupilas parecían haber perdido toda la luz en un instante.

—No los encuentro.

—¿Cómo que no los encuentra?

—Es como si se los hubiera tragado la tierra.

Di por hecho que había buscado en todo escondrijo posible, era un caballero inteligente. También entendí la clase de problema que aquello podía suponer.

—Imagino que pueden reconocerlo sus criados, el servicio de Bermor House —sugerí.

Él negó entristecido con la cabeza.

—No queda nadie, Thomas los despidió a todos, no sé dónde están.

Se me escapó un largo gemido lastimero. Él, yo, cada vez más enredados. Thomas cada vez más peligroso, si es que también era responsable de la desaparición de aquellos importantes certificados.

—Manténgase alejada de él. No sé qué intenta conseguir y por tanto, tampoco sé qué esperar, qué tramará a continuación... Solo por si acaso.

Apenas fui consciente de lo que hacía. Cuando vine a darme cuenta había rodeado a la carrera el sofá y estaba en sus brazos, buscando con desesperación su boca.

Tomando una iniciativa temeraria que, como dama de alta sociedad, no me correspondía. Pero ¿qué demonios? ¡Al diablo con las precauciones! Ese poco de locura que le sobraba a Victoria y a mí me había faltado siempre, ahora estaba en mi poder.

Para Philip, mi reacción fue su mayor desconcierto. Una sorpresa inesperada de la que se repuso con rapidez. Con uno de sus brazos rodeó mi cintura y me pegó a él. Su otra mano me sujetó por la nuca para profundizar el beso. Un beso que yo había iniciado y del que, en el nombre de Dios, no pensaba arrepentirme.

Los segundos volaron suspendidos en aquella caricia prohibida. Temblé de pies a cabeza envuelta en su abrazo, en su olor, en la energía ambigua y críptica que emanaba y que lo convertía en una excitante recompensa.

—Cúidese usted también —susurré junto a sus labios cuando empezamos a separarnos.

—Quiero que todo esto acabe. Lo antes posible. Y poder dar nuevos pasos en una dirección distinta —dijo.

Tomó mis manos y besó mis nudillos. Acto seguido caminó hacia la puerta y con pasmoso desparpajo la abrió y salió, como si no le preocupara lo más mínimo toparse de bruces con uno de los duques en el pasillo.

Tras el encuentro furtivo de aquella noche, transcurrieron dos días en los que la presencia de mis amigas en casa me sirvió de pretexto y me permitió mantenerme al margen de mi presunto aspirante a marido. Ciertamente, mi madre me perseguía tratando de reprocharme mi conducta para con alguien a quien debía la vida. No obstante, mis amigas y mi hermana procuraban no dejarme nunca sola para que no tuviera que dar demasiadas explicaciones.

Solo le confesé que, ahora que iba conociéndolo un poco más a fondo, el señor Astor empezaba a no agradarme demasiado.

—¿Qué tacha podríamos poner a su conducta? —se escandalizó mi madre—. Aparte de apuesto y valiente, no cabe duda de que le importas y que estaría dispuesto a sacrificar por ti lo que fuera, ya lo demostró lanzándose a las ruedas del mortífero carruaje que estuvo a punto de matarte. Es educado y de buena familia. Hasta su primo, el otro Philip, me parece honorable y distinguido.

—Bastante más que él —refunfuñé.

Mis amigas carraspearon. Quizá no había estado muy acertada con la respuesta. La duquesa me miró intrigada, entornando los ojos.

—¿Te ha faltado el respeto de algún modo? Grace, ¿hay algo que no nos estés contando? —Miró a las ladies— ¿Y ustedes, señoras? ¿Han sido testigos de algún comportamiento inconveniente bajo este techo? ¿Algo que el duque y yo debiéramos saber?

No teníamos nada que inventar, claro. Así que negamos con torpeza y las locas ideas de lady Gloucester respecto de la calidad del señor Astor como futuro marido, refulgieron otra vez, llenas de lustre.

En ese par de días volví a sentirme indispuesta. Con espantosos calambres en el vientre que acompañaban a los mareos y la falta de aire. Me obligaron a guardar cama de nuevo y al caer la noche, vino a visitarme quien menos esperaba.

—Arthur Gray, futuro hermano —saludé al verlo entrar junto con Victoria—. ¿A qué viene tu presencia y esa expresión de funeral?

—Victoria y yo estamos muy preocupados por tus indisposiciones, parece que los médicos no saben darle remedio y tampoco decir de qué se trata.

—¿Y tú vas a reparar esa falta? —sugerí divertida.

—Yo no, pero conozco a alguien sabio con muchos años y experiencia que quizá pueda ayudarnos.

Me sacaron casi clandestinamente de Gloucester Manor. Mientras lady Sarah, lady Clara y la tía Hortense distraían a mis padres y a sus invitados tras la cena con una batalla de naipes, Arthur y Victoria me subieron en el carruaje Gregshire y nos adentramos en lo profundo del bosque. De no ser porque confiaba ciegamente en el marqués que iba a desposar a mi hermana, habría temido que se tratase de una trampa mortal destinada a secuestrarme o acabar conmigo.

Sobre todo, cuando vi aquella choza rodeada de troncos retorcidos y maleza sin limpiar. Como la guarida de una bruja. Me puso el vello de punta.

—La conozco desde tiempos de mis abuelos, es infalible con sus remedios —me aseguró Arthur ofreciéndome su mano para apearme del coche—, no te dejes impresionar por su aspecto.

Hizo bien en advertirme. La mujer era peculiarmente repulsiva. Carecía de la apariencia que por lo general se espera de una anciana, ya que su rostro ajado y paliducho era liso y con pocas arrugas. El pelo estropajoso y blanco, y una mirada penetrante que te leía hasta los pensamientos. Tuve la impresión de que estaba avisada de antemano de mi visita.

—Me alegro de conocerla, milady. Su señoría me ha hablado mucho de usted. Sepa que la admira profundamente.

Dirigí una mirada de agradecimiento a Arthur. Las piernas me temblaban y me costaba respirar, el esfuerzo del corto trayecto se estaba cobrando su factura. Me acomodaron en una especie de diván viejo y la mujer se inclinó sobre mí, con los ojos cerrados, palpando mis muñecas, mis sienes, mi frente, mis tobillos, preguntándome en simultáneo cuáles eran mis síntomas.

No invirtió ni diez minutos en el diagnóstico. Lo que los médicos versados se habían visto incapaces de averiguar, a ella le llevó un suspiro.

—Envenenamiento con cicuta —sentenció con voz áspera.

De nuestro grupo brotó una exclamación de incredulidad y escándalo.

—¿Cómo es posible? ¿En su propia casa?

—¿Está usted segura, señora? —me atreví a contradecir—. Estaría muerta...

—En dosis muy pequeñas. Quien quiera que la esté usando pretende enfermarla, pero no matarla.

—¿Con qué objetivo? —preguntamos a coro.

La mujer se encogió de hombros.

—Eso es algo que tendrán que preguntarle al autor cuando descubran quién es. Debilitarla, controlarla, aparentar que la salvan...

Victoria y yo intercambiamos una mirada de angustia. ¿Thomas Astor? ¿Podía estar envenenándome en nuestras propias narices? ¿Manipular a su antojo la dosis para alegar cuando le conviniera que su compañía, o sus cuidados, o su amor me habían curado?

Me llevé la mano a la frente, agobiada.

¿Qué clase de pensamientos retorcidos me nublaban el entendimiento? ¿De dónde salía todo aquel sinsentido? Si algo parecía claro es que estaba perdiendo el juicio y que ya no era capaz de razonar con lógica.

—Es extraño —prosiguió la curandera—. Es como si ese ángel de la muerte disfrutara viéndola padecer todas estas dolencias, sabiendo que no debe traspasar el límite de lo irremediable.

—No puedo creerlo —balbuceé.

A mi costado, Victoria, espantada, había estallado en llanto y su prometido la abrazaba para ofrecerle consuelo ante el horripilante descubrimiento, del que también se sentía en parte responsable.

—Le daré algo para contrarrestar las náuseas y los mareos, aunque servirá de poco si siguen administrándole el veneno. A partir de ahora, milady, escoja a una persona discreta y de su absoluta confianza; que ella elabore todo cuanto usted ingiera. Todo. No coma ni beba absolutamente nada que haya pasado por otras manos. Esa persona deberá supervisar el proceso de preparación y servido. Hasta que su cuerpo haya expulsado toda la toxicidad y el malestar remita de modo definitivo.

Todos atendimos a sus indicaciones con los ojos como platos. Las paredes de la choza estaban cubiertas por ramos de hierbas silvestres atadas y puestas a secar del revés. La mano templada e inesperadamente suave de la anciana me rozó la frente.

—Haz caso de tus sueños. Las profecías encierran mensajes del presente que habrás de tener en cuenta.

Admito no saber si sus palabras desencadenaron la pesadilla de aquella noche. Volví a ver a mi madre pereciendo a espada sobre la fría losa del suelo, a abrazarla tratando en vano de transmitirle calor y vida. El filo de un arma ensangrentada y el rostro furibundo de Philip Astor.

20

A raíz de una conversación

Mi fiel Winnie recibió dos encargos: el primero, ocuparse de todo lo referente a mis comidas vigiladas y el segundo, guardar con celo el secreto para que los duques no sospecharan ni por asomo, de que alguien trataba de envenenarme en mi propia casa.

Y solo podía ser uno de los señores Astor.

La pobre muchacha estuvo a punto de sufrir un colapso de puro horror al conocer la gravedad de la situación.

—Milady, ¿de verdad le compensa no contarle todo a sus excelencias? Mire que está poniendo en peligro su vida...

—Ahora sabemos a qué atenernos, Winnie, y quien esté poniendo el veneno en mis alimentos va a tenerlo, pero que muy difícil. Solo hay que tener los ojos bien abiertos y actuar con cautela, porque sí, merece la pena descubrir quién es en realidad Philip Astor dado lo que me ha hecho sentir.

Winnie se retorció las manos observándome consternada y yo no pude evitar preguntarme si no estaría poniéndolos en riesgo a todos a causa de un capricho.

—Ay, milady, disculpe si insisto, ¿y si resulta ser una mala persona?

—Tendré un corazón herido que curar y una lección de vida aprendida. Nada más.

Y nada menos. Mi primer amor, el inicio de una experiencia nueva y gratificante que me llenaba de ilusión podía acabar en el fondo de un barranco.

Esperé inútilmente su visita. Solo vinieron mis amigas, mi hermana y mi madre. Las flores que me trajo se secaban escondidas en un cajón, entre dos pliegos de papel. Y mi corazón tamborileaba errático en la perpetua lucha del no saber qué se desea en realidad. Ojalá tuviese, sobre las intenciones de Philip, la misma certeza que sobre las de Thomas.

Thomas Astor era cruel y despiadado. No conocía los escrúpulos.

¿Qué clase de hombre era Philip? ¿El primo paciente que trataba de resolver los entuertos provocados por su familiar sin perder apenas la calma? ¿O un canalla mucho más frío y calculador que el otro jugando un rol que nos embaucaba a todos? ¿Por qué me había besado? ¿Era su especial e irresistible método para llevarme a su terreno y tenerme de su parte?

Porque de ser así, maldito fuera, le estaba funcionando.

Las probabilidades daban vueltas en mi cerebro suscitándome un malestar mayor incluso que el del veneno. En un momento dado, el ambiente en mi propia alcoba se me hizo irrespirable y llamé a Winnie.

—¿Están encendidas las chimeneas abajo? Me gustaría tomar el té en el saloncito de costura.

—¿Está segura, milady? Mire que las señoritas han ido al pueblo con su excelencia y el duque creo que anda visitando las cuadras con los señores Astor. ¿No lo tomaría más comfortable aquí, en su gabinete?

Miré las paredes con intensa aprensión y una mueca de disgusto frunciéndome los labios.

—Se me caen encima estos muros. Necesito salir de mi dormitorio, aunque solo sea por un rato.

—Como mande milady. La ayudaré a vestirse.

No me vino mal aquel ratito de soledad consentida. Me acomodé frente al fuego y me distraje contemplando el baile de las llamas, tratando de sacarme de la cabeza la eterna pregunta sin respuesta respecto a Philip. Cuando oí un siseo y algunos pasos a mi espalda pensé, tontamente emocionada, que pudiera tratarse de él.

La sangre se me heló en las venas cuando vi quién se disponía a tomar asiento frente a mí. Apoyado en un bastón y con una sonrisa malévola en la comisura.

—Por fin un instante de tranquilidad y calma a la que podríamos llamar íntima. Coincidir con usted, incluso dentro de una misma mansión, se está convirtiendo en algo milagroso, milady.

—Esta casa es muy grande —gruñí apartando la mirada.

Mi desplante no causó en Thomas mella alguna. Se acomodó en la butaca junto al fuego, de manera que me tenía de frente y encargó un café bien cargado.

—Lo hacía en las caballerizas, halagando al duque para ganarse sus favores.

—Ya tengo los favores del duque. No solo está impresionado con mis talentos, también se siente en deuda por haberle salvado la vida a su hija favorita. ¿No lo sabía? Creo que debemos impedir que lady Victoria se entere, es una joven muy sensible, pero su padre siente debilidad por usted, lady Grace.

—Lo cual le allana a usted el camino —renegué mirándolo por primera vez.

Se encogió ligeramente de hombros, con un movimiento burlón de cejas y manos.

—Lo que está escrito sucederá, por más trabas que le pongamos.

—¿Y piensa que está escrito que usted y yo acabemos juntos? Estimado señor, no me río porque lo considero una grosería.

Cambió de postura a toda velocidad y sus codos quedaron apoyados en sus rodillas. Inclinado hacia adelante, intimidándome con su proximidad.

—Ahora me toca a mí preguntárselo. ¿Por qué me odia tanto?

—¿Hace falta que se lo explique?

—Sí, admito que entré en su vida de un modo poco honorable, pero ¿no tomaría en consideración que en el ínterin mis sentimientos por usted hayan cambiado? ¿De la indiferencia a algo tierno y amoroso? ¿Que haya empezado a sentir algo que haga de mí un hombre digno?

No. No lo tomaría en consideración ni por un instante. Ni ebria. Ni loca.

—¿Quién le dice que no está usted pecando de ingenua y confiada? Al fin y al cabo, yo me presenté sin dobleces, admitiendo todos mis escabrosos pliegues. Sin embargo, ¿cómo sabe que Philip es el verdadero señor de Bermor House y no yo?

—Yo...

—¿Se deja guiar por el aleteo de su corazón? Vamos, lady Grace, si por algo la tengo es

por equilibrada, juiciosa y poco dada a los arrebatos. Usted no es su hermana. ¿Quién le asegura que no es él la persona que miente?

No tenía respuesta para aquello. Y sí temores, miedos y hasta dudas que acababan de brotar como hongos tras una tormenta, de no sabía dónde. La garganta se me había secado y noté una brusca sensación de vértigo.

—Señor Astor, haga el favor de reservarse sus necias advertencias para otra ocasión.

—Entiendo que no desee escuchar lo que tengo que decirle, pero alguien debe abrirle los ojos. Philip no cruzó el océano por gusto. Imaginará que carecía de necesidades, no fue a buscar fortuna. La razón de tan precipitada huida fue una dama. Una mujer casada con la que mantuvo un tórrido romance y con la que sospecho que aún se ve.

—Intenta ponerme en contra de su pariente porque lo considera una amenaza para sus macabros planes —apunté afilada.

—Solo intento que vea, sin nieblas ni confusiones, que mi querido primo no es el santo inocente que todos piensan que es. Sospecho que su dulce naturaleza, querida mía, jamás sea capaz de comprender del todo la maldad y la perversión humanas.

La suya la comprendía. Perfectamente, además.

—No estoy dispuesta a escucharlo. —Hice una intentona por levantarme, pero me tambaleé lo suficiente como para temer caerme, y volví a los cojines.

—Se carteaban. Misivas llenas de fuego y pasión —continuó Thomas como si nada de este mundo pudiera alterarlo—. Es posible que pueda encontrar pruebas de lo que le digo en su equipaje, entre sus cosas.

Mi ánimo se derrumbó al oírlo, como un castillo de arena reseca. Pero delante de Thomas mantuve una postura firme y erguida para no parecer devastada. Si lo que pretendía era sembrar en mi corazón la duda, lo estaba consiguiendo con alarmante precisión.

—Líbreme el cielo de decirle lo que debería hacer, milady, pero yo de usted intentaría reunir algo de información al respecto.

—¡Márchese! —espeté con los dedos engarfiados unos contra otros, mirando el fuego—. Márchese de esta sala ahora mismo o llamaré al servicio.

No me contradijo. Se levantó sin añadir nada más y en la puerta debió de cruzarse con Winnie que traía mi bandeja del té. Al posarla en la mesita, observé unas florecillas colocadas en el lateral. Dirigí a mi doncella una mirada interrogante.

—Ha sido el señor Astor.

Mi pulso retumbó alocado.

—Ese señor Astor —precisó Winnie señalando la puerta. Entendí que se refería a Thomas—. Las ha dejado en la bandeja justo cuando salía.

Él había tocado la bandeja. Sin recelar nada, Winnie se lo había permitido. Se me erizó el vello de todo el cuerpo.

—Llévate el té. No lo quiero.

—Pe... pero milady...

—¡He dicho que no lo quiero! Acompáñame a mi dormitorio, estoy algo mareada.

A raíz de una simple conversación, todo estaba de nuevo patas arriba. Mi falta de seguridad era ahora inmedible. Mi dolor inmenso. Mi pena crecía y me partía en dos. Gemí decepcionada conmigo misma. ¿Cómo había podido permitir que ocurriera aquello? Apenas si sabía ser otra cosa que dueña de mí misma mientras el mundo alrededor se derrumbaba.

¿Algo de lo que Thomas había dicho podía ser cierto? ¿De verdad había estado tan ciega?

21

El resultado de un registro

Me pregunté cuál sería el mejor momento para registrar las pertenencias de Philip. Debía hacerlo, por más que me repeliera la idea. No pensaba seguir poniendo mi corazón y mi fe en alguien que amaba a otra mujer y continuaba, para más inri, vinculado a ella, pisoteando el sagrado vínculo del matrimonio, mofándose a mi costa.

De descubrirse algo así, quedaría muy claro el tipo de persona que era Philip Astor, cuyas muestras de interés y afecto para conmigo no eran otra cosa que un burdo teatro, y que algo oscuro perseguía. Con todo ello, yo habría avanzado pasos de gigante en mis pesquisas.

Con un terrible dolor de cabeza, me quedé dormida. Y aquella noche mi pavorosa pesadilla acudió a visitarme, ofreciéndome un panorama tan desolador como confuso.

Vi el rostro de Philip. La espada con el filo sangrante que había asesinado a mi pobre madre y la mano que la sujetaba, sin saber a quién pertenecía. Sin embargo...

También descubrí el rostro de Thomas.

No entendía nada. El mensaje cada vez más enrevesado debía de perseguir desquiciarme, no cabía otra explicación. Desperté con el corazón acelerado, deseando que las confidencias acerca de la dama casada y los devaneos amorosos de Philip fueran parte de la pesadilla.

Pero no.

Una voz interior me decía clara y terminantemente que no era así. Que el incómodo intercambio de pareceres con Thomas había tenido lugar en la vida real y era tangible y aterrador.

Fingí una nueva indisposición para tomar el desayuno en mi alcoba. No quería sentir el roce de la mano de Philip, como por casualidad bajo la mesa, y que la daga que llevaba clavada en el pecho me impidiera acariciarla. Enseguida recibí la visita de Victoria, Clara y Sarah, a interesarse por mi estado. Con supremo esfuerzo por mi parte, las puse al corriente del asunto.

—¿Y lo... lo crees? —tartamudeó Clara estupefacta— ¿Crees a ese hombre aborrecible y mentiroso?

—Al menos debo investigar eso que ha dicho.

—¡Pero se trata de Thomas! —alegó apasionada Victoria.

Comprendía lo que intentaba transmitir. De algún modo, todo cuanto trajera el sello de aquel caballero pretencioso y sin decoro, venía manchado con la sombra de la duda y el engaño. Pero ¿y sí...?

—Sería un error dar demasiadas cosas por sentado —me apoyó Sarah—. Thomas nos desagrada, Philip nos gusta. Es sencillo pero escabroso. Podríamos estar cometiendo un error fatal dejándonos guiar por nuestras preferencias.

—Que, dicho sea de paso, se apoyan en gran manera en un físico atractivo y una sonrisa irresistible —agregó Clara sonriendo.

—No es únicamente eso —rebatí—. Es... Philip emana una calidez... A ratos incluso inocencia. Parece bueno.

—Tú lo has dicho, hermana —resumió Victoria con brío—. Parece. ¿Qué es lo que quieres que hagamos?

—Que lo entretengáis. A él y a Thomas, del modo que sea. Y se me permita registrar a fondo su habitación.

—Va a ser bastante simple, creemos que ha acompañado al duque a la ciudad, mientras que *el otro* señor Astor disfruta del sol tranquilamente en el invernadero —apuntó la detallista Sarah—. Hoy ha despertado quejicoso a más no poder.

Me mordí el labio inferior.

—Entonces tendrán que controlar su regreso. Y a Thomas. No permitan que salga de su baño de sol.

Las tres se levantaron como impulsadas por resortes.

—Delo por hecho.

Las repasé de una en una sin poder contener una sonrisa pese a mi ruinoso humor.

—Se las ve encantadas con la misión.

—Jugar a detectives es una manera de procurarse sensaciones estimulantes, ¿no le parece? —canturreó Sarah.

No podía estar más de acuerdo.

Si no fuera por lo mucho que me dolía.

Con las prisas olvidé que el servicio tenía pensado pasar por los dormitorios, de cara a la limpieza diaria, de modo que la llegada de las doncellas con sus plumeros y sus cubos me obligó a esconderme en un armario y permanecer allí, plegada como un paño hasta que oí cerrar la puerta y el silencio absoluto regresó nuevamente a aquella habitación. A partir de entonces, mis manos corrieron como locas por cada cajón y mueble.

Desesperadas y al tiempo temerosas de encontrar una carta, una pista que indicara la presencia de una amante en la vida de Philip.

Tenía poco equipaje. Casi más libros que prendas de vestir. En eso también nos parecíamos. Los revisé todos, página por página, pensando que entre ellas pudiese descubrir un retrato, una postal o alguna nota. No había nada.

Nada que oliera a perfume. Ni un guante, o un pañuelo. Ningún recuerdo de una amante con la que no puedes compartir el tiempo que desearías. Y cuando estaba a punto de darme por vencida, con la duda corroyéndome el alma más y peor que nunca...

En un cajón, entre sus camisas blancas almidonadas di con una botellita de cristal opaco. En la etiqueta se leía «cicuta».

Estuvo a punto de caérseme de las manos, porque de repente mis miembros no me obedecían, ni me sostenían siquiera. El estupor los había privado de fuerza y un nudo espantoso hecho de zarza y espinas me recorría el vientre y me subía por la garganta destrozando cuanto encontraba a su paso.

Era él.

Philip.

Philip estaba envenenándose.

¿Por qué?

Había fingido una suerte de amor, interés romántico al menos, y sin embargo deseaba verme enferma, impedida, débil. ¿Para poder manejarme a su antojo? ¿Para que creyera de buen grado todas sus mentiras? ¿Para seguir engañándose mientras se reía a mis espaldas entre sábanas con su amante?

Las implicaciones de lo que acababa de descubrir llegaron como un golpe mortal a perforarme las entrañas. Tenía las manos heladas, los dedos agarrotados, y aun así fui capaz de devolver el frasquito a su lugar entre la ropa que olía a él.

¿Cuál de los dos Astor era más desalmado?

Regresé a mi dormitorio a pasos vacilantes, me desvestí ausente y perdida, y sobre el colchón me cubrí con las gruesas mantas. A las preguntas de Winnie respondí que no me encontraba bien y no deseaba comer nada. Y a las de Victoria, Clara y Sarah, que no había encontrado nada en el registro, que les rogaba que me dejaran descansar.

Para mi absoluta sorpresa, ninguna de las tres se movió de su sitio. Rodeaban mi lecho taladrándome con miradas expectantes, como si aguardaran a que yo me decidiera a salir del caparazón y contarles toda la verdad.

No me quedó más remedio que sentarme en la cama, tratando de secarme las lágrimas que corrían salvajes mejillas abajo.

—No os he mentado —aseguré tuteándolas a todas—, no encontré prueba alguna de su infidelidad o relación con otra mujer.

—¿Entonces? —me urgió Victoria sin comprender del todo.

—Encontré algo peor.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Cicuta?

—¿Cicuta entre los efectos personales de lord Bermor?

—¿Es él quien te está...? —Lady Clara no se atrevió a completar la frase.

Lo hice por ella. Asentí con la cabeza en el gesto más triste que recordaba haber hecho en mi vida, consciente de que algo, una especie de dique emocional me estaba impidiendo dar rienda suelta a las emociones, pero que cuando se derrumbara, no habría consuelo para mí en este mundo.

—Y yo creyendo en su buena voluntad, como una tonta —gemí furiosa contra mí misma—. Estafador, fraude y asesino.

La dulce Clara me tomó las manos y sus pulgares dibujaron unos afectuosos circulitos sobre mi piel.

—No se culpe, milady, no se culpe ni por un solo instante. Usted lo ama y el amor, a menudo nos ciega.

—¿Qué clase de arma terrible es entonces? Si nos inutiliza y nos convierte en presa fácil de quien carece de escrúpulos. —El revés de mi manga pasó bruscamente por la base de mi mandíbula, a enjugar agua salada.

—Yo no acabo de creérmelo —musitó lady Sarah pensativa.

—Tampoco yo —la apalancó Victoria.

Las miré desesperadamente agradecida.

—Eso es porque me tenéis cariño y desearíais que el miserable en quien he ido a poner los ojos y el corazón, no lo fuera tanto.

—Me vanaglorio de no equivocarme con las personas —intervino lady Clara con suavidad— y tampoco lo percibo como alguien capaz de un acto tan atroz.

—Hay que encontrar a esos criados, el servicio de Bermor House, los únicos capaces de reconocer al verdadero señor Philip Astor —apostó lady Sarah.

Mi hermana aplaudió la sugerencia.

—Hagamos una lista con sus nombres. Arthur y yo nos encargaremos de localizarlos.

—Podríamos buscar a otras personas que también lo conocieran... —sugirió mi hermana. No le permití rematar la frase.

—¿Y arriesgarnos a que alguien, seguramente Thomas, les haya pagado por decir lo que convenga? No me fío de nadie, Victoria, solo de ese servicio que perdió su empleo y que conocían al verdadero Philip desde siempre.

—Estamos de acuerdo —corearon Sarah y Clara al unísono.

—No obstante, ¿que él sea el auténtico conde de Bermor impide que quiera matarme? —analicé con amargura.

Victoria se encogió de hombros.

—No, pero desde luego, si no miente en eso, admitiremos que tiene una importante baza a su favor.

Cuando las tres consideraron oportuno dejarme a solas con mi pena inmensa y se marcharon a dormir, yo seguía dándole vueltas a la cabeza. No estaba del todo de acuerdo con ellas. Ninguna estuvo presente en la conversación con Thomas, escuchando sus razones como yo lo había hecho. Y tampoco había visto su rostro con fantasmagórica nitidez en las pesadillas como yo lo veía. Si aquel sueño pavoroso era un presagio, una profecía que trataba de advertirme de un mal terrible, Philip Astor estaba implicado.

Aunque también Thomas.

Llamé a Winnie y le pedí una tisana que me ayudase a dormir. Lo más cargada posible. O cerraba los ojos y silenciaba mis pensamientos o acabaría volviéndome loca. Tras cerciorarme con el ansia de una demente de que nadie, salvo Winnie, había puesto sus manos en mi taza, la apuré incluso caliente, y caí en un agradable sopor que se apoderó de mí y de mi consciencia hasta anularme del mundo de los vivos.

Para caer en el de las ensoñaciones horribles.

De nuevo la carrera desaforada por salvar nuestras vidas. La mano resbaladiza de mi madre, su resistencia a la velocidad suicida de mi marcha. Nuestros tropiezos, sus caídas. Y finalmente, la espada que le atravesó el cuello y parte del pecho robándole el aliento. Mi abrazo, el olor de la sangre que me empapó por completo. Mis lágrimas, mi horror. Mis juramentos a voz en grito de que mataría al oficial que había dado la orden de asesinarla.

Y algo más.

Un estallido de dolor agudo y espantoso en el flanco, por encima de la cadera. La respiración entrecortada, mi propia sangre manando abundante y caliente. También me habían herido a mí. Una brecha abierta a cuchillo en mi carne, que abrasaba. El inicio de mi final.

El filo de la espada manchada de rojo sujeta por una mano que caía inerte al costado, alcanzando las botas. Mis ojos agotados ascendiendo por aquel brazo poderoso, la armadura hasta el hombro. Y de ahí al rostro colérico, crispado de ira.

El rostro de Philip.

Abrí de golpe los ojos ahogando un grito. El sueño se desintegró en un chasquido. Los diques rotos, mis emociones desbordadas por completo. Temblé, lloré, me ahogué en mi propia saliva. Me dejé caer sobre la almohada húmeda de sudor, con la certeza de que vería amanecer.

A partir de la mañana que siguió a aquella apocalíptica noche, a la ardua tarea de esquivar a Thomas Astor se sumó una segunda labor: evitar a su primo, el único que hasta entonces, con la excepción de mis amigas y mi hermana, había propiciado algo de consuelo a mi atribulado corazón.

El primer hombre en mi vida por el que había suspirado de anhelo.

Mi enorme decepción, mi desengaño.

Mis malestares, no del todo fingidos, servían de justificación para enclaustrarme en mi alcoba y esquivarlo, pero al parecer, se me iba acabando la suerte. Aquella excusa barata no podía durar eternamente sin que los duques dedujeran que mi enfermedad revestía gravedad y volviesen a traer a varios médicos.

Agitarlos y preocuparlos era lo último que deseaba.

Philip pareció acusar mi súbito cambio de actitud para con él. Al compartir mesa, sus ojos me buscaban de continuo con una enorme interrogante en las pupilas. Un rastreo del que yo sistemáticamente me escabullía amparada por mi hermana y mis amigas. Para Thomas fue un regalo que el vínculo amistoso entre su primo y yo se cortara tan de raíz. Cuando cualquiera de los dos me hablaba, mi método era hundir los ojos en el mantel y responder con susurros y monosílabos.

—Milady. —Thomas, que de costumbre solía parecer dichoso, se dirigió a mi hermana —. Falta menos de un mes para su enlace. ¿Está nerviosa?

Victoria le sostuvo la mirada con fiereza.

—Me caso con un buen hombre, no sé por qué debería estarlo.

—Tiene usted toda la razón. El caso es que a veces creemos conocer a las personas y no es así, algunos tienden a mostrar un lado engañoso y tras la boda todo sale a la luz del modo más incómodo.

—Tenga por seguro que no es mi caso con lord Gregshire.

—En ningún caso he pretendido sugerirlo.

—Arthur es un caballero magnífico —intervino mi padre con deje orgulloso—, honorable, respetable al máximo. Un hijo más.

—Imagino cuán honrado se sentirá el marqués de que usted le conceda semejante consideración, excelencia —alabó Thomas con voz de falsete.

—No le quepa duda de que lo merece —espetó Victoria con aspereza.

Mi madre notó la hostilidad flotando en el ambiente y seguramente, estimó necesario intervenir.

—No hay que olvidar las virtudes de milord, aquí presente. No dejan de ser dignas de alabanza.

—Es curioso, señor Astor. —Lady Sarah lo miró con los párpados entreabiertos—. Tenía entendido que su nombre real no era Philip, sino Thomas.

El aludido enrojeció con violencia, una ráfaga colérica que duró apenas un par de segundos. Me admiraba su nivel de autocontrol, su capacidad para atar corto sus emociones. Sonrió tirante. Una sonrisa que, desde luego, no le llegó a los ojos.

—Pues no se equivoca, milady. Thomas es mi segundo nombre y en la familia, para evitar confusiones con mi querido primo tocayo —lo miró de reojo—, suelen llamarme así. Pero mentiría si no dijera que prefiero ser llamado Philip. Aunque en ocasiones como esta en las que estamos juntos los dos, resulte bastante confuso.

Puse los ojos en blanco. Aquel maldito tipejo, por lo visto, tenía respuestas para todo.

Acabado el desayuno me dirigí al invernadero, a leer un rato a solas mientras mis aliadas se entrevistaban con Philip, mi presunto asesino, a fin de elaborar la lista del servicio en Bermor House. Acciones destinadas a demostrar su inocencia.

Patético, teniendo en cuenta que también lo acusábamos de envenenarme.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando lo descubrí a mis espaldas, siguiéndome.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Verlo, tenerlo delante, oírlo hablar con aquella voz grave y ronca, suscitaba en mí un sinfín de reacciones contradictorias. Le temía y lo adoraba al mismo tiempo. Anhelaba descubrir la verdad y que no fuese culpable de nada, solo una víctima inocente, igual que yo.

Pero la profecía había hablado en sueños y era él quien sostenía la espada manchada de sangre. Yo podía desear muchas cosas, pero la realidad me golpeaba de frente, sin compasión alguna, como un puño de hierro.

—¿Qué hace ahí, pegado a mis talones, milord? ¿Acaso me vigila?

—Necesito que hablemos, lleva usted unos días muy esquiva.

Vaya. El hombre que guardaba un frasco de cicuta entre sus pertenencias se extrañaba de que le huyera.

—Sabe que mi presencia en esta casa responde únicamente a un intento por controlar los desmanes de mi primo. Que no la comprometa de ningún modo, que no haga nada inconveniente ni acabe dañando a nadie. No es que yo no me sienta incómodo con la situación, tengo la impresión de estar abusando de la cortesía y hospitalidad de sus padres.

—Thomas parece muy a gusto, feliz de que su convalecencia se alargue en el tiempo — dije tan solo, apretando los puños, escondiéndolos a la espalda.

—Será porque la desfachatez de mi primo no conoce límites.

—¿Y la suya, milord?

No me respondió. Solo se me quedó mirando con una chispa de dolor en aquellas pupilas brillantes. Como si mi desafío lo hiriera.

—¿Desea que me marche?

—Yo no he dicho tal cosa —balbuceé después de pensarlo un rato.

—A veces no necesitamos decir nada para transmitirlo con total claridad.

—Ahora me dirá que soy, para usted, un libro abierto o algo parecido.

—Algo parecido. Teníamos una conexión que solía agradarnos. ¿Qué ha pasado con ella? Tengo la sensación de que ha desaparecido...

Sí. Un vínculo emocional del que usted, sin duda, se ha aprovechado, pensé.

—Lady Grace.

Dio un paso adelante y yo reculé para distanciarme. No podía permitir que se acercase. Si me tocaba, si tan solo me rozaba, sería capaz de olvidar todas mis sospechas, el contenido de mi pesadilla, las evidencias lógicas que gritaban su nombre y me zarandeaban para que abriese los ojos de una vez.

Y me entregaría sin condiciones.

—Si es su deseo que abandone Gloucester Manor, no le quepa la menor duda de que lo hare sin dilación. Tenga presente, tan solo, lo que supondría dejar aquí a Thomas, sin contención.

No. No deseaba perderlo. Ni que se fuera. No hasta estar por completo segura de que me equivocaba en mis sospechas. De que no era el hombre maravilloso por quien yo había empezado a sentir cosas.

—¿Le han consultado lady Sarah, lady Clara y lady Victoria las identidades de sus antiguos criados? —Cambié de tema sin previo aviso, porque no sabía qué responder.

Él pareció confuso con la brusquedad del giro.

—Sí, ayer mismo a última hora elaboramos una lista. Hoy la hemos acabado. Lady Victoria y lord Gregshire se han ofrecido para tratar de localizarlos. No sé si resultará factible.

—Confíe en el marqués. Arthur es un hombre de recursos.

—Yo también creí serlo hasta que me hundí en esta ciénaga. Hasta que me propuse solventar este enojoso asunto sin que nadie saliera perjudicado. Creo que no lo estoy consiguiendo.

No me dejé embaucar por su evidente aflicción. Ya lo había conseguido con un par de besos... inolvidables. Caricias que llevaría marcadas a fuego en mis labios el resto de mi vida. No le concedería más oportunidades para que me enredara.

—A lo mejor es que no se puede —sentenció despacio, frenando el temblor en mi voz.

Alzó la mirada y la clavó suplicante en mí.

—¿Eso piensa, milady?

Escondí los ojos, los celos y las intenciones.

—Es posible, solo posible, que haya demasiadas artimañas ya en juego. Ardides ponzoñosos, dobles identidades, hasta que nos mueva cierta pasión irresponsable por el peligro. ¿Podría ser?

Observé que nuestros cuerpos desarrollaban su propio lenguaje. Al margen de lo que decíamos o insinuábamos, nuestras pieles deseaban tocarse, entregarse al otro por entero, los alientos se mezclaban en volutas danzantes. El ambiente crepitando caldeado a nuestro alrededor incrementaba el sufrimiento de no tenernos.

—Temo que mi primo haya logrado por fin ponerla en mi contra —resumió con tristeza.

—No sea tan mal pensado, milord. No me encuentro bien, eso es todo.

—¿Todo? —insistió con desconfianza.

—Tanta información contradictoria... Cualquiera en mi lugar estaría confundida, ¿no le parece?

Se rindió, asintiendo con golpes de cabeza.

—No soy capaz de negárselo. Aunque pensé...

Aproveché su instante de estupor para deslizarme hacia la puerta donde él no pudiera bloquearme la huida. Antes de salir, no obstante, dedicarle unas palabras fue casi una necesidad.

—No piense, milord. Reúna pruebas.

Pese a que la temperatura en los corredores no era precisamente cálida, tras el encuentro con Philip sentí un calor abrumador subirme por el cuello, anidar en el triángulo de mi escote y en las mejillas. Imprimí velocidad a mis pies en un alocado intento por abrir un abismo de distancia entre los dos. No solo era víctima de sus enredos. También de su olor, de cómo se activaba la sangre en mis venas viéndolo aun de lejos. Mi odioso cuerpo desobediente que tomaba el rumbo que se le antojaba con solo recordar su nombre.

La cicuta entre sus camisas blancas.

La historia de la documentación relativa a su identidad, perdida.

La duplicidad de nombres.

La afirmación de ambos de ser el auténtico conde de Bermor.

¿Quién de los dos mentía?

Thomas me salió al encuentro de forma abrupta en el descansillo de las escalinatas principales del primer piso y me fue imposible desaparecer como había hecho tantas otras veces

antes. Mis ojos se abrieron desmesurados ante su embestida, preguntándome en simultáneo por qué me causaba tanto temor.

La Grace que siempre había sido destacaba por arrojada y valiente. Con prudencia, cierto, pero ni de lejos, timorata. ¿Estaba aquella estrafalaria situación durando demasiado, empezando a superarme?

—Milady, estoy preocupado —arrancó.

—¿Preocupado?

—La noto ausente, distraída, desvinculada de sus padres, de su hermana, incluso de sus amigas. No es la Grace que solía ser.

Lo miré con dureza, súbitamente envalentonada.

—¿Usted conocía a la Grace de siempre?

—No, no, claro que no —reculó—. Me refería...

—A la joven alegre y despreocupada que se encontró al inicio de toda esta pesadilla. Sepa que usted, y solo usted, con sus tejemanejes y sus imposiciones, está logrando devastarme.

Quizá fuera un error desvelar mis puntos flacos, pero no me quedaba energía para luchar más. Dos Astor, dos guerras, dos bandos era demasiado. Custodiábamos demasiados secretos tratando de que los duques no adivinaran el pozo oscuro que se cernía bajo nuestros pies. El hecho de que estaban a punto de conceder la mano de su hija a un canalla.

Que alojaban bajo su techo posiblemente a dos.

Que ignorábamos cuál de los dos era más falso y miserable.

Tenía roto el corazón. Hecho añicos.

—Él le agrada, lo sé, lo entiendo —admitió Thomas con un ramalazo de timidez—. Por eso, y solo por eso, ha decidido que yo sea el villano en esta historia.

Algo parecido al fuego se indignó en mi interior.

—¡Sé positivamente que usted no es bueno!

—¿Y si los hubiese peores? Mi delito no es tan grave, milady. Lo que empezó como un pasatiempo se complicó al darme cuenta de que es usted maravillosa, perfecta, todo lo que un caballero puede desear.

Ladeé el cuello, intrigada.

—Usted me gusta —añadió—. Me gusta mucho. Seguramente sea un pecado.

Por un segundo me bloqueó el asombro. Mis sentidos quedaron inutilizados. Y cuando quise darme cuenta tenía a Thomas encima, demasiado, irrespetuosamente cerca, tratando de besarme por la fuerza.

Reuní las agallas suficientes para empujar su pecho y liberarme. Acto seguido lo abofeteé con todas mis ganas.

—¿Cómo se atreve?

—Endemoniada criatura... —farfulló llevándose la mano al rostro congestionado.

—No se atreva... —Las palabras tiritaron entre mis labios helados—, no se atreva a ponerme las manos encima, señor Astor. O no respondo.

Thomas esbozó una mueca que pretendía ser sonrisa.

—Quiero que abandone Gloucester Manor de inmediato. No solo usted, también su primo. Se llamen como se llamen, sean quienes sean. Ya no me importa, no es de mi incumbencia. Si no se marchan, los dos, le contaré todo a los duques.

—¿Todo? —enarcó una ceja.

—Todo —me reafirmé—. Asumiré mi culpa, lady Victoria hará otro tanto. Fue una travesura insensata, infantil, que como usted mismo afirma, no es tan grave, podría ser perdonada. Y si nos condenan sin perdón, lo asumiremos. Cueste lo que cueste.

—Pese a que no es lo único que está ahora en juego —completó.

Noté una punzada en el pecho, a la altura del corazón.

Todo el mundo menos mis padres sabían de mis sentimientos por Philip. Imaginé que también él, y sentí una vergüenza infinita. Al mismo tiempo que una insoportable añoranza por esos tiernos besos que ya no nos daríamos.

Por todo el amor que de repente la vida me estaba negando.

Giré sobre mis talones, estremecida y pequeña, aplastada por la inconveniencia de lo que sentía y me alejé de Thomas dejándolo a solas con sus elucubraciones.

Quizá fuera mejor así. Cortar por lo sano y no volver a verlo.
A Philip.

Pero para mi total pasmo, cuando pasadas unas horas acudí al comedor para el almuerzo acompañada de lady Montrose y lady Sarah, Thomas departía animoso con los duques, restregándome por la cara mi ultimátum, tal que si le importase menos que nada.

—Celebro comprobar que nuestra querida lady Grace se encuentra mucho mejor. — Sonrió ufano—. Después de semanas de alejamiento, cuando ya empezaba a perder la esperanza, hoy hasta ha tenido a bien expresarme su afecto.

Las facciones en el rostro de mi padre se crisparon. Mi madre lo observó con curiosidad. A mí se me retiró el color de la cara.

—¿A qué se refiere exactamente? —bramó el duque.

El muy miserable, cobarde, bandido... ¡Iba a contarle que me había besado! ¡Y seguramente inventaría que yo había consentido o hasta que lo había provocado!

Mis amigas y yo nos intercambiamos miradas de angustia.

¿Cómo cerrarle la boca antes de que tomara mi reputación y mi honor y los arrastrase como basura por el suelo?

—¡Familia! ¡Ya estoy en casa!

La hermosa y queridísima voz hizo que todos volteásemos hacia el hall de entrada, donde un caballero alto y garboso, de espeso cabello dorado, despachaba capa y sombrero entregándoselos a un rendido señor Daffor.

—¡Charles! —aulló Victoria desde lo alto de la escalera— ¡Has venido!

—¿Cómo iba a perderme tu boda, ardillita?

Con riesgo de sus tobillos, mi hermana bajó a la carrera los escalones que la separaban de nosotros, pasó por delante como una exhalación y se lanzó a los brazos de nuestro hermano, que la izó como si no pesara, para dar un par de vueltas con ella en vilo. A mi pobre madre, la emoción le había humedecido los ojos.

En cuanto a mí...

Por Dios santo, adoro a mi hermano, pero juro que nunca en la vida me había alegrado tanto de verlo aparecer.

Mientras el almuerzo se desarrollaba con el encanto de la novedad, especialmente a causa de todas las historias que Charles nos debía tras tan prolongada ausencia, yo me devanaba los sesos preguntándome si debíamos confiarnos a él haciéndolo partícipe de la sórdida historia de engaños y traiciones con los Astor. Lo conocía, iba a enfadarse muchísimo. Y si mencionábamos lo de la cicuta, lo más probable era que la emprendiera a golpes con nuestros invitados sin preguntar primero.

Entonces, no.

Mi hermano había vuelto al hogar después de muchos viajes, acudía a una boda, feliz y confiado, no a un duelo a muerte. No lo pondría en un aprieto. Esperaría un poco más, a ver qué resultados obtenía Arthur con sus pesquisas; si lográbamos localizar a los antiguos criados de lord Bermor, ellos serían una clave fiable que nos conduciría hacia la verdad.

Algo que no pasé por alto fueron los cruces de miradas entre Charles y lady Sarah. Gestos entre desconcertados e intensos. Diría que se gustaban, no se eran del todo indiferentes. Amagué una risita.

Por fin un poco de normalidad entre tanta tensión desagradable.

—Excelencias, mi primo y yo queríamos agradecerles su amable hospitalidad de todos estos días. —Philip Astor tomó la palabra—. Creemos que va siendo hora de librarlos de nuestra presencia.

Papá abrió la boca para protestar. No solo era un caballero abierto a recibir huéspedes en casa, también alguien que no admitía que se pusiera en un brete su cualidad de anfitrión. Pero, por desgracia, Charles se le adelantó.

—¿No piensan quedarse para la boda? Pensé que asistirían, a mi futuro cuñado le hará muy feliz que participen en tan júbilo acontecimiento, estoy convencido.

Victoria sonrió tensa, mientras yo me preguntaba de dónde diablos había sacado Charles aquella estupidez. Mi hermano me había salvado para, a continuación, arrojarme de cabeza al foso de los leones.

Gracias, Charles.

—Sería un enorme placer —se apresuró a aceptar Thomas—, aunque no queremos abusar del magnánimo asilo que nos han concedido.

—Tengo entendido que le salvó usted la vida a mi hermana, lord Bermor.

Mis ojos confundidos se dirigieron a Philip antes de percatarse de que quien había sido presentado como conde a mi hermano, era Thomas. Un inaudito embrollo que llevaba peor a medida que avanzaban los días. Sentí la tentación de ponerme en pie y gritar que él no era el verdadero conde, que no solo le había robado el título a su primo, también su identidad, hasta la mansión familiar. Que era un pirata al que había que arrojar a la calle como una mala plaga.

Eso, antes de caer en la cuenta de que ignoraba la verdad. Quién era el conde, quién mentía más de los dos. Y que no era precisamente Thomas el que estaba en posesión de la cicuta.

—¿Quién no habría hecho lo mismo estando en mi lugar, milord? —canturreó el deje empalagoso de Thomas, acariciándome con los ojos.

Mi hermano centró su atención en los rostros de todos. Miró a Thomas, luego a mis padres, finalmente a mí.

—¿Hay algo que me haya perdido?

—Bueno —se adelantó el duque conmovido—, es posible que tengamos alguna noticia que dar tras la boda de Victoria.

—No adelantemos acontecimientos, querido —recomendó mi madre, por primera vez prudente, dándole unos golpecitos en el dorso de la mano—. Charles, estarás cansado y tienes tanto que contarnos...

—Te noto... No sé, hermana, ¿ausente? ¿Extraña?

Charles me miró sonriendo cómplice desde su sillón preferido en la biblioteca, con una copa de brandy en la mano y una larga pierna cruzada sobre la otra.

—¿No andarás sufriendo un ataque de melancolía por no ser tú la novia? —aventuró jocoso.

—Charles, por amor de Dios...

—Siendo la mayor no sería nada descabellado.

—Me conoces, sabes de sobra que ese tipo de bobadas no me afectan. En absoluto.

—Pero ¿estás enamorada? ¿Es eso?

—Podría serlo. Aunque no de quien tú piensas —me atropellé al aclarar.

—No recuerdo haber pronunciado el nombre de ningún caballero. Todavía.

—Sí, claro, es solo que papá...

—Lo que papá pueda sugerir es una cosa y lo que yo, que como hermano que te conoce en profundidad, leo en tus ojos, es otra bien distinta.

Estuve a punto de explotar, olvidar todas mis contenciones y confesarme allí mismo, de rodillas. Mis pecados, los de Victoria, mis angustias y terrores. Mi vida pendiente de un hilo.

—Oh, Charles...

—Querida mía, ¿es posible que anden pensando en prometerte con un caballero mientras que tu corazón late por su primo pobre y peor situado?

«Si tú supieras...»

—No es tan simple, hay muchos más pliegues bajo la tela.

Charles se inclinó hacia adelante, seriamente interesado.

—Cuéntamelo, entonces.

—No puedo. No todavía.

—¿Adivino un misterio en curso?

—Algo así.

Se retrepó de nuevo, mucho más relajado.

—Siempre te gustaron los galimatías.

—Los que solo implicaban a la mente. Este me temo que abarca también sentimientos que no sé cómo gestionar.

—Eres inteligente, hermana, una de las jóvenes más listas y reflexivas que conozco. Te irá bien. Y si necesitas ayuda, ya sabes, como desde niños, te basta silbar.

Sonreí enternecida.

Solo podíairme bien si Philip resultaba ser inocente de todos los cargos. Me comportaba

como una necia: había un mensaje encerrado en mis sueños y lo señalaban como causante de todos mis males. Tenía entre sus pertenencias el veneno que me estaba matando y, sin embargo, mi aturdimiento era tal que, en lugar de ponerme a cubierto, vivía deseando fundirme en sus brazos.

Victoria

Me crucé con Winnie en un largo pasillo. Llevaba una bandeja en las manos y un primoroso servicio de té listo para consumir. Identifiqué sin lugar a duda la porcelana por su color. El juego favorito de Grace.

—¿Es para mi hermana? —Ella asintió—. Deja, yo se lo llevo.

La muchacha me cedió la bandeja tras un leve titubeo. Se me escapó una sonrisa.

—Tu resistencia te honra, Winnie, pero soy de total confianza, puedes dármela.

Los mofletes de la muchacha se encendieron como candiles.

—Ay, milady, lo lamento mucho, perdóneme. Está una tan confundida con todo lo que está pasando...

Le hice una seña muda indicándole silencio y discreción. Solo faltaba que nos pillara mi madre chismorreando y se destapara la caja de Pandora. Con la bandeja de plata ya segura en mis manos, me dirigí al dormitorio de Grace. Sin embargo, en un cruce de pasillos, cuando ya no divisaba a Winnie, Thomas Astor me salió al encuentro como si aguardara agazapado su oportunidad de atacar.

—¿Qué hace una dama como usted cargando con el servicio de té? ¿Es que no hay criados en esta casa?

—Muchos y muy eficientes, señor Astor —repliqué de mala gana—. ¿Sería tan amable de apartarse de mi camino?

—Permita que la ayude con el peso...

—Es ligero, muchas gracias. —Dibujé un grácil requiebro para escabullirme a su derecha—. Y delicado.

—Insisto, lady Victoria, yo debería...

Volví a esquivarlo, esta vez más nerviosa, y enfilé pasillo adelante.

—Está usted lisiado, ¿tan bien se siente que olvida que lo atropelló un carruaje?

—Mi pierna no es impedimento que me lleve a perder la caballerosidad.

Se me cruzó por delante abarcando todo el espacio con los brazos abiertos. En un segundo no supe cómo retirarme para que no me arrollara, sin que la bandeja se precipitara al suelo. Observé su torso inclinado sobre mí, sobre el té, y una suerte de movimiento sospechoso que bien podía ser producto de mi imaginación, pero...

—¿Qué ha hecho?

—¿Hacer? ¿A qué se refiere? —Arqueó las cejas con aire inocente—. ¿A ayudarla?

—¿Se puede saber qué clase de maniobra extraña acaba de hacer? ¡Ha echado algo en el té!

—Temo que haya visto visiones, milady. Solo intentaba descargarla del peso de la bandeja...

—¡Muéstreme las manos! —aullé un poco histérica.

—¿Las manos?

Tuve la impresión de que mientras se hacía el despistado y me obligaba a explicarme mejor, sus dedos bailaban en torno a sus bolsillos.

—Enséñeme las manos, enséñeme lo que lleva oculto en la levita.

Entonces sí, la plácida expresión de su rostro varió como de la noche al día. Crispado y enrojecido de furia se me echó encima, golpeó la bandeja y la porcelana saltó por los aires. No me molesté en tratar de sujetarla, al contrario, me deshice de las agarraderas y con las manos libres, acometí su vestimenta, palpando con desenfreno los pliegues de la ropa, los huecos ocultos bajo solapas y pestañas.

Si alguien me hubiera sorprendido en semejante situación, para mí no habría habido más salida que un convento. Estaba manoseando a un hombre sin el menor escrúpulo, inclinada sobre él, demasiado cerca su rostro del mío.

Eso sí, no había goce ni satisfacción alguna en aquella escena, los dos bufábamos como toros españoles que se embisten.

Por fin mis ágiles dedos dieron con lo que buscaban. Di un salto atrás para ponerme a salvo, levantando triunfante la botellita de cicuta en la mano.

—¿Qué es esto, señor Astor? ¿Quizá lo que acaba de verter en el té de mi hermana? Miserable, asesino...

Mis ojos se desviaron menos de un segundo hacia el suelo, donde taza, plato, azucarero y tetera se habían convertido en añicos mojados, seguramente impregnados en cicuta. Y ese imperdonable descuido por mi parte fue el que Thomas aprovechó en mi contra.

De ser él, yo habría recuperado el frasco de veneno y huido lejos, donde nadie pudiera alcanzarme, donde la versión futura de los hechos danzara entre su palabra y la mía, sin más prueba a favor o en contra.

Sin embargo, aquel hombre estaba claramente desquiciado.

Ideó otra cosa.

En lugar de ocuparse de la botella, sus manos se engarfiaron en mi garganta. Me traspasó su mirada de odio absoluto, vi en sus ojos el brillo de la muerte.

—Usted. No. Frustrará. Mis planes —barboteó—. No impediré. Que logre. Lo que quiero... ¡No!

Empezaba a verlo borroso. No sé a dónde fue a parar el frasco de cicuta, mis diez dedos estaban ocupados tratando de abrir aquel cepo mortal en torno a mi cuello. Mis pulmones me lanzaban llamaradas de ardiente dolor y noté una insoportable presión en los ojos, como si fueran a salirse de las órbitas.

Iba a morir.

Moriría a manos de la misma persona que, con tan mal juicio había contratado. Moriría sin haberme casado con Arthur, el amor de mi vida. Sin ser madre. Sin decirle a mi hermana lo mucho que la quería, ni pedirle perdón a mi padre por mis múltiples desatinos. Moriría...

La presión que Thomas ejercía sobre mi garganta desapareció de un plumazo. Y la siniestra energía que emanaba su cuerpo la retiraron con un tirón y un grito. No llegué a ver muy bien lo que ocurría, mis ojos magullados no acertaban a enfocar. Pero distinguí la silueta de Philip Astor emprendiéndola a puñetazos con su primo, implacable, maldiciendo sin ningún freno.

Caí de rodillas al suelo, sujetándome el cuello amoratado con las manos temblorosas. Respirar era algo horrible, igual que tragar cristales.

—¿Se encuentra bien, lady Victoria?

Philip estaba inclinado, sujetándome, ayudándome a no derrumbarme y solo pude ver a Thomas que escapaba escaleras abajo. No pude gritar como hubiera querido, pero señalé histérica al fugitivo con un dedo extendido.

Astor negó con la cabeza.

—Usted es más importante, milady. ¡Ayuda! Por favor, ¡ayuda!

Grace

Cuando me lo contaron no podía creerlo. Que mi hermana hubiera estado a punto de morir por culpa de un desalmado sinvergüenza al que habíamos abierto las puertas de nuestra casa, acogido en la familia. Y que encima hubiera huido.

Tras escuchar la breve versión de Victoria, el duque la envió a su alcoba, con el resto de nosotras para atenderla y hacerle compañía mientras el doctor llegaba, y se reunió con Philip y mi hermano en su despacho. A puerta cerrada. Nunca había visto su ceño tan fruncido por la preocupación, el tono de su voz tan grave y apesadumbrado. Había llegado el momento de la verdad, de desvelar todos los secretos que tan celosamente habíamos guardado... Para nada.

Cuando recibí aviso a través de una doncella, indicando que su excelencia reclamaba mi presencia en el despacho, supe que también tendría que declarar y reconocer mis culpas.

No puedo decir que no lo esperara.

Golpeé la puerta con los nudillos y entré tras oír la voz de mi padre, seria y autoritaria. Mi hermano Charles actuaba como testigo de piedra, sentado vigilante junto a la chimenea, imagino que para que nada se desmadrara o a papá no le diese un ataque de los suyos. En el butacón de enfrente, un taciturno Philip miraba los dibujos de la alfombra y sus propios dedos trenzados entre sí. Pero verme pareció insuflarle algo de vida. Le dirigí una mirada repleta de significado con la que le pedía mil perdones. Por no haberlo creído, por haber desconfiado de él. Por haber llegado a pensar que era capaz de envenenarme.

Solo le pedía al cielo disponer de ocasión para expresárselo en palabras.

—Siéntate —tronó mi padre, de pie apoyado en el quicio de la chimenea.

¿Cuándo lo había visto así de enfadado? Nunca.

—Vas a explicarme qué ha sucedido bajo mi techo, delante mismo de mis narices sin que ni la duquesa ni yo nos hayamos percatado de nada. Cómo es que tanto tú como tu hermana habéis mentido y corrido riesgo de morir. Cómo es que...

Se le agotó la voz y la respiración se volvió trabajosa. Abandoné mi asiento y corrí a su lado, reuniéndome con Charles y Philip para tomarlo de los brazos y conducirlo hasta su asiento. Una mirada furibunda dirigida a lord Bermor lo hizo recular y apartarse.

Solo los hermanos lo obligamos a sentarse.

—Papá... Por favor, papá, no te alteres.

—¿Cómo pretendes que no ocurra tal cosa? ¿Le has visto el cuello a Victoria? Tú llevas cicutas, ¡nada menos! en la sangre. Y todos estabais confabulados para que yo continuase en la inopia y aceptara en mi mesa a ese criminal...

Tragué saliva, notando sudorosas las palmas de las manos, devanándome los sesos queriendo averiguar cuánto sabía en realidad mi padre.

—Nadie conspiró contra esta casa, papá. Las cosas se nos fueron de las manos, el señor Astor...

—¿Cuál señor Astor? —rugió volviendo a ponerse colorado.

—El otro. Este aquí presente es lord Bermor. El auténtico lord Bermor —me atreví a afirmar sin tener realmente certezas a las que aferrarme.

El duque le lanzó una mirada desconfiada y ruda. Philip agachó la cabeza y yo me sentí fatal por él.

—No esperará que a estas alturas crea que este individuo es conde —exclamó papá, absolutamente fuera de sus cabales.

—Papá —lo amonestó Charles.

Bermor se había puesto en pie de un salto. Hizo una reverencia dirigida a mi padre. Rotunda y contenida.

—Excelencia, creo que será mejor que me marche. Ciertas cosas deben ustedes tratarlas en la intimidad de la familia.

—Siéntese ahí, joven. Usted no va a ninguna parte hasta que haya respondido a todas mis preguntas.

—Estaré en Bermor House, disponible para su excelencia en cualquier ocasión que considere oportuno reclamarme. No obstante, ahora creo que no es el momento.

—No esperará que permita que escape de la justicia como ha hecho el otro. Pienso dar cuenta a las autoridades, avisaré al alguacil —amenazó el duque congestionado de rabia.

Le alargué un pañuelo limpio para que se lo pasara por la cara.

—Papá, permite que lord Bermor regrese a su casa. Él también está afectado con todo lo ocurrido, lo ha pasado mal y seguro que es lo suficientemente honorable como para no huir —intervino mi hermano.

—A ninguna parte —reafirmó Philip con mesura.

—No crea que olvido que le ha salvado usted la vida a lady Victoria, muchacho —repuso mi padre algo más sereno—. Pero tampoco relegaré los engaños, la manipulación y la violencia que han desatado ustedes en esta santa casa. Algo con lo que no transijo ni transigiré nunca. Queda advertido.

Lo vi desaparecer con una dolorosa espina clavada en el pecho, porque su última mirada, triste y breve, me la había dedicado.

—¿Y bien? —me espoleó lord Gloucester al tiempo que ordenaba una valeriana.

—Nadie sabía que un primo jugador y arruinado había suplantado la identidad de lord Bermor, ni siquiera él, que se encontraba viajando —comencé con la boca seca—. Él... Philip...

—¿Cuál de los dos Philip?

—Este, papá, este Philip. El único real. No quería perjudicar a nadie, pensaba que el cortejo iba en serio y que yo... que yo estaba enamorada.

Mi padre me interrumpió con una exclamación jocosa, como si la idea de que yo me desposara con Thomas le causara risa. Me mordí la lengua para no recordarle cuánto le había gustado precisamente esa maldita idea y lo mucho que había fantaseado con llevarme al altar a entregarme al presunto héroe.

—Lord Bermor deseaba resolver la desagradable cuestión sin montar escándalos y sin que nadie saliera lastimado. Con un poco de suerte, alejar a su primo con una buena suma de dinero y recuperar lo que era legítimamente suyo.

—Una actitud muy prudente, debo decir —opinó Charles con templanza.

El duqueladeó la cabeza sin saber del todo si estar o no de acuerdo.

—Pero el otro señor Astor, ese... Thomas... Bueno, al parecer se encontraba demasiado a gusto rodeado de lujos y decidió pelear con uñas y dientes para mantener el estatus que había conseguido.

—¿Envenenándote? —aulló el duque como si tal cosa no le cupiera en la cabeza.

—Como fuera, papá. Manipulando nuestras voluntades, anulándome para que no pudiera enfrentarme a él o rechazarlo, que era lo que yo pretendía... Al parecer, Victoria lo descubrió en posesión del veneno y... El resto ya lo sabes.

Para cuando llegué a esa frase, el llanto me ahogaba y no era capaz de ver. Un silbido insoportable me estallaba en las sienes. Arrepentida, avergonzada de no haber confiado en mi padre antes, ocultando todavía el hecho de que Victoria buscó y contrató a Thomas para usarlo en su beneficio, me cubrí el rostro con las manos.

A menos que mi hermana me lo pidiera, esa parte de la historia jamás saldría de mis

labios.

—Grace, hermana, cálmate.

Charles se apoyó en el lateral de mi sillón, me rodeó los hombros con su largo brazo y me besó la frente. La doncella que traía la infusión para los nervios de mi padre salió del despacho con un nuevo encargo, esta vez para mí.

—Creo que todos hemos sido, de una forma u otra, víctimas de los tejemanejes de ese rufián —consideró mi hermano.

Era evidente que al bueno del duque había cosas que lo mortificaban mucho más. Tenía una nube oscura instalada sobre la cabeza.

—Mis hijas me han mentido.

—Lo sé, papá. Y no sabes cuánto lo siento —tartamudeé encogida de miedo.

—He alojado a un asesino, lo he sentado a mi mesa. Han estado a punto de estrangular a mi hija. Dos hombres se han enfrentado a puñetazos en la escalinata principal de Gloucester Manor. Requeriré la presencia de las autoridades y pondremos en busca y captura a ese individuo, Thomas, o como se llame. En cuanto al otro...

—Papá. El otro puede resultar perjudicado en el curso de la investigación si no consigue demostrar quién es —supliqué llorosa.

—Ese no es mi problema.

—Concédele tiempo, te lo ruego, déjanos unos días para que podamos buscar las pruebas que necesitamos.

Mi uso del plural tiró de su cuello como un resorte. Dejó de mirarse la punta de los lustrosos zapatos y me miró directo a mí.

—Prohíbo terminantemente que tú o tu hermana os inmiscuyáis de nuevo en este turbio asunto, Grace. Manteneos al margen o yo mismo me encargaré de que ese conde, si es que lo es, acabe con sus huesos en un calabozo.

—Arthur lleva un par de días tratando de localizar a sus criados de siempre, los únicos que pueden identificarlo.

Mi padre me repasó de pies a cabeza, como si no me conociera.

—¿Gray? ¿También habéis implicado a Arthur? ¿Yo he sido el único al que habéis mantenido *in albis*?

—A mí tampoco me han contado nada, papá —lo consoló Charles conteniendo la risa—. No debo de ser sujeto de confianza.

—¡Charles! ¡Acabas de llegar! —me defendí sin querer darle la razón que tenía.

—En cualquier caso, todo esto es tan irregular... Siempre fuimos una familia unida que se confiaba los problemas, que se prestaban apoyo.

—Por favor, papá, es importante. Lord Bermor no solo está buscando a sus criados, hay también unos documentos que prueban su identidad y que han desaparecido.

El duque se encogió de hombros con un expresivo «¡Ja!».

—¡Qué oportuno todo! ¡Qué conveniente!

—Sin que parezca que deseo tomar partido por ese caballero, Dios me libre... —volvió a abogar mi hermano—, debo mostrarme de acuerdo con su cautelosa búsqueda de la discreción, papá. Si toda esta extravagante historia se hiciera pública, ¿imaginas el escándalo?

—Estamos a un paso de Londres —refunfuñó el duque entre dientes, aflojando el nudo de su corbatín para respirar mejor—. Cualquier chisme que salte a la palestra correría por las calles de la ciudad antes del canto del gallo.

—Puede que no pongas la mano en el fuego por su identidad, papá, y lo entiendo, lo respeto después de nuestro censurable comportamiento. Pero ponla al menos por su prudencia. Permitamos que demuestre quién es —supliqué con un hilo de voz.

Tenía tanto en lo que pensar. Estaba allí, tratando de convencer a mi padre, ganando tiempo para Philip, cuando lo que deseaba era correr a cobijarme en mi dormitorio y poder analizar con calma todo lo ocurrido en las últimas horas.

Si Victoria no hubiera cazado a Thomas poniendo la cicuta en mi té, habríamos seguido pensando... yo habría seguido pensando que era Philip quien me envenenaba.

—Está bien —cedió de repente el duque—. Una semana. Ni un día más. Y solo porque no existe rincón de este planeta donde ese tal Thomas y tu Philip, si resulta no ser quien crees, puedan esconderse de un Gloucester. Lo juro por mis ancestros.

Philip

Me despedí de aquel despacho y de aquella mansión hermosa con el alma en un puño. ¿Cómo habíamos sido tan torpes? ¿Permitido que la situación se enquistara hasta el punto de no poder resolverla? Sonaba ridículo que un Thomas poseído por la violencia hubiera puesto un brusco y nefasto final a la aventura después de los riesgos que todos habíamos corrido para mantenerla oculta.

¿Qué iba a pensar el duque de nosotros? La persona que había agredido e intentado acabar con la vida de sus dos hijas pertenecía a mi familia, llevaba mi mismo apellido. Yo había consentido y cooperado en las mentiras con las que le vendamos los ojos. Jamás me perdonaría, no autorizaría que me acercase a Grace.

En cuanto a ella...

Pensar en Grace me provocó una ráfaga de agudo dolor. Le había hablado con los ojos, la había besado, dejé entrever lo importante que era para mí, pero quedaba claro que no lo suficiente, si ella había sido capaz de pensar que levantaría un dedo para causarle algún daño. Maldito fuera el carrusel de sentimientos confusos que me habían impedido sincerarme de un modo más abierto.

Debería haberlo hecho. Tuve ganas de golpearme la cabeza contra la pared. Debería haberlo hecho.

Grace

El fantasma de mi vida pasada debió decidir por fin que era el momento de mostrarme la historia completa. Pese a que el misterio de mi envenenamiento se hubiese resuelto en parte, la duda acerca de Philip no dejaba de corroerme. Podía no ser culpable de la cicuta, pero estaba claro que lo era de algo. Si no, ¿a cuento de qué participaba con tanta claridad en mi pesadilla? Se me había mostrado su rostro. La espada sangrante le pertenecía. Y tanto mi madre como yo habíamos muerto a hoja de acero. Poco más había que señalar. Y aunque Thomas también estuviera presente en aquel infierno, su papel no quedaba claro. Temía, temía mucho estar equivocándome de nuevo.

Al menos hasta aquella noche.

Sucesos que ya conocía desfilaron por mi memoria de forma acelerada: mi anciana madre enferma, nuestra paupérrima situación. El consejo de la mujer harapienta animándome a apropiarme de algo valioso del templo, mis manos sucias, llenas de callos apoderándose del cáliz de oro, el terror de pensar que me atraparían. Y luego aquellos golpes contra nuestra puerta. El preludio de una muerte segura. Una brutal llamada capaz de enloquecer a cualquiera en sus cabales.

A partir de ahí, la huida a ninguna parte.

Atravesando el bosque. Cayendo al suelo embarrado una y otra vez, sintiendo el mordisco de las piedras en las palmas de las manos.

Adentrándonos en el edificio de piedra helada.

Los soldados guardianes del templo rodeándonos. Y la orden de muerte contra mi madre. Emitida por... Thomas.

¡Era él!

Sus ojos nos miraban gélidos y malvados. Acababa de decir que la vida de una anciana no valía nada y condenado a mi madre. El movimiento de un soldado de pie tras ella acabó con su vida. Una espada corta. No la espada que esgrimía Philip.

Mi garganta se rompió con los gritos. No solo de horror, también mi juramento de venganza contra aquel ser aborrecible al que conocía de dos vidas. Y entonces llegó mi turno. El mismo Thomas sacó de su túnica un puñal y me lo clavó en el costado. Acompañando el acto con aquella sonrisa diabólica que no sería capaz de olvidar.

Y entonces...

Philip lo rodeó con un movimiento elegante y rápido. Fue su espada la que segó la vida de su superior. Era de Thomas la sangre que resbalaba por el filo manchado.

No mía.

Ni de mi madre.

Él no nos había dado muerte. Nos había vengado.

Desperté como si hubiera caído en picado desde las nubes. Y la oleada de inmenso alivio llenándome el pecho me dijo a las claras que, el que Philip fuera inocente de todo mal no era, sino la felicidad absoluta. Había temido sentirme atraída por él en un mero acto de rebeldía. Que la joven paciente, sensata, juiciosa y algo sumisa a las órdenes familiares que siempre había sido, hubiera decidido rebelarse amando a un hombre solo por ser un villano.

El caso es que no era así. Philip era noble, clemente y profundamente bueno. Tenía un corazón generoso y había intentado salvarme ya desde otras vidas. ¿Qué más podía pedir?

Me tocaba a mí salvarlo.

—¿Nada? ¿No te ha dicho nada más? —insistí con ansia.

Mi hermana negó con la cabeza.

—Solo me dijo eso, que tenía una pista relacionada con los criados de Bermor House, y él y sus hombres están buscándolos.

—¿Fiable? —concretó lady Sarah.

—Por lo visto, sí.

—Lord Montrose también ha descubierto en qué posada se aloja Thomas —aportó una emocionada lady Clara—. Deberíamos ir y registrar su equipaje antes de que se esfume. Recuperar los documentos de identidad del auténtico Philip Astor, en caso de que los tenga en su poder.

Asentimos y nos miramos entre nosotras. Todo aquello estaba muy bien, era un plan con mucha lógica, de no ser porque...

—¿Cómo vamos a entrar? —susurré casi sin fuerzas.

—Yo no tengo problema en colarme por la ventana. —La propuesta de lady Sarah nos

dejó boquiabiertas de asombro. Ella fingió normalidad encogiéndose de hombros—. Llevo toda la vida entrando a escondidas en las cocinas de todo el mundo para... atiborrarme por la noche.

—Entonces, yo tampoco —resolví con firmeza.

—Ni yo —nos apoyó mi hermana.

—Yo podría abrir cualquier baúl o arcón cerrado que encontremos. Aún no se ha inventado la cerradura que se me resista —expuso lady Clara.

Todos los ojos giraron enloquecidos y se centraron en ella. La duquesa de Montrose se ruborizó de forma encantadora. Agitó los dedos y se miró las uñas de las manos.

—En realidad, para no inducir a confusiones, debería contarles una historia... ¿Cuento con su entera discreción y su perdón por anticipado?

La increíble historia de lady Montrose, Clara York de soltera, nos dejó preguntándonos hasta qué punto podía una fiarse de las apariencias y cómo una noble de la más alta alcurnia podía cargar a sus espaldas un pasado de lo más escabroso que incluyera franqueo de puertas cerradas y relaciones con rufianes de baja estofa.

El caso era que, entre sus cualidades maestras con las ganzúas, la experiencia de lady Sarah entrando y saliendo clandestinamente de casas que no eran la suya, y la efusiva voluntad que Victoria y yo deseábamos poner en la misión, nada nos parecía fuera de alcance.

Salvo, claro está, zafarnos de la férrea vigilancia de nuestro padre para visitar el núcleo central de la comarca, donde estaba situada la posada, dado que nos había prohibido intervenir en aquel asunto de ninguna manera imaginable.

Una mentira más que añadir a la larga lista.

El pretexto fue el más simple que pudimos inventar, con la complicidad de Charles y del marqués de Gregshire: una jornada de compras en la ciudad. Lo que nos obligó a cargar con nuestras doncellas, a las que dejamos tomando té en un coqueto saloncito a la entrada a Colsontown.

Ya en la posada, pagamos a un mozalbete para que entrara y preguntase por Philip Thomas Astor, asegurándonos de que ambos nombres se ponían en juego, ya que ignorábamos cuál había utilizado el bandido para registrarse. El chicuelo regresó a los pocos minutos, alicaído y a la carrera.

—Lo siento, señoritas. Dice el posadero que hace varios días que no lo ve asomar el pelo.

Saqué una moneda de mi bolso y se la entregué al asombrado muchacho, que ya contaba con no cobrar un penique al no ser portador de buenas noticias. Los ojillos rasgados se le iluminaron como dos teas.

—¿Va a pagarme?

—Claro que sí. —Me agaché para ponerme a su altura—. Te encargamos una tarea y la has cumplido satisfactoriamente.

—Pero el hombre por el que preguntan no está...

—Has traído la información, que era lo importante.

—¡Gracias, señorita! ¿Se les ofrece algo más?

—Nada más —lo despachó lady Sarah—, puedes marcharte.

Nos habíamos cambiado los vestidos durante el trayecto, dentro del carruaje, y ahora más bien parecíamos criadas de una buena casa, sin más. La pretensión era entrar en la posada y

ocupar una mesa lo bastante discreta para decidir qué paso dar a continuación. Pero antes de posar un pie en el escalón de acceso, sentí un tironcito de mi falda llamando mi atención.

—¡Señorita! ¡Señorita!

Era el pequeñuelo que habíamos usado como mensajero un rato antes. Con una sonrisa de oreja a oreja y los ojitos brillantes.

—Sé qué cuarto tiene ese hombre que anda buscando.

—Al menos dos de nosotras deberían subir a la habitación y registrar todo lo que encuentren. Es probable que desde que se instaló en Gloucester Manor, tras el atropello, no haya vuelto por aquí.

—Entonces, ¿cómo se hizo con los documentos de Philip? Porque está claro que es él quien debe tenerlos.

—Puede que se lo encargara a algún delincuente callejero que ni siquiera sabía lo que robaba. Salir de la mansión estando malherido, no solo habría resultado difícil, también habría despertado sospechas —analizó juiciosa lady Clara.

Yo solo estaba de acuerdo en parte. La punta de mi dedo índice rascó el lateral de mi nariz.

—Me atrevería a jurar que no estaba tan lisiado como nos hizo creer. No en vano, parece que se movía por toda la casa, incluidas las cocinas, con cierta libertad. Al menos, la suficiente como para poner la cicuta en mis téis y en mis comidas.

—Eso es cierto —aseveró mi hermana repentinamente pálida.

—Además, según tengo entendido por el propio Philip, sus documentos no desaparecieron estando en Gloucester Manor, ya los había perdido antes de eso. Puede que todo se tramara y llevase a cabo antes del atropello.

—Que también podría ser un astuto montaje —dejó caer lady Sarah.

Todas asentimos convencidas de que no andaba lejos de la verdad.

—Hay que ser muy cretino para tramar una trampa en la que te juegas la propia vida —masculló Sarah en un susurro.

—Bien. —Lady Clara colocó con decisión su taza sobre el plato de loza—. Subiremos lady Sarah y yo misma. Aguarden ustedes aquí, llamaremos menos la atención y podrán avisarnos si sucede algo de importancia.

Victoria se puso en pie con un animado brinco.

—Yo también quiero subir.

Era evidente que la perspectiva de colarse por las bravas en un dormitorio ajeno la atraía como las moscas a la miel. Pero yo no iba a autorizar que se pusiera en riesgo más de lo preciso. Además, alguien debía quedarse allí conmigo, vigilando las entradas.

La agarré por la muñeca y de un tirón la obligué sentarse de nuevo.

—Te quedas aquí conmigo. ¿Quién las avisaría a ellas si las cosas se ponen feas?

—¿Eso qué significa?

No supe qué responderle.

—Lo que signifique, no seas terca, Victoria. ¿O es que en las novelas de aventuras los grupos no se dividen siempre?

—Si somos muchas, adiós anonimato —repuso lady Clara—. Fingiremos ser las doncellas de alguna dama hospedada si nos pescan con las manos en la masa.

¿Las manos en la masa?

¿Pescarnos?

¿Qué forma de hablar tan peculiar era aquella?

Mi mente no dejaba de recordarme que Clara Montrose era una duquesa con todas las de la ley. Y sin embargo, su desparpajo y aquella personalidad oculta que ahora estaba sacando a relucir, me tenían absolutamente fascinada. Sentía un remolino de calambres en el estómago, como un fuelle de chimenea, que me empujaba y me contagiaba brío.

A regañadientes, Victoria se quedó conmigo.

—No es justo, para una vez que podemos vivir un episodio emocionante...

—Victoria, tú no paras de saltar de emoción en emoción, tu vida entera es un espectáculo de equilibristas.

—Habría dado lo que fuera por ver a lady Clara manejando esas ganzúas.

—Ya habrá tiempo de demostraciones cuando no nos acucien las prisas ni el peligro.

—Todavía me cuesta creerlo... Todo lo que nos ha contado.

La miré pestañeando rápido. Desconcertada de pelo a pies.

—Y a mí, hermana. Y a mí, te lo aseguro.

Me empeñé en pedir otra ronda de té, pero ella prefirió vino con el que aplacar los nervios. No tuvo que repetirlo, me dejé convencer fácilmente. Aún estaba débil de mis incidentes de lucha contra el veneno y, en verdad, necesitaba algo que me calentase las tripas.

Mi hermana, que ya hacía mucho había decidido ser independiente y adelantada a los tiempos, no esperó a que el mozalbete que servía las mesas nos atendiera, se llegó ella misma al burdo mostrador a recoger los vasos y la botella, dejándome sola unos instantes. Los suficientes como para ver a Thomas Astor entrar por la puerta, con aspecto desaliñado, escudriñando los alrededores con gesto ansioso por si alguien lo descubría.

Desencajado, medio harapiento. Ni rastro del caballero elegante y sofisticado que siempre se había pavoneado, orgulloso de su apostura. Ni siquiera parecía él.

Lo distinguí de inmediato y mis ojos volaron hasta Victoria para hacerle una señal desesperada. Nunca como ese día agradecí la enorme complicidad y la fortaleza del vínculo existente entre nosotras. Acababa de girar sobre sus talones, con la botella de vino en una mano y dos vasos entre los dedos de la otra. Interpretó mi mueca frenética, miró hacia la puerta, reconoció a Thomas y volvió a girarse como un rayo, quedando de cara al posadero, de espaldas a todo lo demás, incluyendo al problemático Astor.

Mi corazón empezó a bombear a toda velocidad. Los engranajes de mi cerebro se movían deprisa, trazando una suerte de plan precipitado que impidiera, entre otras cosas, que Thomas subiera a su dormitorio y sorprendiera a Clara y Sarah en mitad del registro. Mientras mi mano derecha retiraba de la mesa la taza de Victoria, para que no desvelara que tenía compañía, con el rostro descolorido y un ademán mucho más inocente de lo que en realidad me sentía, levanté la otra mano y atraje su atención.

Encontrarme allí sería, seguramente, lo último que esperaba. Eso me gritó su expresión al crisparse, sus ojos desorbitados peinando lo que me rodeaba. Yo seguía sola en la mesa, esforzándome por componer la mirada más inofensiva que pude. Moví la muñeca hacia mí rogándole que se acercara.

Se lo pensó bastante, no fue una súplica que acatara al momento. Y conforme se acercaba, temiendo que fuera una trampa, no dejó de vigilar todos los ángulos como una fiera acorralada.

—Estoy sola, ¿es que no lo ve? Puede estar tranquilo, no voy a hacerle ningún daño —lo calmé en cuanto supe que podía oírme.

Se plantó de pie junto a mi mesa, con los labios apretados sin soltar ni una palabra, perforándome con los ojos, como queriendo leerme el pensamiento.

—He venido a buscarlo. Nadie de mi familia sabe que estoy aquí.

Bufó, supongo que sopesando si debía o no creerme.

—Haga el favor de sentarse. Tenemos que conversar de algo importante. Luego, si es lo que desea, podrá irse. No tengo cómo retenerlo.

Sin quitarme la vista de encima, retiró una silla y la pegó contra la pared. Al sentarse, su

espalda quedó prácticamente fundida con el muro, colocado en una posición desde la que controlaba a cualquiera que entrase por la puerta, no podía ser atacado por la retaguardia y tenía relativamente a mano una vía de escape.

Thomas Astor no era ningún aficionado, observé.

—¿Qué diablos hace aquí?

—Sé que lo que ocurrió con mi hermana no... no era su intención dañarla. Dado lo alterado del momento, posiblemente perdió usted los nervios, ¿me equivoco?

Se tomó su tiempo para responder, sin interrumpir, entretanto, la férrea vigilancia.

—Así es. Debo decir, aunque no tengo ninguna fe en que me crea, que lo lamento. Algo tan desafortunado... no debió suceder.

—Sin embargo, el veneno que usó conmigo fue algo premeditado y largamente planeado.

Desvió las pupilas inquietas hacia la puerta y luego volvió a clavármelas.

—Thomas... ¿Por qué a mí?

—Porque quería dejarme. —Se inclinó un poco sobre la mesa y habló entre dientes—. Iba a rechazarme cuando pidiera su mano, iba a destruir todos los avances que con tanta dedicación había conseguido.

—¡No! ¡Se equivoca! —Abrí mucho los ojos preguntándome qué decir a continuación—. Thomas, yo... yo albergo sentimientos por usted. Le... le amo.

Cielo santo. ¿Cómo había podido soltar aquella mentira sin que se me cayera la lengua al suelo? Era la primera vez que faltaba a la verdad con tanta desfachatez, mirándolo además a los ojos como si fuera cierto.

El caso es que surtió el efecto deseado. La inesperada confesión descolocó a Astor de tal modo, que no supo reaccionar. Yo alargué el brazo por encima de la mesa y le toqué tímidamente la mano.

—Se equivoca si piensa que es el único que empezó a sentir cosas, Thomas. Yo... no puedo explicarme las causas, pero pensaba mucho en usted. —Retiré la mano con recato. Él seguía boquiabierto—. Por eso lo he buscado sin descanso y he venido hasta aquí. Porque tenía que decírselo antes de que se marche.

—¿Cómo supo dónde buscarme? —Entrecerró los ojos al preguntar.

—Usted le echó en cara a su primo que, gracias a él, su única propiedad era ahora un cuarto en la posada de Colsontown.

Asintió despacio y descontento.

—Dos cosas están claras: que debo controlar mejor lo que digo y que ebrio se me suelta la lengua. ¿Lo sabe alguien más?

Miré un segundo hacia el corredor que conducía a las escaleras. Rezando porque a lady Clara y a lady Sarah no les diera por aparecer y dejarse ver en aquel momento. Enseguida batí mis pestañas, bajé los ojos al suelo y pasé de refilón por el mostrador, donde Victoria seguía de pie, alerta, espiándonos de reojo.

—No. Solo yo.

—¿Está completamente segura de lo que afirma?

—Sé que no cree lo que le estoy diciendo —proseguí—. Aunque no imagina lo que me cuesta abrirle mi corazón de este modo, después de todo lo sucedido. No tenía necesidad, Thomas, de usar eso...

—Le confesé mis sentimientos muchas veces. Y usted se rio de mí y se dedicó a pisotearlos sin el menor miramiento.

—Eso no es cierto. Usted no me confesó sentimiento alguno. Me confesó sus intenciones,

que es algo muy distinto. Y no es que fueran precisamente nobles, si me permite expresarme con sinceridad.

Hundió la cabeza en el pecho.

—Imponía su voluntad amenazándome con una pedida de mano, como algo espantoso que me haría sufrir, sin pararse a pensar que quizá me hiciera ilusión imaginarme en ese trance.

Lo vi tragar saliva. Pero se mantuvo tercamente callado.

—No hubo romanticismo, Thomas. Solo engaño, intimidación y coacciones. ¿Suponía que era la situación ideal como para que yo confesara mis sentimientos?

Soltó un largo resoplido.

—Entiendo que me odie. Hubo un tiempo en que fui tan honorable como mi primo Philip.

Lo pronunció tan despacio, con tanto sentimiento, que el corazón se me encogió de lástima. Me sorprendió que súbitamente la expresión de su semblante mutara, transformándose en una sonrisa casi sádica.

—Por fortuna esos tiempos pasaron. Hoy no se me ocurriría ser víctima de mi conciencia. ¡Escape conmigo!

Sentí que empequeñecía a causa del miedo.

—Eso no puede ser, señor. No ahora, después de haber intentado matarme.

—¡No tenía intención de matarla, por el amor de Dios! No con esas dosis. Además... — Me repasó con sospecha—. ¿No ha venido a decirme que me amaba?

El estómago me dio un vuelco. Me había metido de cabeza en la cueva del lobo y había cavado tan hondo que no sabía cómo salir. ¿Corría verdadero peligro?

—Eso es algo que carece de importancia dada la situación, Thomas. Huyendo en solitario, usted tiene una oportunidad. Si huyo a su lado, nos perseguirán hasta dar con nosotros. Podríamos escondernos en los confines de la tierra, el duque de Gloucester no se rendirá.

—Ahora me dirá que lo hace por mi bien —se mofó sarcástico.

Sus pupilas volvían a ser las de un halcón al acecho.

—Por protegerlo, sí, por eso lo hago. Si bien es absolutamente libre de creerme o no...

Estiró el brazo para capturar mi mano. No sé ni cómo adiviné su movimiento antes de que lo llevara a cabo, pude retirarla y ponerme a salvo. Y para mi total alivio, al fondo del corredor, al pie de las empinadas escaleras que conducían a los dormitorios, distinguí los rostros angustiados de lady Sarah y de Clara, sacudiendo las cejas en un bailoteo histérico.

Había llegado el momento de poner fin a toda aquella pantomima.

30

La pelea

—Márchese, Thomas, póngase a salvo antes de que sea demasiado tarde.

Sacar de mi pecho esa advertencia que podía salvar la vida de alguien que no lo merecía en absoluto, me costó una enormidad. Un nudo se me agarrotó a la altura del vientre y se retorció sin parar.

—Oyéndola cualquiera pensaría que sabe usted algo que a mí se me escapa.

—¿Como que no soy la única capaz de deducir que aún se encuentra usted en la comarca? ¿Como que pronto empezará una cruenta cacería en la que usted será la presa principal? Piénselo, Thomas, si yo lo he encontrado, otros pueden hacerlo.

—Debía recoger algunas cosas, esa es la razón de que volviera a la posada... —Se puso en pie de un salto—. Va a acompañarme, Grace, quiera o no. ¡Andando!

Me tomó del brazo antes de que pudiera escabullirme y tiró de él hacia arriba, hasta que para compensar el dolor, abandoné la silla. Sus violentos ademanes no parecían llamar la atención de nadie en el establecimiento, salvo de mi hermana y mis amigas que, por motivos obvios, se mantenían en la sombra. Tratar a una mujer como si fuese una bestia era moneda de cambio habitual en algunos ambientes.

Y yo había ido a parar al centro de uno de aquellos infiernos.

—Sea juicioso, Thomas —le rogué con los ojos húmedos. Ya no hacía falta fingir—, van a perseguirnos hasta el fin del mundo, mi padre no dejará piedra sin remover hasta encontrarnos...

—Porque ignora lo experto que soy en esconderme.

Barrí con desesperación la mesa y solo me topé con una tetera de loza basta y pinta robusta. La agarré con fuerza y traté de golpear con ella a Thomas en el centro de la frente. Sin embargo, el muy truhan esquivó el ataque con un rápido giro de torso y me miró con intenso odio. Su mano abierta se levantó en el aire dispuesta a descargar una temible bofetada sobre mi rostro.

—¡Suéltala ahora mismo!

Philip apareció de la nada y no llegó a culminar la frase antes de lanzar su puño apretado contra la mandíbula de Thomas. El cepo que aferraba mi codo se liberó y Thomas trastabilló varios pasos hacia atrás.

Su primo se interpuso entre él y yo, haciendo de escudo protector, abriendo el pecho en un evidente gesto de desafío.

—Aquí tienes lo que tanto tiempo llevabas esperando. La oportunidad de vengarte de mí, ¡sal fuera y pelea como un hombre! —lo retó Philip con los ojos inyectados en cólera.

Un estremecimiento me bajó serpenteando por la espalda. Nunca lo había visto tan

dominado por la ira. Quise articular su nombre, pero mi corazón golpeando contra las costillas me cortó la respiración.

De pronto, todos los parroquianos presentes en la posada estaban pendientes de la pelea que parecía a punto de desencadenarse. Incluso hubo quien empezó a jalearse a los contendientes.

Thomas se frotó la mandíbula en la zona del golpe y atravesó a su primo con una mirada maliciosa.

—Siempre fuiste un arrogante, conde. Sintiéndote por encima del bien y del mal solo porque tu padre nadaba en monedas y buenas influencias.

—No tienes nada que reprochar a mi familia. Mi padre te acogió bajo su tutela y te trató igual que a un hijo.

Todo el afecto que Philip hubiera sentido por su primo alguna vez estaba a punto de esfumarse, estallando en pedazos como una pompa de jabón. Lo agarró por las solapas y lo empujó hasta sacarlo fuera del establecimiento. Los feligreses y viajeros detenidos por casualidad, encantados con la perspectiva de un enfrentamiento, los siguieron en tropel, arrollándose con su caos. Victoria aprovechó la confusión para acercarse y sujetarme por la muñeca.

—¿Estás bien, hermana?

A modo de respuesta le palmeé el dorso de la mano. Estaba tan impresionada que apenas si podía tragar. Enseguida, lady Sarah y la duquesa se reunieron con nosotras, un poco desquiciadas, pero felices.

—¡Los tenemos! —anunciaron en un siseo excitado— ¡Los documentos!

—Hay que decírselo a Philip.

—Me temo que lord Bermor está ocupado en otros menesteres —dijo Clara con el ceño fruncido.

—Deberíamos marcharnos antes de que acudan las autoridades —apremió Victoria—. Tarde o temprano aparecerá alguien que va a reconocernos pese al disfraz. No podemos tensar más el hilo con papá.

Traté de ver lo que ocurría fuera, a través de la rendija de la puerta. Resultaba difícil con tanta gente agolpada, aclamando con los puños levantados en el aire. Me costaba la misma vida desaparecer dejando allí a Philip, probablemente en un aprieto serio si parecían los representantes de la ley y los amonestaban por alteración del orden. Thomas sería un maleante, pero él no dejaba de ser un conde cuya reputación debía mantener, a ser posible, impoluta.

Lo último que acerté a ver antes de que mis amigas y mi hermana me metieran a trompicones en un carruaje, fue a Thomas tumbado de espaldas en el suelo y a Philip a horcajadas sobre él, golpeándolo sin piedad.

Cerré los ojos y me encomendé a los cielos.

Que le prestaran la sensatez suficiente como para irse de allí antes de cometer un acto del que se arrepintiera el resto de su vida.

Aparecimos en Gloucester Manor nuevamente vestidas con nuestras lujosas ropas y el corazón helado. Nos refugiamos en el saloncito de música, pedimos que nos sirvieran tisana para los nervios, simulamos que era té y fingimos llevar allí mucho más rato del real, cuando aparecieron los duques.

Venían acompañados de mi hermano y del prometido de Victoria. Arthur Gray nos miró

y sus ojos proyectaron un mensaje colmado de urgencia.

—¿Te apetece una partida de ajedrez contra lady Clara? —propuso una jovial Victoria—. Te advierto que es difícil vencerla.

—Por descontado —sonrió lord Gregshire—. Acepto el desafío.

—¿Puedo quedarme a mirar? Seguro que aprendo alguna estrategia novedosa —apuntó Charles ilusionado.

No sé si la planificación del ocio era una treta para aburrir a mis padres, pero se acabaron yendo. En el salón solo nos quedamos los jóvenes, que corrimos a reunirnos alrededor de la chimenea en cuanto nos concedieron la deseada intimidad.

—Tenemos los documentos de identidad de lord Bermor —anunció una exultante Clara.

—Y nosotros hemos encontrado al viejo mayordomo de la casa, a un mozo de cuerdas y a dos criadas —se regocijó Charles con un brillo entusiasmado en las pupilas.

Todos lo miramos sin salir de nuestro asombro.

—¿Hemos?

—Vuestro hermano..., mi futuro hermano ha sido de inestimable ayuda —expuso Arthur rodeándole los hombros con el brazo.

—La nuestra ha sido una interesante colaboración. Deberíamos abrir un despacho y que la gente nos pague para que resolviéramos sus cuitas y sus misterios —sonrió Charles.

—Tú conténtate con ser el próximo duque de Gloucester —lo desencantó Victoria—, no te faltará trabajo.

Mientras mi hermana hacía prometer a lady Clara que le contaría lo de las ganzúas con pelos y señales, contuve un instante la respiración. El temor a que las noticias no fueran buenas me ahogaba el pedrusco atascado en mitad de la garganta.

—Y... ¿qué han dicho esos sirvientes respecto de Philip Astor?

—Por fortuna, el mayordomo conserva con mucho afecto un retrato de su señor y nos lo ha mostrado. Lo quería como a un hijo, prácticamente lo ha criado.

—Y... ¿coincide...? —pregunté temerosa a Arthur.

—Coincide. Por lo visto, Thomas Astor se presentó en Bermor House, donde lo conocían como primo del dueño, y aprovechando que Philip se encontraba de viaje de negocios en las colonias, se invistió de una autoridad de la que carecía y los despachó a todos. Alegó que eran órdenes de lord Bermor y aunque algunos lo pusieron en duda, no había nada que pudieran hacer para oponerse al despido y desmantelamiento.

—Creemos con fervor que todo va a solucionarse de la mejor manera —nos animó Charles sin perder la calma.

La historia sonaba a tragedia y no obstante, actuó de bálsamo en mi corazón abrasado. Tuve ganas de llorar a gritos mi alivio porque se confirmase su versión y Philip fuera quien decía ser, al tiempo que me invadía un terrible vacío con el nombre de su ausencia.

Se había marchado. El hombre que me salvó en el pasado se había marchado de mi futuro.

Probablemente para no volver.

Arthur y mi hermano tratarían de entrevistarse con él, le devolverían los documentos de identidad, sus criados llamarían una vez más a las puertas de Bermor House a reconciliarse con su señor y sus labores de siempre. El universo de Astor se reconstruiría, para él todo volvería poco a poco a la normalidad. Pero en mi caso, algo importante, vital, se había desgarrado y roto.

No sabía cómo recomponerlo. Ni cómo seguir viviendo sin tenerlo cerca. ¿A qué podía aferrarme cuando la herida de su desaparición hacía que me faltara el aire? Su recuerdo me mantenía en vela y así sería hasta el día lejano en que lograra olvidarlo.

En los días que siguieron al vergonzoso episodio de la posada, recibí los ánimos y el consuelo de mis amigas de Londres y de mi hermana, las miradas compasivas de mis padres, ignorantes de todo lo ocurrido, pero convencidos ya de quién era el auténtico conde de Bermor y de que quizá, unos sentimientos míos no correspondidos giraban en torno a él. Nada lograba borrar el abatimiento que me consumía. Aguardaba devorada de impaciencia la vuelta de Charles y Arthur con noticias acerca tanto del desenlace de la pelea, como de su posterior entrevista con Astor.

Nos reunimos en la biblioteca, ante un fuego que no lograba calmar mi gélido interior. Charles carraspeó aclarándose la garganta. Estuve a punto de gritar de frustración por tanto preámbulo.

—Santo cielo, Charles, habla ya, vas a matarme con tanta preparación.

—¿Es que ha sucedido algo malo? —se interesó Victoria encogiéndose en su diván.
—Parece ser que el enfrentamiento entre los dos Astor acabó de la peor manera.
—¿Cómo dices? —me inquieté imaginando el más terrible desenlace— ¿Salió herido?
—Yo diría que de la manera menos digna —concretó Arthur sirviéndose una copa—. Thomas Astor huyó del lugar corriendo despavorido, vapuleado por los puñetazos de su querido primo. Y lord Bermor le permitió el escape sin mover un dedo por retenerlo.
—¿Detuvieron a alguien? —se interesó lady Sarah con un hilo de voz.
—Todo quedó como un incidente entretenido y sin trascendencia —explicó mi hermano—. Dado que nadie reparó en la identidad del conde, no hubo males mayores que lamentar. Me llevé la mano al corazón, que latía desaforado.
—Menos mal. Y... ¿Lo habéis visto? ¿Tuvo lugar esa reunión en la que debíais devolverle...?
—Sí. Sus documentos de identidad, comprobados y perfectamente legales que, espero, de ahora en adelante, guarde con mayores cautelas. Sus criados ya estaban de vuelta, cada cual en su puesto. Debo añadir que lord Bermor nos está eternamente agradecido —resumió Arthur tomando asiento junto a Victoria.
Ambos entrelazaron sus manos de forma instintiva y mis ojos hambrientos persiguieron el detalle con desconsuelo.
—¿Está...? ¿Es... feliz? —me atreví a preguntar pasados unos instantes.
Arthur y Charles cruzaron sendas miradas significativas que no tuve energía para descifrar.
—Yo no diría que lo es —repuso contundente Arthur.
—Te ama, Grace, y eso lo hace sufrir —añadió mi hermano—. Sabe que nuestro padre no disculpará su comportamiento, su complicidad en este juego de engaños, los crímenes de su primo... Al fin y al cabo, ese indeseable lleva su misma sangre.
—Culparlo por los desmanes de un familiar es una tremenda injusticia —se rebeló lady Clara.
—Por supuesto que lo es. Ahora, si es capaz, convenza de ello a un anciano de la antigua estirpe Gloucester. —Charles se encogió de hombros con resignación.
—Todos cometimos errores —confesó Victoria compungida—. Nos equivocamos en muchas cosas, pero ninguna es irreversible. Deberíamos poder recomenzar.
—Lord Bermor no dará el paso —aseguró Charles—. Por más que el tormento le cueste la vida. Nos respeta demasiado como para hacerlo.
Todos los ojos se volvieron hacia mí. Alcé la cabeza con sorpresa, un poco confusa.
—Te toca hacerlo, hermana. Ve a buscarlo.

Philip

Un carruaje con el blasón de la casa Gloucester se detuvo a las puertas de Bermor House. Lo divisé desde el ventanal de la biblioteca, donde estaba sentado frente al fuego, en la sola compañía de un brandy añejo, ausente y perdido entre las llamas. Una instintiva llamada tiró de mí y me impulsó a posar el vaso en la mesita auxiliar, levantarme y caminar hasta la ventana

alargada.

Miré la calle. Sombria, invernal, pero bulliciosa, plena de carruajes en movimiento y gente de compras. Hacía una semana completa que no ponía un pie fuera de la mansión familiar y solo accedí a recibir la visita de Charles Wellfly y de su futuro cuñado, lord Gregshire. Con ellos llegaron, para bien de la tranquilidad que me faltaba, los documentos que Thomas había sustraído y que probaban mi identidad como verdadero conde de Bermor. Apenas presté atención a sus palabras, los ojos castaños del futuro duque de Gloucester me recordaban demasiado a los de su hermana. Dijeron algo como que las autoridades habían capturado a Thomas y que pasaría el resto de su vida en una prisión en Escocia.

La verdad, no es que me importase demasiado. De contar con la certeza de que no retornaría para dañar a nadie, hubiese preferido que huyera cruzando el océano. Lo triste del asunto era que el alma de mi primo se había corrompido de tal modo que parecía absolutamente incapaz de llevar una vida honorable. La estafa contra los Gloucester no era el único delito pendiente en su interminable lista de crímenes.

Quizá fuera mejor una celda. Para bien de los demás y de su propia conciencia.

Luego, los dos caballeros abandonaron Bermor House sin que yo fuese capaz de preguntar por Grace. La interrogante que me quemaba en la boca, el ansia que se escapaba por mis ojos. El recuerdo con el que respiraba.

La mujer a la que había ido a advertir, convencido de que participaba de buen grado en el cortejo con Thomas y de la que me había prendado nada más verla.

Y la oscuridad volvió a cernirse sobre mí, mi hogar y mi existencia completa.

¿Cómo era posible que todo hubiera perdido el brillo pese a haberse solucionado? Era más feliz cuando temía en cualquier momento un infortunio, que ahora.

Porque entonces la tenía a ella.

Por eso, cuando reconocí el escudo en la portezuela del carruaje, mi corazón dio un triple salto mortal. Con el golpeteo inmisericorde contra las costillas, me juré que mantendría la serenidad y volví a sentarme frente a la chimenea. Como si no esperara que mi vida girase ciento ochenta grados alrededor de un sol de bucles color caramelo.

Mi mayordomo anunció la visita y aspirando grandes bocanadas de aire para que la voz no me temblara, dije que la hiciera pasar. Aguardé de pie, con las manos enlazadas a la espalda y el semblante reposado. Loco por tenerla entre mis brazos.

Rezando porque yo fuera la razón que la había traído hasta allí.

Estaba más bonita que nunca. Luminosa y radiante, aunque pálida y algo temblorosa. Mientras yo me debatía decidiendo cuál sería la forma más correcta de recibirla, Grace se precipitó a mis brazos. La acogí con desconcierto primero, alborozado a continuación. Tanto que mis brazos la rodearon con fuerza, mis manos se abrieron para aferrar sus costados y la estreché y pegué a mí como un órgano vital sin el que la vida se extingue.

—Oh, Philip, estás bien, estás bien —musitaba en una letanía angustiada—. No quería irme de la posada, no quería marcharme sin saber qué había ocurrido entre vosotros, pero...

—Shhh... —La acuné amoroso, dueño por un instante de la calidez que desprendía aquella silueta grácil y esbelta.

La separé lo indispensable para leerle el rostro. Los ojos conmovidos, los jugosos labios entreabiertos que parecían llamarme. Mi pulso emocionado se saltó un latido. Cuando mis manos rodearon el óvalo de su cara, el tacto de la piel sedosa me envolvió por completo. Clavé mis pupilas en sus ojos llorosos y uno de mis pulgares resiguió el perfil de su labio inferior fundido de deseo.

—¿Tú estás bien? Eres lo único que importa.

Asintió con un cabeceo tímido y encantador. Apoyó las dulces manos en mi pecho, noté su presión deliciosa y necesité besarla con urgencia.

—Un poco débil aún. Pero ahora que ya sabemos que era cicuta, el doctor me ha preparado unas medicinas, específicos en los que confía. Funcionarán.

—Vamos a sentarnos. ¿Quieres tomar algo? ¿Cómo es que has venido sola? —la atropellé a preguntas—. ¿Lo sabe el duque?

—No, no lo sabe. Pero lo saben todos los demás, incluida la duquesa.

Era una suerte de consuelo. Tomamos asiento frente al hogar, con las manos entrelazadas y la mirada enternecida. Quería quedarme con ella para siempre, convertirla en la señora de mi casa, que Bermor House fuera, en adelante, su nido y el mío. Y el de nuestros hijos.

—Al final, los Wellfly y allegados hemos terminado creando una suerte de comunidad laboriosa que trabaja a nuestro favor —informó en un susurro emocionado.

Suspiré hondo.

—El duque no imagina cuánto lamento haberlo decepcionado.

—¿Por qué no viniste a verme?

Su pregunta me sonó a reproche.

—Grace, ¿puedo ser franco por completo?

—Desde luego que sí —me animó con afán.

—En mi mente era sencillo confesarte cómo me siento. Todas las veces que lo pensaba me parecía. Ahora no encuentro las palabras. Baste decir que me conformaría con ser digno de ti.

—Philip.

—Es que me duele. Me duele verte y saber que no te tendré jamás.

—¿Por qué...?

La callé poniéndole dos dedos sobre los labios.

—Tu padre no lo permitiría. Me guste o no, he sido parte de una horrible conspiración, es inútil resaltar si era más o menos consciente de lo que estaba sucediendo. Mi deber fue, desde el principio, exponerle la situación en crudo al duque, explicarle que intentaba recuperar mi identidad y mi título. Y en lugar de eso, tratando de no perjudicar a quien no era más que un desgraciado, miserable villano, permití que le abriera los brazos y lo acogiera bajo su techo en una repulsiva maraña de mentiras. El duque no me perdonará. Yo mismo no voy a perdonarme. Y eso que...

—Que... —me instó a continuar.

La boca se me había quedado repentinamente seca.

—Que estando contigo soy mucho mejor persona. Mejor de lo que creí llegar a ser en mis momentos más lúcidos. Más fiel a los principios nobles y a mí mismo.

—Philip, te amo.

Entrecerré los ojos.

A continuación, dejé que mi instinto tomase las riendas y la abracé con ansia, una mano en su espalda, sobre la curva de la cintura, otra en la nuca.

—Yo también te amo, Grace. Sé que no sobreviviré sin ti.

—Que haya venido sola hasta aquí te dará una idea de que también sé lo que quiero. Escapemos a Gretna Green.

Me tensé al oírla.

Era una propuesta descabellada y loca. Lo suficientemente disparatada como para que sus padres no volvieran a mirarme a la cara. El caso es que, maldita sea, quería aceptar. Ansiaba decirle que sí, que viajáramos a Escocia aquella misma tarde para que un herrero frente a un yunque escuchara nuestros votos y nos hiciera uno para siempre.

Solo que un comportamiento así no podía calificarse de honorable. Y sería una piedra más en la inmensa montaña de errores que ya acumulaba.

—Sé que es una oferta irracional, digna únicamente de la audacia de mi hermana Victoria. Que la dama seria y sensata que me enseñaron a ser no se plantearía jamás, antes muerta. Pero ya no soy la que era, Philip. En realidad, he descubierto que tengo cierto amor al riesgo, necesidad de emoción y aventura escondidos en lo más profundo de mí. Y solo salió a relucir con esta historia absurda por la que la vida nos ha hecho transitar.

—Fugarnos... No podemos hacer algo así, amor mío.

—¿No deseas convertirte en mi esposo?

—¿Cómo no voy a desearlo? Enfadaríamos al duque de un modo terrible, ¿es que no lo entiendes?

Grace se mordió el labio inferior y el gesto estuvo a punto de hacerme perder la cordura.

—Pero no tendría más remedio que aceptarlo. Y perdonarnos.

—Preferiría presentarme ante él de un modo menos reprochable... Grace, Grace, por amor de Dios...

Se había inclinado hacia mí hasta que mi espalda chocó con el respaldo del asiento. Y siguió dejándose caer hasta quedar casi en horizontal, sus curvas sobre mis ángulos. Buscó mi boca, le facilité el camino para que la encontrara. Yo mismo me apropié de la suya con un hambre imposible de saciar. Conforme transcurrían los segundos, el beso se iba haciendo más osado, más profundo.

Estábamos a punto de cruzar una línea sin retorno.

—Llévame a tu cama —me pidió.

No podía creer lo que estaba oyendo. Sin dejar de ser una buena alternativa a Gretna Green, ¿cómo le explicaba yo a su padre semejante atrevimiento? Deshonrarla era lo último que se me pasaría por la cabeza...

¡Un momento!

Iba a hacer de aquella mujer mi esposa, aunque tuviera que enfrentarme al mismo rey. Si no pensaba permitir que otro hombre la tocara, la rozara ni de lejos, ¿qué teníamos que perder? Era una forma de cerrar bien fuerte el broche de nuestra unión.

La tomé entre mis brazos y me negué a pensármelo dos veces.

El fuego que ya ardía entre nosotros antes de haber despachado la ropa merecía un homenaje por todo lo alto. De modo que subí de dos en dos los escalones, con ella en volandas, sin importarme el riesgo de cruzarme con algún criado, atravesé el ancho corredor que conducía a mi alcoba y abrí y cerré a nuestra espalda la puerta, de una patada y un taconazo.

Respectivamente.

La acomodé en el lecho sin dejar de mirarle la boca. Y el pequeño lunar que me tenía absolutamente desquiciado. Volví a besarla, asolé su boca sin tregua, hasta el rincón más diminuto. La noté retorciéndose bajo mi peso y me pregunté cómo de delicioso sería el momento en que, libres de las telas de nuestra vestimenta, las pieles se encontraran por primera vez.

Aquello era una hoguera desmedida que solo podía apagarse de un modo. No me hizo falta el sentido de la vista para desnudarla. Me guiaron sus gemidos, la suavidad de los lazos que iba desatando. Conforme la liberaba de las capas de seda, apreté contra ella mi cadera, sorprendido de la dureza de mi miembro, a punto de romperme los pantalones.

Las manos de Grace ya habían desenredado mi corbatín, entraron por el hueco del cuello de la camisa y rodearon mi cuello hasta recabar en la nuca.

La habitación se llenó de suspiros y sin que los besos se interrumpieran, los dos acabamos completamente desnudos, entrelazados como dos hebras de hiedra tierna.

Los brazos de ella por encima de su cabeza. Sus dedos enredados con los míos. Las caderas, sexo contra sexo, empujando con la avidez del deseo insatisfecho.

—¿Estás segura, Grace? Solo tienes que decirme que me detenga.

—No encontrarás en el mundo otra cosa de la que esté más segura —jadeó entre mordisco y mordisco.

Bajé a buscar sus pechos.

Los amasé con deleite, mordí y succioné sus pezones, retorciéndolos entre mis labios y mis dientes para arrancarle aquellos gemidos de placer que traspasaron mis oídos y me supieron a gloria.

Mis besos siguieron su camino en descenso, buscando su jugosa intimidad, pasando por

el delicioso ombligo y la curva de sus caderas. Me anclé a ellas antes de acomodarme entre los sedosos muslos y aspirar a fondo el aroma de su piel.

—Oh, Grace, esto es...

—Dime qué es, qué sientes... —murmuró entre suspiros—. Dímero.

—Es... increíblemente bueno.

—No pares, Philip, no pares. ¡No se te ocurra parar!

Eso fue lo que me ordenó entre gemidos cuando aparté la seda de su ropa interior y pasé una primera vez la lengua por su sexo. Cálido, suave, con sabor a mordisco celestial. Las caderas de Grace se alzaron antes de arquearse buscando incrementar la presión contra mi boca. Separé ligeramente los pliegues con las yemas de los dedos para tener mayor acceso a aquel tesoro.

¿Cómo podía saber tan delicioso?

Me habría quedado allí mismo para la eternidad. No me habría importado si alguien paraba el tiempo y me condenaba al triángulo entre sus muslos para el resto de mi vida. Me dejé guiar por sus jadeos y pronto, mis labios sedientos de ella, mi lengua, mis diez dedos, ya no solo lamían, besaban, chupaban el centro de su placer: también la cara interna de sus muslos, su largura anterior, la zona de sus caderas. Mientras mimaba con atrevidas caricias su piel erizada, uno de mis dedos se adentró en sus cálidas entrañas anticipándose a lo que llegaría luego.

—¿Te hago daño? —susurré sin dejar de masajear su interior.

El largo jadeo ronco con el que me respondió derribó mis barreras. Tras ese dedo siguió otro y Grace, cuya carne ardía como las llamas de nuestra chimenea, encadenó dos brutales orgasmos que nos catapultaron al cielo.

A ambos.

Yo estaba a punto de explotar y verla alcanzar el clímax de aquella manera fue el mejor de los regalos.

Sin darle tiempo a reponerse, mucho menos a arrepentirse, me coloqué sobre ella. Le acaricié los mechones de pelo color caramelo que caían sobre su frente. Me deleité con el rubor intenso de sus mejillas tras el placer y el modo en que brillaban sus ojos. Tenía los labios hinchados por tantos besos.

—Santo cielo, ¡qué hermosa eres!

Su delicada mano rozó mi mandíbula y volvimos a besarnos como dos locos que no saben dónde está el final.

Entonces inicié el lento camino que nos conduciría a la cúspide. Susurrándole entre besos y mordiscos que solo tenía que decirme que parara. Pero Grace apretaba más su abrazo, sus uñas clavadas en mi espalda, se retorció y cada fibra de mi ser gritó de goce poseyéndola.

El deseo se desbordó como un río caudaloso sin diques ni contenciones. Cuando lentamente entré en ella, pendiente de sus gestos, de cualquier asomo de dolor, dispuesto a parar si era necesario, nuestros gemidos incendiaron la alcoba. Bebíamos los jadeos directamente de la boca del otro y, como si lleváramos haciéndolo toda la vida, nuestros cuerpos se ondularon a la par buscando un placer que no tenía intención alguna de huir.

Entre dientes suspiramos nuestros nombres y los dos nos derramamos con un

interminable gemido de agonía que era a la vez, una promesa de amor eterno.

Tras el último clímax quedamos exhaustos, abrazados, aguardando a que la respiración se acompasara, leyendo en el rostro del otro una felicidad a la que era imposible poner nombre.

—La amo, lady Grace —susurré con dulzura junto a su oído—. La amo con desesperada necesidad desde el primer día en que la vi.

—Aunque el temor y la desconfianza vendaron mis ojos por un tiempo, debo decir que me ocurrió otro tanto. Philip, ¿qué vamos a hacer ahora?

Antes de que pudiera responder que me enfrentaría al mismísimo Lucifer con tal de hacerla mi esposa, unos golpes apresurados en la puerta cortaron de cuajo la mágica atmósfera que flotaba en el dormitorio. Agucé el oído sin contestar.

Los golpes se repitieron. Y mucho me equivocaba o se trataba de mi mayordomo. Conocía aquellos golpecitos rítmicos y nerviosos, como si le escociera interrumpir.

En aquel preciso momento, no podía estar más de acuerdo con él.

Juguetona como una cría, Grace se ocultó bajo las gruesas mantas hasta desaparecer por completo de la vista. Demasiado cerca de mi entrepierna, que ya empezaba a reaccionar por el osado cosquilleo de su aliento.

Carraspeé un poco histérico.

—¡Adelante!

Mi mayordomo entró de espaldas para no ver a quién tenía en la cama. Como si no lo supiera. Contuve la risa.

—El duque de Gloucester desea verlo, milord.

Me senté de golpe en la cama. Bajo el cúmulo de mantas y colchas bordadas, la mano de Grace apretó mi muslo a la altura de la ingle.

—¿Está aquí?

—Esperando abajo, milord. En el saloncito de recibir. Le he servido un brandy, pero su excelencia lo ha rechazado.

—Dígale que enseguida bajo.

Al mismo tiempo que la gruesa puerta de mi habitación se cerraba, Grace brotó de debajo de la ropa de cama con el cabello deliciosamente alborotado. La habría tomado allí mismo de nuevo. Desgraciadamente, no estaba la situación como para festivales.

—¿Lo has oído?

—Mi padre está en tu casa.

—Tengo que bajar a recibirlo.

—Bajaré contigo.

Me tensé al punto de romperme.

—¿Has perdido el juicio? Si te ve aquí estamos perdidos...

—Has dicho que enfrentaremos la situación —me espetó a la cara, como si me hubiera echado atrás.

Nada más lejos de la realidad.

—De un modo más sutil, Grace, no podemos presentarle la cruda realidad sin preámbulos ni un mínimo de preparación.

Salté de la cama mientras hablaba, busqué desquiciado mi ropa desperdigada por el suelo y me la fui poniendo. En menos de dos minutos estaba listo y solo mi cabello algo desordenado y el buen color de mi semblante daban pie a sospechar que un júbilo insoportable, por la razón que fuera, me invadía.

Me incliné sobre la cama y besé tres veces seguidas los labios mullidos de aquella

deliciosa mujer que se tapaba la piel desnuda con mis sábanas.

—Quédate aquí, no hagas ruido. Volveré lo antes posible. Y deséame suerte.

Lancé una rápida ojeada a mi imagen impecable en el espejo de cuerpo entero que ocupaba una esquina de mi cuarto, felicitándome de lo que era capaz de conseguir en tan escaso tiempo y sin ayuda de cámara. Las escaleras las bajé igual que las había subido, de dos en dos. Precipitado y con el pulso acelerado por la intriga.

¿Qué había venido a hacer el duque a Bermor House? ¿Sabía que Grace estaba aquí? ¿Venía a reclamarla? ¿A pronosticarme denuncias y reclamaciones hasta el fin de mis días? ¿Una celda? ¿La horca?

Me detuve dos pasos antes del acceso al saloncito, para recuperar el resuello. Tragué saliva, me ajusté el corbatín que ya estaba perfectamente colocado, y empujé la puerta. El viejo duque se encontraba de pie frente a la chimenea, apoyado en su bastón, con expresión alicaída. Se volvió hacia mí y sus ojos se desorbitaron como si lo que veía confirmase sus peores temores.

Tardé en darme cuenta de que no solo me miraba a mí. Miraba a alguien que estaba a mis espaldas.

—¿Qué estaban haciendo? —bramó el duque con voz rota— No me lo digan, ya lo sé, preparando el equipaje.

¿El equipaje?

Ya me extrañaba a mí que Grace me dejara enfrentarme a aquello solo. Había aparecido escalera abajo, siguiéndome los pasos. Correctamente vestida y con las mejillas encantadoramente sonrosadas. Solo el desorden en su larga cabellera inducía a sospechas.

Sin embargo, el duque no parecía captarlas. Dio un desesperado paso adelante.

—No se marchen. Grace, querida, no huyas a Escocia —lloriqueó afectado—. Lord Bermor —me dirigió una mirada suplicante que me confundió—, se lo ruego, no hay necesidad.

—Papá...

—Sé que he pecado de testarudo, que he juzgado mal al señor Astor, aquí presente. Tu sufrida madre, tus hermanos, Arthur, hasta tus leales amigas de Londres me lo han hecho ver. Sé que estáis ultimando los preparativos para la huida. De verdad, no recurráis a tal extremo, no es preciso.

Me miró directamente a los ojos con una resolución propia de su rango.

—Mi hija tendrá una boda como Dios manda, Bermor. Ni una brizna de lujo menos.

—Oh, papá.

Grace se arrojó a sus brazos y el anciano duque la estrechó con cariño. Con una sonrisa amplia colocada en la boca. Y mientras abrazaba y se dejaba consolar por la sangre de su sangre, la manera en que me dedicó una rápida mirada y un arqueado de cejas me hizo temer que lo sabía todo.

Puede que se hubiera hecho de nuevas para no empeorar las cosas, pero le constaba que en el piso superior no estábamos preparando ningún baúl. No contaría con días suficientes en mi existencia para agradecerle a mi suegro tanto tacto.

—Excelencia —le hablé cuando se liberó el abrazo—, ¿me haría el grandísimo honor de concederme la mano de su hija, lady Grace?

—¿Juras defenderla con respeto y honorabilidad hasta que la muerte os separe?

—Juro hacerlo incluso hasta después de la muerte, excelencia.

Diría que el duque sufrió una suerte de estremecimiento.

—No hace falta llegar tan lejos, hijo. Estoy convencido de que entre las bondades que el cielo nos depara, podemos contar con una saludable, próspera y larga vida. ¡A mis brazos, querido yerno!

Grace

Acompañé a papá en el carruaje que había traído, mientras el que yo empleé para llegar a Bermor House nos seguía vacío. El trayecto lo invertimos el duque y yo en pedirnos perdón mutuamente y espiar nuestras respectivas culpas.

—Los intentos de tu prometido por salvaguardar el honor de su apellido lo honran. Lástima que todo se embrollara hasta ese límite por culpa del pariente...

Tu prometido.

Qué bien sonaba, pero qué bien. Qué enormemente feliz me hacía la perspectiva de convertirme en su esposa.

—No negaremos que el tal Thomas tenía su encanto, logró embaucarnos a todos —prosiguió papá, ajeno a mis turbulentos pensamientos.

—El encanto debe de ser un don de familia —bromeé antes de percatarme de que al duque no le había hecho la menor gracia.

—No he querido mezclar la alegría de una pedida con una noticia tan desgraciada, pero ese Thomas no volverá a ver la luz del sol.

—¿Ha... muerto?

—Lo han encarcelado, que para el caso es lo mismo. De hecho, un hombre en sus cabales siempre preferiría lo primero.

Eso era capaz de entenderlo.

—La avaricia lo cegó. Y su plan habría sido un éxito de no haber regresado su primo de las colonias —calculó el duque pensativo—. A veces el destino se teje con hilos muy enrevesados. Querida, tú... ¿tú lo querías?

Mis ojos abiertos con desmesura volaron de la ventanilla del carruaje a mi padre.

—¿Te refieres a Thomas?

—¿Llegaste a sentir algo por él?

—Solo el candor de ese encanto venenoso del que hablas.

—Nunca mejor dicho lo de venenoso. —Lord Gloucester chasqueó la lengua—. Entonces no sufriste. Me alegro.

—Papá.

Mi anciano padre me miró y todas sus arrugas alrededor de los ojos bailaron al sonreírme. Un fogonazo de ternura me subió desde el estómago hasta la punta de las orejas.

—Eres el mejor padre del mundo, no imaginas cuánto te quiero. Sé que te hemos pedido perdón mil veces, tanto Victoria como yo, por todo lo sucedido. Pero todavía tengo la impresión de quedarme corta.

—No debería decir que tu hermana es una mala influencia —sonrió travieso—. El caso es que lo es. Tan vehemente e impulsiva que en los peores momentos se vuelve irracional. Mi pequeña y osada Victoria. Mira que rentar un pretendiente para mi hija mayor... Menuda ocurrencia.

Sentí que se me paraba el corazón.

—¿Te lo ha contado?

—Por supuesto. ¿Quién detiene a tu hermana una vez que ha abierto la boca?

Desestimé la oferta de una boda doble por varios motivos. En primer lugar, no deseaba que compartir el día le robase protagonismo a mi hermana. Conocía muy bien a Victoria y aunque ella jamás se habría opuesto para no lastimarme, me constaba que habría preferido ser la princesa indiscutible a la que todos admiraban en su gran día.

En segundo lugar, porque Arthur y ella se casarían, según habían convenido, en Wellford Hall, lo que me dejaba abierta la posibilidad de desposarme en Gloucester Manor, como mi querida madre deseaba por encima de todas las cosas. De este modo, cada cual obtenía lo que ansiaba y todos quedarían contentos.

Por parte de Philip no hubo oposición alguna. Se desvivía por contentarme y los dos solíamos coincidir de un modo casi terrorífico en nuestras planificaciones.

Primero fue nuestra adorada Victoria la que se convirtió en esposa, mujer casada y marquesa de Gregshire. Avanzando del brazo del duque hacia el altar donde aguardaba un emocionado Arthur. Hermosa como una primavera. Cruzando las arcadas forradas de guirnaldas de flores blancas como una aparición celestial.

Sus bucles rojizos y sus iris verdeazulados centelleando como estrellas. Atrayendo miradas y suspiros de deleite. Cuando llegó hasta su prometido y se fundieron en aquella mirada rebotante de amor, Philip tomó mi mano entre las suyas y besó cada nudillo con fervor.

—Los días que faltan hasta nuestra boda se me van a hacer interminables.

La ceremonia nos conmovió a todos. No solo por la hermosura del festejo. El amor inconmensurable que flotaba en el ambiente, más concretamente entre los contrayentes, lo invistió todo de un brillo sin parangón. Ni siquiera el lejano y deshonoroso recuerdo del primo encarcelado en las frías tierras altas empañó lo soberbio del momento.

Victoria y Arthur rezumaban felicidad por todos sus poros. Y con ellos y por ellos, todos los miembros de sus respectivas familias.

Una vez acabada la ceremonia, dio comienzo la fiesta: un opíparo banquete. Y el baile al son de una orquesta increíblemente bien pertrechada, lo cual nos liberó a los más jóvenes de mantenernos atados a nuestros padres, concediéndonos la oportunidad de reunirnos entre nosotros e intercambiar impresiones. Mientras mi Philip y Gail Barton, esposo de lady Clara, recorrían en su animada charla los idílicos parajes de la vieja Escocia, lady Sarah y la duquesa se atropellaban enumerando el sinfín de detalles que habían llamado su atención.

—Y a continuación vendrá la suya, lady Grace —apuntó lady Clara con delicadeza y dos adorables hoyuelos fruto de su sonrisa.

—Va a ser inolvidable, muero de impaciencia —se ilusionó lady Sarah uniendo las manos en actitud de rezo—. No dejo de pensar en que es el colofón a un duro esfuerzo por parte de todas.

Me sonrojé hasta la raíz del pelo. A diferencia de mi hermana, lo de convertirme en el centro de todas las miradas era algo que me provocaba un sofocante hormigueo y una espantosa incomodidad. Solo pensar en los cientos de ojos que estarían pendientes de cada paso que diera ese día, me entraban escalofríos.

—Cambiaría lo más valioso que poseo porque mis adorados padres se olvidaran de esa interminable lista suya de invitados rimbombantes —susurré, sabiendo que la mayoría estaban también presentes en aquel acto.

La gran mayoría, si no todos.

—Entienda que cuando se pertenece a ciertos círculos sociales, los compromisos son ineludibles —indicó lady Clara—. Cuando Gail y yo nos casamos, aquella galería de rostros que nos cumplimentaron y nos dieron la enhorabuena, nos resultaba de todo punto desconocida. Es, francamente, muy inquietante.

Nos reímos, sabedoras de que nadie nos libraría del mal trago de ser nobles y pasar por el rígido aro de la etiqueta.

Brindamos por nosotras y por la absoluta dicha de la novia. Tres veces. Los lacayos rellenaban nuestras copas vacías a endemoniada velocidad y nosotras nos las arreglábamos para apurarlas todavía más rápido. Empezábamos a estar de verdad achispadas. Y entonces, lady Sarah nos sorprendió con aquel comentario que sería el nacimiento de una conversación

increíblemente surrealista.

—Fíjense en la hermosa tiara de oro y rubíes que lleva la marquesa de Welnesh. En mi opinión, no le favorece con el tamaño de su cabeza.

Contuvimos una carcajada.

—Le quedaría muchísimo mejor a la condesa de Velvett, ¿no les parece? Mírenla, es una criatura etérea, muchísimo mejor —convino lady Clara.

—Esa joya debería desaparecer del tocador de una y aparecer, como por arte de magia, en el vestidor de la otra —prosiguió lady Sarah con un peculiar tonillo en la voz.

—Deberían existir unos duendes de lo *estéticamente correcto* que se colaran por las noches en las mansiones de unos y cambiaran de lugar los objetos que deberían estar en otra parte —dejé caer sin intención y con mucha sorna.

Mis insignes amigas se giraron a mirarme con un curioso destello de interés en la mirada.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Se nos está ocurriendo una travesura... —silabeó lady Sarah, cruzando un mensaje mudo con lady Clara, que sonrió amplia.

—Y tiene que ver con cierto grupo de jóvenes aguerridas especialmente dotadas para entrar, sin permiso y de forma subrepticia, en mansiones ajenas... —prosiguió lady Sarah insinuante.

A aquellas alturas del discurso yo ya había captado a la perfección su sugerencia y en lugar de llevarme las manos a la cabeza escandalizada, me sentí invadida por un burbujeo de excitación que por nada del mundo deseaba perder.

—Y descerrajar puertas y cajas a como sea preciso —rematé con un ademán de triunfo.

Las tres estallamos en sonoras carcajadas.

—Deberíamos hacer partícipe a la novia.

—Voy enseguida a avisarla —me ofrecí, completamente entusiasmada.

—Sé que lo que vais a escuchar no es digno de una dama —expuso Clara divertida—, pero podemos introducir excitación y emoción en nuestras vidas sin hacer daño a nadie. Bueno... —se lo pensó mejor—, apenas. Escuchen, ¡escuchen lo que se me ha ocurrido!

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN con estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon, usando el LINK o el código QR que te dejo más abajo. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. ¡¡GRACIAS!! **En este difícil mundo, tu respaldo es fundamental.**

Valoración / Opinión:

<https://encr.pw/UgNH6>



PRÓXIMA ENTREGA:
«Por el amor del conde de Meroy»

Disponible el 24 de julio 2024

¡¡Ya en PREVENTA!!

LINK: <https://mybook.to/condemeroy>

QR:



EMPIEZA A LEERLO:

Epílogo

Un olvido imperdonable

—Que hiciste ¿qué?

—Que osaste ir sin carabina a casa de ¿quién?

—Que te dejaste olvidado... ¿el qué?

—Los calzones —repetí muerta de vergüenza—. Me olvidé de los calzones. Bordados con mis iniciales y el escudo de la familia Pembroke.

El gallinero que generaron las exclamaciones de mis amigas retumbó dentro de mi cabeza como un eco mortífero. Un frío intenso me bajó por la espalda.

La gelidez del desastre.

—Esto que estoy oyendo es... sencillamente increíble —comentó lady Grace cubriéndose la boca con una mano.

¿Acaso estaba tratando de no reírse?

—Necesito una tila —jadeó lady Clara con los ojos en blanco—. Necesito algo que me calme los nervios lo antes posible.

Hice una seña y apunté sin fuerzas a la campanilla de llamada. Victoria Wellfly fue la primera que saltó de su asiento y tiró con fuerza de la banda. Dos pisos por debajo, en la zona de servicio, la campanilla vinculada a mi gabinete privado en Pembroke Hall se habría agitado enloquecida atrayendo la atención de las doncellas. Una de ellas, probablemente Lissi, que era la que me atendía con carácter personal, acudiría rauda a satisfacer nuestras necesidades.

La mía, en aquel momento, era que la gruesa tarima de madera del suelo me tragara y nadie volviese nunca a saber de mí.

Una vez estuvo encargado el servicio de tilas y valerianas, nuestra extraña conversación siguió adelante. A trompicones.

—Sarah. ¿Prometes que no nos estás mintiendo? —quiso saber Victoria al recuperar su asiento.

Levanté el rostro descompuesto, la piel pálida como el nácar y los ojos anegados en lágrimas.

—¿Tengo aspecto de estar gastándoos una broma? Ojalá no fuera cierto.

—Pero con lord Burgundy... Ese hombre ostenta una de las peores reputaciones de todo Londres. ¿Cómo has podido relacionarte con él?

—Y menos hasta ese punto —remachó su hermana Grace—. Ni siquiera deberías haberte acercado. Dicen que es un auténtico depredador de vírgenes, un peligro andante.

—Teniendo en cuenta que todas estamos casadas menos tú, eres la única virgen de nuestro grupo. Sarah, ¡por amor del cielo! —se escandalizó de nuevo la alegre Clara que, de ordinario, nunca veía demasiadas aristas en nada.

—Yo quería... solo pretendía... —estallé de nuevo en llanto—. ¡Ya os he dicho lo que

buscaba!

—Y te entendemos, querida. —Lady Grace Wellfly cambió de posición para colocarse a mi lado y rodearme los hombros con el brazo—. No creas que no te entendemos. Pero has sido sumamente insensata, ¿a quién se le ocurre?

—Hiciste la peor elección posible, Sarah —expuso Victoria dándome unas palmaditas de consuelo en la mano—. Lord Burgundy es capaz de quebrar la reputación de una joven casadera con solo pasarle por el lado y rozarle una manga. ¿Con otro caballero menos crápula? Bueno, tal vez.

Su hermana Grace le dirigió una dura mirada de amonestación.

—Eso equivaldría a admitir que fue una buena idea. Y no lo fue, en absoluto. Ni con ese hombre detestable, ni con ningún otro.

Arreció mi llanto. Entraron las doncellas cargadas con las bandejas y me permití no parar pese a sus miradas de desconcierto. Grace me alargó un enorme pañuelo de seda blanca y con un segundo inició ella misma la tarea de secarme las mejillas empapadas.

Las doncellas, una de ellas Lissi, se me quedaron mirando estupefactas.

—¿Se encuentra bien milady?

—¿Necesita que avisemos al médico?

—Milady está perfectamente —resolvió Clara con su sonrisa toda hoyuelos, con la que desarmaba al más pintado—. Solo se está desahogando un poquito.

—Sean discretas —agregó Grace antes de que salieran por la puerta.

Volvimos a quedarnos en la intimidad y yo a berrear como una vaca en mitad de un alumbramiento. Lady Clara sirvió una taza colmada de infusión para los nervios y me la ofreció con un suave siseo, un ruidito como el que se le hace a los bebés para calmarlos.

Sorbí un trago. Tragué valeriana y lágrimas. La opresión que sentía en el pecho, en la zona donde debía encontrarse el corazón, no me permitía respirar con normalidad. Adivinando que mis manos estaban demasiado flojas y torpes como para sujetar convenientemente la porcelana, lady Victoria se adelantó a una posible catástrofe y me la arrebató para posarla en la mesita.

—¿Qué voy a hacer? ¡Cielo santo! ¿Qué voy a hacer?

Mis tres adorables amigas cruzaron miradas inteligentes. Parecían estar comunicándose sin necesidad de palabras, como habían hecho otras veces también conmigo. Solo que, en aquella ocasión, yo estaba demasiado devastada como para participar.

—Está muy claro. Recuperaremos esos calzones tuyos —sentenció Grace con rictus severo. Al parecer, las ganas de reír se le habían pasado.

—A como dé lugar —zanjó su hermana Victoria.

—¿Para qué existe si no, el club de las ladies? —dejó caer lady Clara.

Todos nuestros ojos volaron y se clavaron en ella. En la duquesa de Montrose, la genio de las ganzúas a la que ninguna cerradura se le resistía, probablemente la más osada de las cuatro.

—¿El club...?

—Por supuesto. Ya sabemos que somos dueñas de ciertos inusuales talentos que nos permiten colarnos sin demasiada dificultad donde nos interesa, y apropiarnos de lo que nos haga falta. Yo lo hice en su día para recuperar el diario de mi querida Amy y luego actuamos juntas, cuando el sentido de la justicia nos aconsejó ayudar a tu esposo, Grace. No podemos dejar de hacerlo ahora.

—El club de las ladies —repitieron las hermanas Wellfly a coro.

—¡Me gusta! —aplaudió Victoria encantada.

—No nos quedaremos de brazos cruzados viendo cómo la reputación de nuestra Sarah se desmorona —prosiguió Clara con entusiasmo.

—Por un nimio error sin importancia —aporté yo, algo más sosegada.

Me repasaron con las cejas arqueadas, sin misericordia alguna.

—¿Nimio?

—¿Error sin importancia?

—¿Verte con un caballero de ese pelaje a solas y en su casa te parece un paso en falso insignificante?

—Por no mencionar el que le permitieras arrancarte los calzones...

—Y luego salieras corriendo, olvidándotelos allí.

—Lo que yo llamaría un olvido imperdonable, querida. Que estemos decididas a sacarte del atolladero no resta gravedad a tu acto.

Volví a gimotear a gritos. Escuchándolas a ellas todo parecía aún más grave. Más espantoso y horrible, menos honorable, más difícil de solucionar.

—Pero los recuperaremos, tenlo por seguro —me animó Grace con una palmadita en la espalda.

Clara Montrose volvió a acercarme la taza con la infusión y un pastelillo de almendra.

—Ese rufián no tendrá oportunidad de dañar tu honra. Antes de que pueda darse cuenta, ya no estarán en su poder; tus calzones habrán desaparecido sin que jamás sepa cómo.

CONTINUARÁ...

Sígueme en Amazon Author ☺

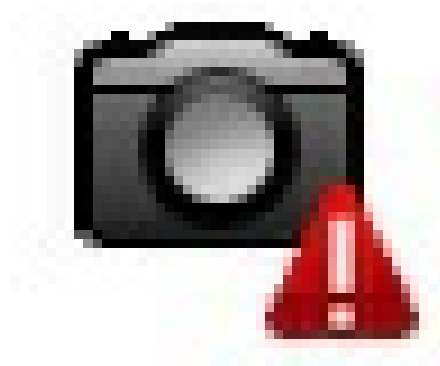


COMPLETA TU SERIE
«LAS LADIES»:

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

Enlace Universal:

<https://goo.su/RXphI>



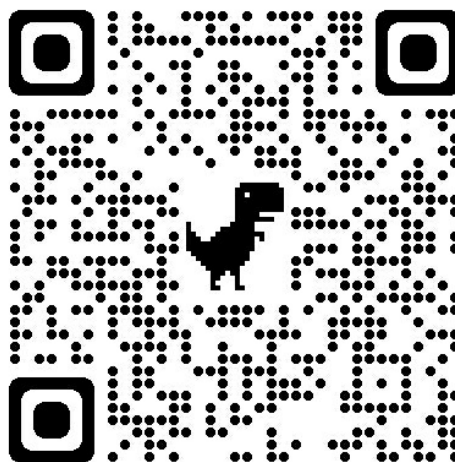
[EMPIEZA a LEER GRATIS:](https://goo.su/7yNvS)

<https://goo.su/7yNvS>

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

Enlace Universal:

<https://mybook.to/suenoparaunadama>



[EMPIEZA a LEER GRATIS:](#)

<https://acortar.link/MHPm3I>

JAQUE AL CABALLERO:

Enlace Universal: <https://mybook.to/jaquecaballero>



Empieza a leer GRATIS:
<https://acortar.link/Jd3X1Q>

LOS DESEOS DE MILORD:

Enlace Universal: <https://mybook.to/deseosdemilord>



Empieza a leer GRATIS:
<https://acortar.link/xzlaVj>

POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY
(en PREVENTA. Ya puedes reservarlo)

LINK <https://mybook.to/condemeroy>



OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE «GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos

familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, abundancia de diálogos, lectura ágil, diversión asegurada

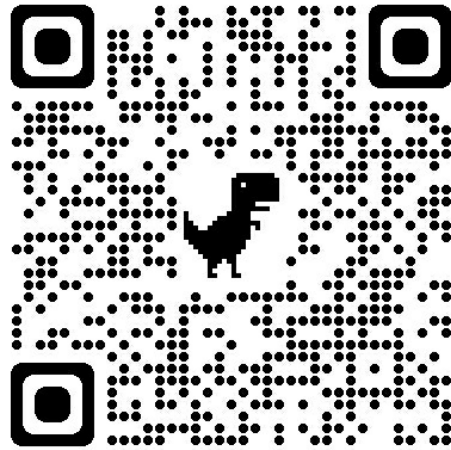
Muy Bridgerton ;)

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

Enlace Universal: <https://mybook.to/tussecretosylosmios>



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS



Empieza a leer GRATIS:
<https://acortar.link/Yp80Sv>

LIBERTINA VENECIANA:

Enlace Universal: <https://mybook.to/libertinaveneciana>



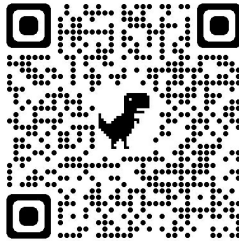
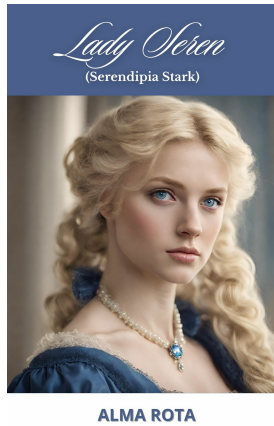
LIBERTINA VENECIANA



Empieza a leer GRATIS:
<https://acortar.link/FioXD8>

ALMA ROTA:

<https://mybook.to/almarota>



Empieza a LEER GRATIS:

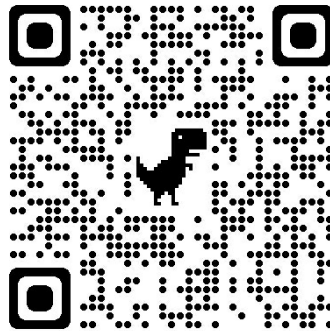
<https://acortar.link/WjfpE>

DELICIOSO GRANUJA:

Enlace Universal: [Comprar aquí](#)



DELICIOSO GRANUJA



Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/m87EcW>

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN con estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon, usando el LINK o el código QR que te dejo más abajo. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. ¡¡GRACIAS!! **En este difícil mundo, tu respaldo es fundamental.**

Valoración / Opinión:

<https://encr.pw/UgNH6>



Agradecimientos

La vida de un escritor nunca ha sido fácil. Generalmente vivían pobres y morían mucho más pobres aún, con la descabellada esperanza de que algún día, en tiempos futuros, quizá lejanos, alguien reconociera la calidad de sus escritos.

Estamos en la era digital, el siglo XXI de los robots y las máquinas, y nada ha cambiado demasiado. Sigue siendo una profesión altamente vocacional, solitaria y mal pagada. Pero nos llena de satisfacción.

Escribir es terapia, el mejor escape para las penas acumuladas, la goma de borrar de la decepción humana. El resbaladizo lomo de un dragón sobre el que volar lejos, a tierras remotas, huyendo de la realidad cuando no es demasiado benigna.

Lo mismo puedo decir del arte de leer. Vivir mil vidas, ser cualquiera, correr aventuras, descifrar misterios, viajar por un arcoíris de emociones variadas... ¿Qué decir que vosotr@s ya no sepáis? Por eso, mi agradecimiento de hoy va para el don de la creatividad con el que fui bendecida y que me ha salvado la vida muchas veces.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Una profecía para milady» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una **valoración, comentario o reseña en la plataforma de venta**. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. Supone un apoyo vital. De nuevo gracias.

Valoración / Opinión:

<https://encr.pw/UgNH6>



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>